



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

716
T648
ns

JIRO TOKUTOMI
AMI-KO

UC-NRLF

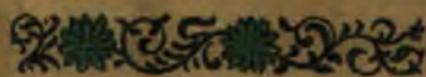


\$B 252 321

Peruor Mon



SOCIEDAD "IMPRESA Y LITOGRAFIA



UNIVERSO

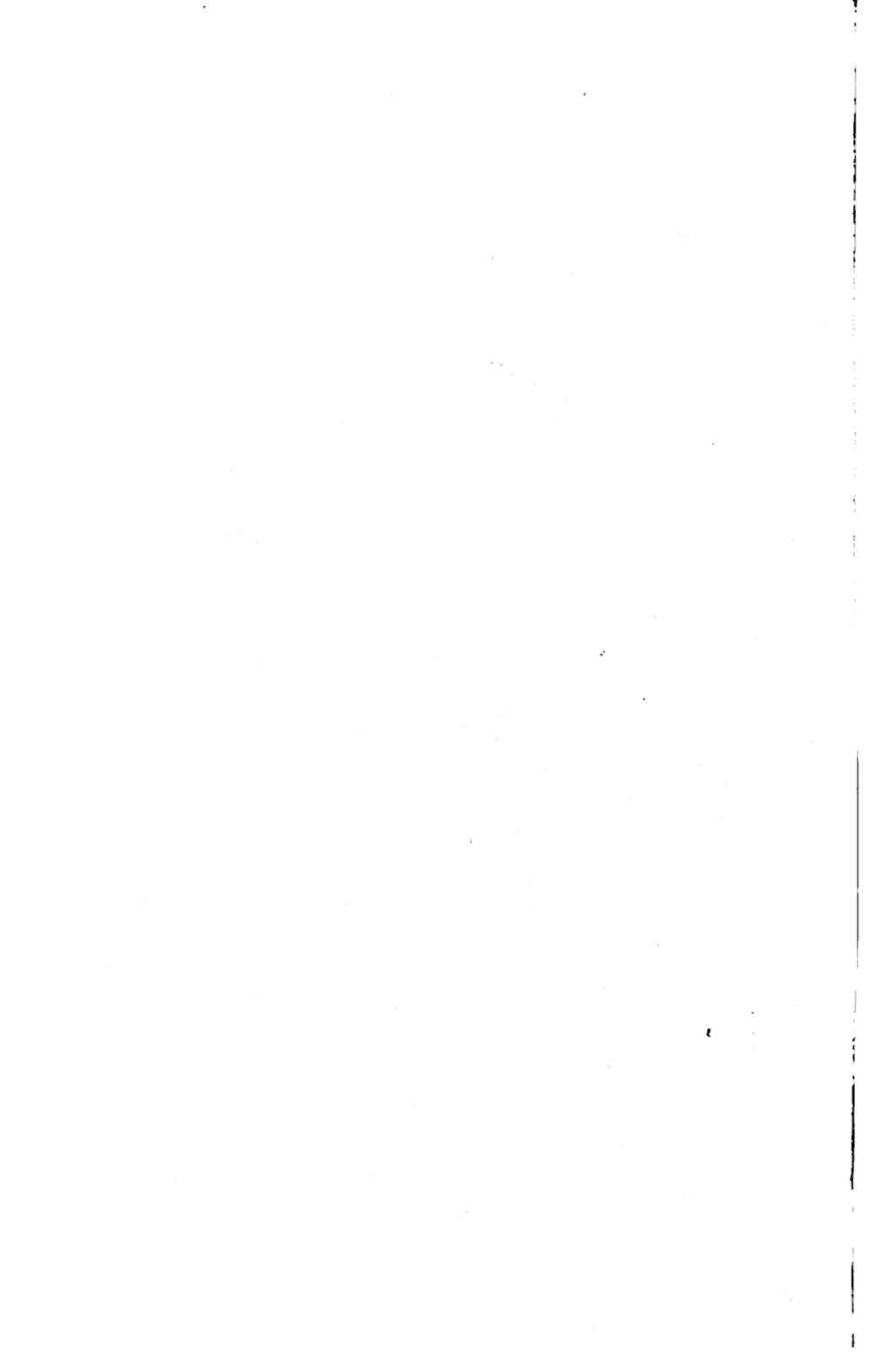
VAL PARAISO-SANTIAGO

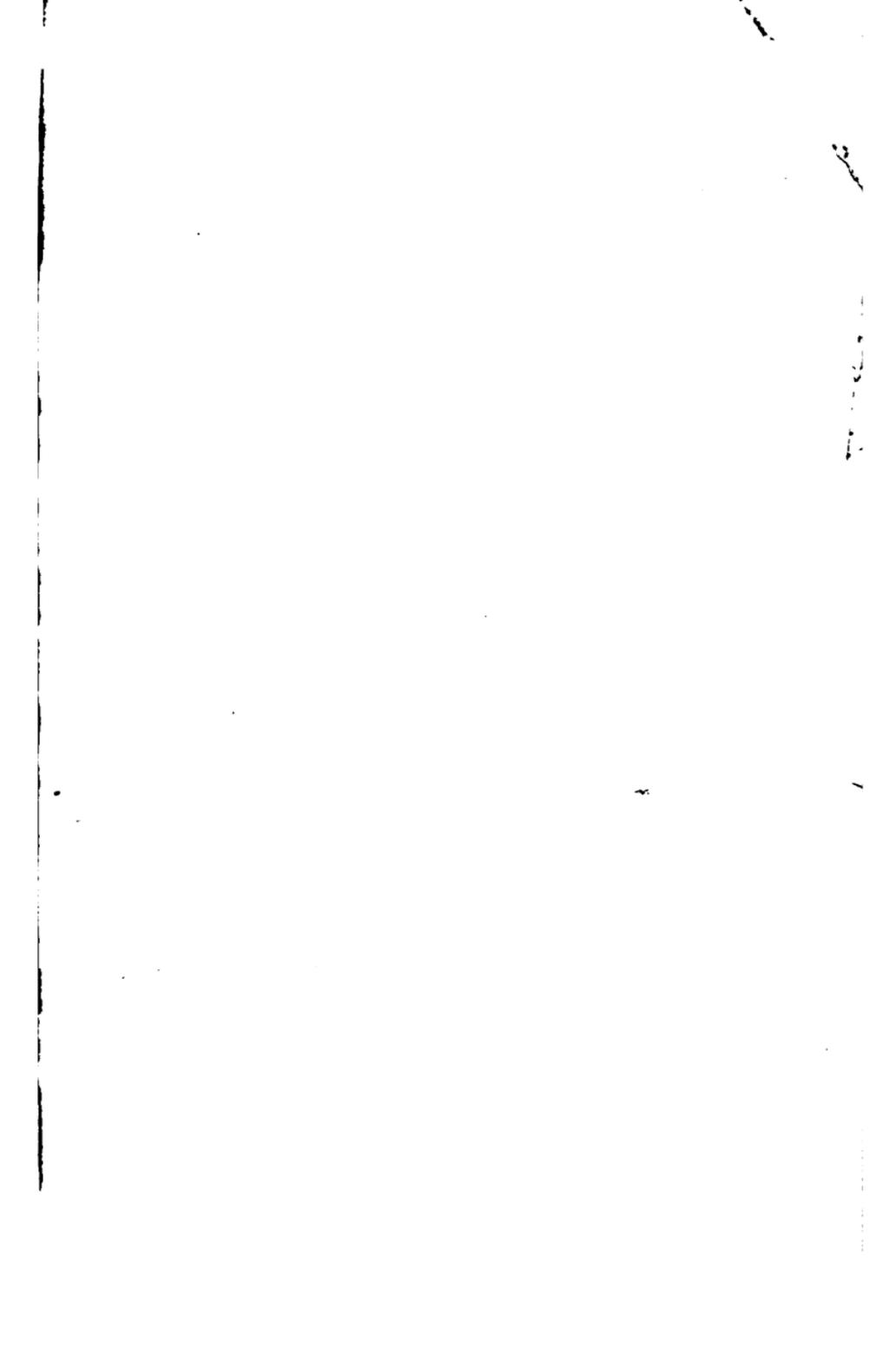
IN MEMORIAM
BERNARD MOSES

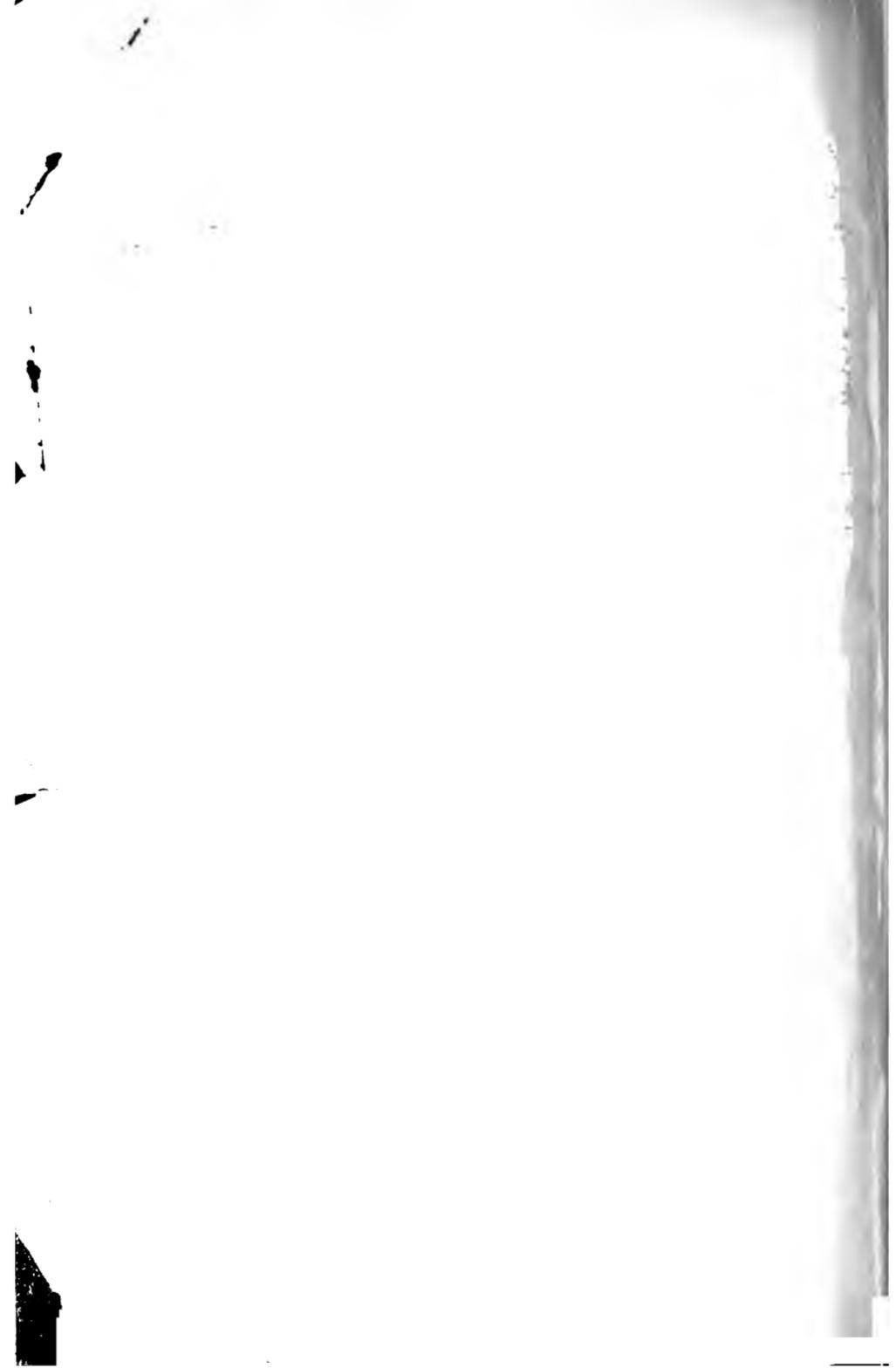


716
T648
NS









NAMI-KO

THE
UNIVERSITY OF
CALIFORNIA



NAMI-KO

KENJIRO TOKUTOMI

NAMI-KO

NOVELA POPULAR JAPONESA

TRADUCCIÓN

DE

JUAN N. CAÑIZARES

Ilustraciones de J. DIÉGUEZ



VALPARAISO

Sociedad "Imprenta y Litografía Universo"

Calle San Agustín 39-D

1905.

TO THE
LIBRARY OF THE
CONGRESS

BERNARD MOSES



INTRODUCCIÓN

DE LOS TRADUCTORES AL INGLÉS

NAMI-KO, título escogido especialmente por el autor para la versión inglesa de su *Hototogisu*, es una de las novelas más populares de la literatura japonesa moderna. Esto obedece á la absoluta veracidad que informa el episodio, al cuidadoso y simple desarrollo de los detalles y á la serie de pinturas fieles de la vida japonesa del día que encierran sus páginas. Empero, ha de buscarse también en otro hecho conspicuo la popularidad de NAMI-KO, á saber: esta novela no tiene rival en la historia de la literatura japonesa moderna, por cuanto encarna el espíritu caballeresco del Japón. La guerra chino-japonesa de 1894-95 no fué meramente un hecho histórico del conflicto entre dos naciones; fué el primer caso en que se reivindicaron la consciencia nacional de su existencia como nación independiente y sus energías. Los treinta años que precedieron á ese acontecimiento fueron

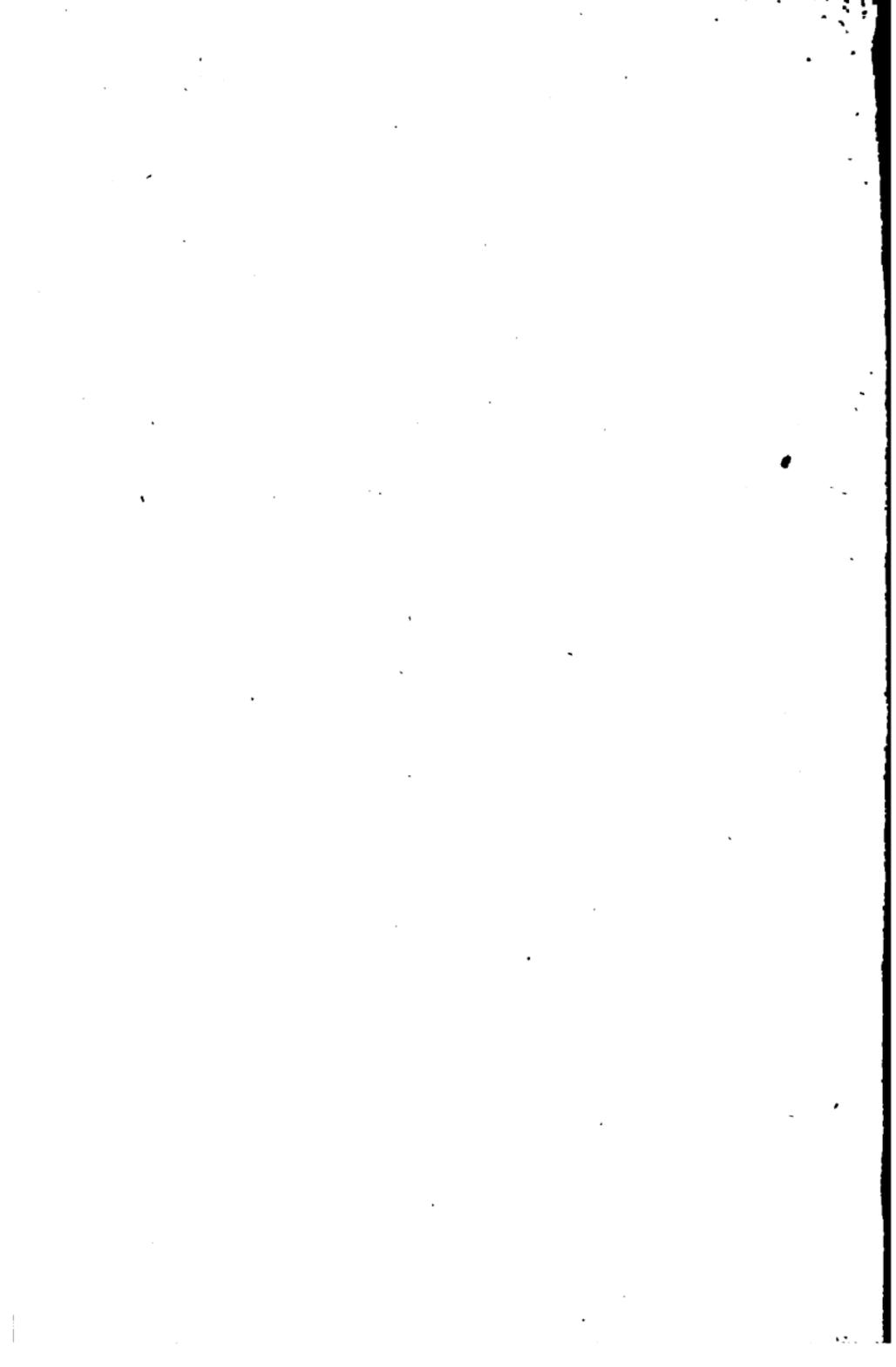
un período de asimilación, de lucha y confusión en pensamientos y principios. Pero la nación fué viendo lentamente su ideal ético en la resurrección del antiguo espíritu samurai en consorcio con los más amplios principios humanitarios. Sirvió la guerra para traducir en palabra lo que hasta allí, sólo fué una tendencia general. NAMI-KO es, pues, cara al pueblo japonés por virtud del espíritu patriótico de dos personajes: Takeo y el General.

Otro punto de importancia hay que debe notarse, una tendencia en la novela que caracteriza toda la obra literaria del señor Tokutomi, que cuenta con millares de admiradores en el Japón. Debido á un sistema doméstico especial de los japoneses, han resultado muchos males del abuso en el ejercicio de las prerrogativas del jefe de la familia. La cuestión del divorcio, según se describe en NAMI-KO, es uno de esos puntos salientes. El autor ha resuelto esta cuestión vital para los japoneses, tratándola á la manera de Hugo, Tolstoi, ó Zola, cuyos pasos sigue, según afirma en efecto el señor Tokutomi. Aboga pura y simplemente por los fueros de la humanidad y alcanza su objeto en su tratamiento simpático é imaginativo de NAMI-KO.

Kengiro Tokutomi nació en 1868 en la población meridional de Kumamoto, en el Japón, y se educó en el colegio de Doshisha. Cuando su hermano, Lichiro Tokutomi, uno de los primeros publicistas del Japón, formó una sociedad literaria, llamada la Min-yu-Sha, en 1888, se afilió en ella y se identificó con todos sus proyectos en un espacio de catorce años. Lenta pero seguramente se fué creando una reputación entre los escritores japoneses, y culminaba su

fama cuando publicó, en 1900, su primera novela importante, *Hototogisu*, el original NAMI-KO. Sus otras obras importantes son *Omoiide-no-ki* y *Kuro-Shio* (La Corriente Negra), la primera, especie de diario lleno de poéticas fantasías y pensamientos profundos, y la última, una novela socialista que va gradualmente atrayendo general atención.

Al presentar NAMI-KO á los pueblos inglés y americano, deben reconocer los traductores que la índole misma de dos idiomas tan distintos ha dificultado la tarea. Desde luego que no se ha intentado obtener la exactitud literal: el empeño ha sido especialmente el de reproducir el espíritu y el efecto general de la narración con el ejemplo de la moderna novela japonesa. Se cree, no obstante, que, en conjunto se ha hecho la versión todo lo fiel posible.





PREFACIO DEL AUTOR.

Se ha dicho significativamente que la mitad del mundo no sabe cómo vive la otra mitad, lo cual es muy aplicable al conocimiento exterior de la civilización oriental y especialmente nuestra civilización japonesa. Empero, no fué para revelar nuestra vida y costumbres al extranjero para lo que escribiera NAMI-KO, porque en la época en que se escribió, hace cuatro años, no soñaba yo que se pudiera llegar á traducir nunca, ó que, en efecto, llegara á alcanzar la popularidad que ha obtenido en mi propia patria. Pero el inesperado resultado es que los pueblos ingleses se enterarán por medio de ella de algo referente á la gran lucha moral que hoy se libra en el Japón.

Por increíble que parezca á un espíritu occidental. NAMI-KO se funda en hechos. Me conmovió mucho la historia de la infortunada NAMI-KO, y al momento determiné que su vida fuese la base de una novela. Desde luego, no me proponía intentar la reforma de las costumbres sociales de mi país por medio de la ficción, porque, en efecto, soy más

novelista que reformador, pero como la exposición de un mal prepara con frecuencia la senda para su destrucción, habré construido quizás mejor de lo que sabía. Es cierto que en años recientes se han promulgado leyes de divorcio, asegurando en cierto grado los derechos de las mujeres, dirigidas á sostener los santos lazos del matrimonio, y que las ideas de la humanidad, libertad y justicia van substituyendo día tras día á las gastadas máximas éticas de Confucio; pero siento decir que un mal antiguo no se rinde tan fácilmente, y que se derraman muchas lágrimas en esta época de transición. En verdad, esta es la edad de la emancipación en el Japón: luchamos para deshacernos de las mil trabas que nos han atado, y de consiguiente, muchas son las víctimas que caen en la lucha,

La presente historia es meramente la pintura de un episodio entre muchos. Si resulta que esta insignificante narración, y espero que otras de más empeño, sirven para daros á conocer á los que vivís allende el Pacífico, nuestra manera de vivir, lo que sentimos, lo que pensamos, las pruebas por que atravesamos, y estrechar entre nosotros los lazos de simpatía, ciertamente que será útil á la humanidad. Deseo especialmente aprovecharme de esta oportunidad para dar las gracias á los generosos públicos americano é inglés, por las simpatías que siempre nos mostraron, y que ahora manifiestan al encontrarnos en medio de una gran prueba nacional.

KENJIRO TOKUTOMI.

Tokyo, Enero 21 de 1904.



DOS PALABRAS

DEL TRADUCTOR Ó DE LOS EDITORES

Al presentar al público español la primera novela genuinamente japonesa que haya conocido el mundo occidental, podemos decir que casi se toma directamente del original, porque la traducción hecha al inglés por los señores Sakae Shioya (japonés, educado en los Estados Unidos) y E. F. Edgett (americano), ha sido tan fiel, que leemos en el «Times» de Nueva York, correspondiente al 20 de Junio pasado, que los editores despachan grandes pedidos de esta obra para el Japón, donde se ha adoptado de texto en los colegios para el estudio del idioma inglés. Hemos procurado á nuestra vez ceñirnos al espíritu del original para conservar el sabor especial del estilo del autor.

En lo que respecta á la obra en sí, la impresión dominante que nos deja su lectura, es la de la esencial unidad de la especie humana, porque cambiando los nombres y rasgos externos de sus personajes,

vemos que las pasiones, emociones y ambiciones que los mueven, son las mismas que prevalecen entre nosotros, los occidentales. La apacible NAMI-KO es digna hermana de toda mujer humilde y sufrida; no obstante, las condiciones en que se mueve, son especialmente japonesas porque sus desdichas no son el producto de sospechas de su infidelidad como esposa, sino del despótico poder de su suegra y de la facilidad con que puede divorciarse una esposa en aquel país.

El señor Tokutomi ataca las prerrogativas del cabeza de familia y las leyes del divorcio en su patria y en su obra palpita el espíritu caballeresco del Japón así como el renacimiento de su patriotismo, encarnados en Takeo y el general Kataoka. Por eso no nos sorprende que sea una de las novelas más populares del país del Sol Naciente, donde lleva ya treinta y nueve ediciones con centenares de miles de ejemplares.

En esta obra, finalmente, nos enteramos de las delicadas costumbres de la vida diaria japonesa y nos encanta el amor que inspira la naturaleza al heroico pueblo que hoy mide sus fuerzas con el coloso moscovita.

ARIEL.

Habana, Julio de 1904.

LIBRO PRIMERO

I

La luna de miel

Caía la tarde en Ikao, la población famosa por sus fuentes termales en Jôshû. Por una mampara abierta en el tercer piso del Hotel Chigira, deleitábase una dama en la contemplación del bellissimo paisaje que se desarrollaba á su vista. Tendría unos dieciocho años; llevaba el cabello peinado en elegante magé (1), y vestía una bata de crespón gris adornada con lazos verdes en el pecho.

De cutis fresco y claro, cejas que se aproximaban demasiado y mejillas algo delgadas, revelaba ser de índole apacible, muy en armonía con su figura esbelta y graciosa. No era como la flor del ciruelo que osa brotar entre los cierzos, ni como la del cerezo, con cuyos pétalos juguetea las brisas, llevándolos aquí y allá como las mariposas en la mañana de primavera: era más bien como la tímida margarita que

(1) Magé ó marumagé; el peinado de una mujer casada.

vagamente se muestra en el crepúsculo de una tarde estival.

En la tarde de aquel día primaveral se destacaban gloriosas en el sol poniente las distantes colinas de Nikko y Ashio, así como los picos más próximos de Onoko, Komechi y Akagi. Hasta los graznidos de los cuervos, volando de árbol en árbol á sus pies, parecían tener entonaciones de placidez al aparecer flotando detrás de Akagi dos fragmentos de nubes, cuyos movimientos observaba la dama desde la mampara del tercer piso.

Las blandas nubecillas, que parecían poderse abarcar con los dos brazos, separáronse lentamente de la cima, y resplandecientes como doradas mariposas, flotaron una al lado de la otra en la dirección de Ashio por el ilimitado espacio. Con la puesta del sol, y al levantarse una fresca brisa en el pardo crepúsculo, palidieron poniéndose rosadas y lanzólas el viento, una sobre la otra, viéndoselas vagar en el cielo que lentamente se oscurecía; pero sólo fué por un instante: fuése empequeñeciendo la menor hasta que al fin se desvaneció; mientras el otro fragmento tomó un tinte de gris sombrío, errando á la ventura.

Luego, la obscuridad, como un sudario, cubrió el cielo y las colinas, y sólo se veía en la noche el pálido semblante de la dama de la mampara del tercer piso.

—Señorita, ¡oh! ¿qué me sucede? ¡soy tan olvidadiza!—dijo Iku alegremente.—Señora, debí haber dicho, vuelvo en este momento. ¡Qué obscuridad! Señora Nami, ¿dónde estás?

—Aquí estoy—contestó Nami al sentirse llamada.

—¿Por qué estás allí fuera? Entra pronto; pillarás un constipado. ¿No ha vuelto aún el señor?

—¿Y qué estará haciendo? —dijo la señora, abriendo la mampara y entrando en la estancia.— Bueno será que pidas al encargado que envíe á buscarle.

—Así lo haré.

Y al hablar, Iku, una anciana como de cincuenta y tantos años, buscó á tientas un fósforo y encendió la lámpara.

En ese momento subió las escaleras una camarera de la casa, y entrando, dió á Iku una carta.

—Gracias por la molestia,—dijo ésta.—Tarda mucho el barón; pero despachamos un muchacho en su busca. Llegará en breve. Aquí tienes una carta—añadió, dándosela á Nami-san.

—¿Carta de mi padre! ¿Por qué dilatará tanto Takeo?

Y la dama del marumagé tomó la carta mirando los caracteres de aquella letra tan familiar.

—¿Carta de mi señor?—preguntó Iku.—Desearía saber qué noticias trae; seguramente que, como de costumbre, nos ha escrito algo chistoso.

La camarera se retiró después de cerrar las mamparas corredizas y atizar la hoguera en la chimenea; la anciana guardó en un pequeño armario el envoltorio que había traído y aproximándose á Nami, dijo:

—¿Qué frío hace aquí! ¡Cuán distinto de Tokyo!

—Debías esperarlo puesto que aquí florece el cerezo en mayo. Pero, aproxímate, Iku.

—Dispénsame—dijo ésta al sentarse al lado de su ama.

Y mirando con ternura el semblante de su señora, dijo:

—Apenas puedo creer que tú, que con tanta gracia llevas el magé, seas la misma pequeñuela que tuve el honor de criar. Parece que fué ayer cuando murió tu buena madre y que en mis brazos la llorabas.

Y derramando lágrimas, continuó:

—El día de tu boda pensé lo feliz que sería ella si sólo pudiera verte en tan hermoso atavío.

Secóse Iku los ojos; la dama, con la cabeza inclinada, parecía compartir los sentimientos de la criada, y el anillo que tenía en la mano derecha, puesta sobre el reborde de la chimenea, despedía brillantes destellos.

Luego alzó la criada la cabeza.

—Perdóname; he hablado neciamente, la vejez me vuelve pueril, señorita mía; sufriste tanto siendo niña, que causa maravilla lo hayas podido vencer todo; mas, desde ahora, todo será felicidad: tiene tu esposo un corazón tan tierno.....

—¡El barón ha llegado!—gritó un criado desde la escalera.

—¡Señor, pero qué cansado estoy!—exclamó un joven como de veintitrés años, en traje extranjero, que se aproximaba por el corredor después de descalzarse las sandalias de viaje del país. Con leve inclinación de cabeza saludó á las mujeres que iban á su encuentro, y de repente se detuvo, volviéndose á un mozalbete que llevaba una linterna de papel.

—Gracias por la molestia; pero hazme el favor de poner esas flores en agua tibia.

—¡Oh, qué bonitas!—dijo la señora que bajaba.

—En efecto, son unas azaleas preciosas,—añadió Iku.—¿Dónde las conseguisteis, señor?

—Muy bellas, ¿no es verdad? Mira, aquí hay una amarilla. Quiero que Nami-san las arregle mañana. Bueno, pues voy á darme un baño.

La señora y la anciana volvieron á la habitación.

—¡Qué galante es mi señor! ¿No es verdad, señora, que los oficiales de marina son muy galantes?

La señora sonrió sin contestar, y cepillando la capa de su marido la tocó furtivamente con los labios al colgarla.

Pocos minutos después se oyeron fuertes pisadas que cesaron de pronto fuera de la mampara y entró el jóven en la estancia, exclamando:

—¡Vaya, ya me siento refrescado!

—Pues os habéis bañado en un instante—dijo Iku.

—No ves que soy un hombre.

Y el jóven se reía alegremente, mientras su esposa le ayudaba á ponerse un kimono á rayas, acolchado. Dejóse caer sobre un cojín, frotándose las mejillas con ambas manos. Su cabeza, pelada á rape, era redonda como una peonza, y el atezado semblante rojo como una manzana; tenía obscuras cejas y ojos lustrosos y, aunque de bigote muy poblado, tenía, en conjunto, una cara tan juvenil, reflejando tal inocencia, que provocaba sonrisas.

—Aquí tienes una carta, querido,—y Nami-san se la dió.

—¡Ah! Parece ser de tu padre.

El joven cambió un poco de posición y abrió la carta, de la cual cayó otra carta sellada.

—Trae una esquila para Nami-san. Parece estar bien. ¡Ja, ja! ¡Qué chistoso! Parece que le oigo hablar. Y sonriendo, puso á un lado la carta.

—Iku,—dijo Nami-san levantando la vista de su carta y volviéndose á la anciana que ponía la mesa para la comida,—me encarga mi padre que te diga que te cuides mucho. No estás acostumbrada al clima y te expones á sufrir tu antiguo achaque.

—¡Oh! es muy amable recordándomelo.

—Bien, pues quiero comer algo,—dijo el joven.

—En el día sólo he probado dos pedazos de torta de arroz y he caminado sin parar. Siento mucha hambre. ¿Y cómo se llama este pescado? No parece esperlán.

—Le dan el nombre de «yamame», ¿no es así, Iku?

—Sí, por cierto. Esto sabe muy bien. ¿Me haces el obsequio de otra taza de arroz?

—¡Qué apetito tiene el señor!

—Naturalmente, porque hoy ascendí el Monte Soma desde Haruna y después seguí á Futatse-take; cuando bajaba las peñas de Byobu, me encontré con el chico que enviaron á buscarme.

—¿De veras que fuiste tan lejos?

—¡Sí! ¡Qué preciosa la vista desde el Monte Soma! Hubiera querido que me acompañara Nami-san. A un lado, se dilatan las llanuras en que serpea el río Toné hasta perderse en la lejanía, mientras que en el otro se amontonan las colinas una detrás de otra, y sobre sus más distantes crestas se destaca la blanca cima del Fujiyama. Si supiera escribir ver-

sos, retaría al poeta Hitomaro. Y con jovial sonrisa, añadió:— Dame otra taza.

—¡Qué bello debe ser! ¡Cuánto me agradaría ir allí!—dijo Nami-san.

—¡Jum! Si Nami-san pudiera trepar, la condecoraría con la orden del Milano de Oro. En mi vida he visto vertiente más empinada y escabrosa. Hay una docena de cadenas de hierro aseguradas en el camino para ayudarse con ellas en la ascensión. Para mí, la tarea no significa nada, porque, como sabéis, mi práctica en la academia naval de Yeddajima me permite gatear un mástil ó suspenderme de los aparejos; pero presumo que nunca habrás tocado ni el suelo de Tokyo con tus piececitos.

—¡Válgame Dios!—dijo ella sonrojada y sonriente.—Tuve clases de gimnasia en el colegio.

—¡Bah! No se puede contar mucho con la gimnasia del Colegio de Damas Nobles. Recuerdo que visité el colegio una vez, y ví á las alumnas con abanicos haciendo infinidad de cosas con acompañamiento de piano, mientras otras cantaban «La Canción de las Naciones». Creí al principio que se trataba de una danza de fantasía; pero luego descubrí que era lo que vosotras llamáis gimnasia. Y volvió á reirse.

—No debes decir esas cosas.

—Escucha: al lado de la hija de Yamaki estaba parada una joven vestida con una... ¿cómo se llama? ¡ah! una falda color ciruela, bailando sin fijarse en la visita. Estoy seguro de que era Nami-san. ¡Cómo! ¿qué, no dices palabra?

—¡Cómo hablas! ¿Conoces á la hija de Yamaki?

—Sí; mi padre solía protegerle y aun nos visita-Nami-san. Ya estás contestada, ¿no es así?

—Dices unas cosas...

—Marido y mujer no deben reñir,—dijo Iku alegremente.—Vamos, que se hagan las paces tomando el te.

II.

Nami-ko.

El joven que apareció en el capítulo precedente, era el barón Takeo Kawashima; casado recientemente con Nami Kataoka, hija mayor del conocido guerrero vizconde teniente general Ki Kataoka, se aprovechó de una licencia para venir á Ikao con la novia y la vieja nodriza Iku.

La madre de Nami había muerto cuando ésta tenía ocho años; y siendo tan joven no podía recordar su aspecto; pero sabía que era muy tierna y tenía presente que aquella en su lecho de muerte le había tomado la pequeña mano, diciendo:

—Hija mía, mamá se va á un país muy distante; debes, pues, ser muy buena y amar mucho á tu padre y á la pequeña Kochan.

Entonces lloró, y repuso:

—¿No es verdad que me recordarás cuando haya partido?

Y pasaba la mano con ternura por la cabeza de Nami, cuyo cabello, ahora tan largo, estaba enton-

ces recortado sobre la frente. Estos recuerdos echaron hondas raíces en el corazón de Nami y no pasaba un día que no pensara en ellos.

Un año después vino su madrastra y en seguida todo sufrió un cambio radical en aquel hogar. Su madre había sido miembro de una distinguida familia samurai; y, aunque de carácter rígido, los criados atestiguaban que raras veces se encontraba un hogar más pacífico que el suyo. La segunda madre era también de escogida familia samurai; la habían enviado á Inglaterra en la niñez y retornó á su patria tan europeizada, que su activa naturaleza no tuvo punto de reposo hasta no haber efectuado una reforma en cuanto pudiera avivar el recuerdo de la madre de Nami. Abrumaba al padre de ésta dándole su opinión sobre todas las cosas, importantes ó triviales, sin la menor reserva; y él solía decirle en son de chanza:

—Perfectamente, sabes más que yo.

Empero, un día, charlando sobre unas copas de saké con su secretario militar favorito, lanzó una mirada á su consorte y dijo á éste riéndose:

—Te digo, Namba, que no debes escoger para esposa una mujer educada, porque te verás escarnejado sin compasión por tu ignorancia.

Namba, por demás agudo, se vió perplejo para contestarle, y no hizo más que jugar torpemente con su copa. Se refiere que después Namba dijo á su mujer que sus hijas no debían estudiar demasiado, debiendo concretarse su educación á la de una escuela pública.

Nami fué una niña buena é inteligente. Gustábale á su padre recibir el sombrero de sus manos cuando

sólo contaba dos años y la llevaba la nodriza en brazos al portal á despedirlo. El corazón de una niña es como una brizna de hierba en la primavera; aunque la cubran las últimas nieves, crece, no obstante, cuando éstas se derriten y no la oprimen las pisadas. La aflicción que sintió Nami al morir su madre, fué demasiado profunda para una niña de ocho años; pero ¿quién podría dudar que llegaría á desarrollarse en hermosísima flor, si sólo la bañaba la bondadosa luz del sol? Naturalmente, estuvo algo tímida al principio cuando apareció su madrastra, de boca grande, los ojos algo oblicuos, el cabello peinado á la usanza extranjera y el traje tan perfumado.

Fácil le hubiera sido á la madrastra ganarse el corazón de la apacible Nami, á no haber estado tan prevenida contra la niña. Desprovista de tacto, egoísta, pedantesca y algo repulsiva, trataba á esa tierna niña, tan dulce é ingenua, como si fuera una joven ya desarrollada. Dejóse siempre sola á la pobre Nami, para que sintiera lo triste y frío que era el mundo. Tenía una madre, pero no podía amarla; tenía una hermana, pero no podía quererla. Seguramente que tenía un padre, Iku, la nodriza, y una tía, hermana de su difunta madre; pero por mucho afecto que profesara á éstas, la tía no vivía con ella é Iku no era más que una criada; y como la madrastra veía cuanto ocurría en la casa, cualquier muestra de mutuo afecto hubiera sido perjudicial para ambos. Sólo le quedaba su padre, que era todo amor; pero hasta él procuraba de no contrariar á la madrastra, si bien lo hacía por el bien de Nami. Solía reprender á la niña en presencia de la madre, pero á espaldas de ésta la consolaba con breves pero sentidas frases.

Esta lucha interna de su ánimo se apreciaba más por la viva inteligencia de Nami, cuyo corazoncito se dilataba con sentimientos de ternura y gratitud que la fortalecían. Se hubiera atrevido á pasar por fuego para demostrarle su amor á su padre.

Mas, si exteriorizaba siquiera una leve sombra de emoción, la madrastra al punto hacía ver á Nami su disgusto por lo que consideraba ser una injustificada intrusión en su legítimo dominio; pero si Nami guardaba silencio y reserva, permaneciendo mansamente impasible, entonces la censuraba cruelmente, tachándola de insensible, obstinada y perversa. Una vez que surgió una leve desavenencia, la abrumó bajo una descarga de palabras denigrantes pronunciadas en voluble lengua choshu y lógica inglesa importada; y no solo fué injuriada Nami, sino que, además, se mofó abiertamente de su difunta madre. Y cada vez que la joven pensaba en desquitarse, surgía el recuerdo de su padre que al momento la hacía enmudecer.

Otra vez la acusó con tanta injusticia, que lloró amargamente su desgracia, oculta detrás de una cortina. ¿Pero es que no tenía padre? Sí, sí, tenía padre y era amantísimo; pero para una joven, cuya casa es su mundo, una madre significa más que cinco padres juntos y con una madrastra como la de Nami, bastarían diez años para desarrollar fácilmente la índole perversa de una niña y empañar el brillo de su juventud y su belleza.

—Realmente,—solía decir el vizconde,—no hay nada pueril en Nami. ¡Es tan seria y melancólica!

¡Ah! en efecto, no hay diferencia alguna entre las

flores, ya florezcan en un tiesto de tosco barro ó en la costosa porcelana de China; todas necesitan de la viva luz del sol. Pero Nami era una flor que se desarrollaba en las perpetuas sombras.

Así fué que cuando se desposó con Takeo y hubo pasado la ceremonia nupcial, respiró con profunda satisfacción; y su padre, su madrastra é Iku también respiraron, cada cual á su manera.

La antigua nodriza solía murmurar que si bien la vizcondesa gustaba vestirse caprichosa y suntuosamente, no buscaba para Nami sino trajes sin elegancia; no dejó de llorar viendo el reducido *trousseau* de Nami y recordó vanamente los días tan distantes en que vivía la madre de ésta. Mas, Nami, regocijada porque iba á dejar aquella casa, y mecida entre los ensueños de una felicidad que aún desconocía y cuyos umbrales iba á traspasar, soportó sin pena la separación de su querido padre.

III

Recogiendo helechos

El camino que conduce de Ikao á Mizusawa-no-Kwannon tendrá una longitud de diez millas y se enrosca como una serpiente por la ladera de una elevada colina, salvo en un lugar donde ésta se deprime en una hondonada y otro donde la senda se precipita en un barranco para salir por el extremo opuesto. Está tan bien cuidado el camino, que pudiera recorrerse con los ojos vendados. A lo lejos se extiende la vasta llanura de Jomo. A derecha é izquierda del camino se dilatan grandes extensiones cubiertas de hierba; y en la primavera, de las cenizas de la vegetación del año anterior, brotan frescos tallos de eneas, trébol, cardillos, campanillas y otras plantas, entretejiéndose y formando una alfombra de caprichosos y delicados dibujos, realzados aquí y allá por lindísimas flores y esbeltos tallos de helechos que se destacan sobre el musgo. Un largo día primaveral pasado en este sitio, le parecería demasiado breve á un amante de la naturaleza.

Una risueña tarde vinieron á este lugar Takeo y Nami, con Iku y una camarera de la casa, para coger helechos tiernos. Algo fatigados por su trabajo, escogieron un cómodo lugar de descanso y sobre él tendió un ruedo la criada. Takeo se dejó caer sobre él sin miramientos; pero Nami se descalzó las sandalias y sacudiendo levemente el polvo de su kimono con un pañuelo rosado, se sentó con un movimiento lleno de gracia, diciendo:

—¡Qué suave! Un lecho como este es digno de un rey.

—¡Oh, señora! Estás bellísima hoy. Hace tanto tiempo que no te oigo cantar así...—El Iku le miraba el semblante con ojos que brillaban de contento.

—He cantado demasiado y tengo sed.

—Siento no haber traído un poco de te,—dijo la camarera por vía de excusa; y desatando un paquete, descubrió naranjas, tortas y sushi.

—Con las naranjas basta,—dijo Takeo; y mondan- do una de ellas, continuó:—Mira, Nami-san, tú no puedes mondar una naranja así.

—Oh, sí; estoy segura de poder.

—Mi señor,—interrumpió la camarera,—los helechos que habéis cogido están mezclados con otras hierbas.

—¡Cuidado! Tratas de cubrir tu falta hallándola en otros,—dijo Takeo.—¡Pero qué tiempo tan agradable! ¡Se siente uno tan bien!

—En efecto, ¡qué cielo tan hermoso! Una pieza de tela como esa, haría un precioso vestido para una dama,—observó Nami.

—Y quizás mejor para una chaqueta de marino.

¡Qué fragancia tan deliciosa! Escucha: allá canta una alondra.

—Ya descansé bastante. ¿Qué te parece si volviéramos á nuestra tarea, Matsu?—dijo la anciana nodriza á su compañera. Y ambas se alejaron á coger más helechos.

—Cuida de dejar algunos, Iku. ¿Verdad que es muy dispuesta á su edad?

—Sí, en efecto.

—Nami-san, ¿te sientes fatigada?

—Nó. Me parece que nunca me he divertido tanto.

—En mis viajes por el mar me encuentro á menudo con hermosas vistas; pero tiene especial belleza un paisaje como este desde una colina elevada. ¿Ves esa pared blanca que centellea, allá al pie, a la izquierda? Es Shibukaba, donde tomamos un refrigerio en el camino de la subida. ¿Y vez algo que parece una cinta azul en esta dirección? Ese es el río Toné. ¿No lo ves? Y luego, siguiendo la vertiente de Monte Akagi-bien, allí donde ves subir el humo, allá al pie de la vertiente se anida algo. Ese es el pueblo de Mayebashi. ¿Qué es aquel hilo plateado que se divisa más allá? Es también el Toné. No se puede ver más lejos, porque se confunden las cosas. Debimos haber traído un antejo, ¿no es verdad, Nami-san? Pero quizás, después de todo, será más poético el fondo obscuro y confuso.

Nami puso la mano sobre la rodilla de Takeo, y suspiró:

—¡Cuánto me agradaría vivir aquí contigo siempre!—dijo.

Aparecieron dos mariposas de áureos colores, y



... entonces se escuchó un susurro
como de pasos sobre la hierba.....

70 1000
1000 1000

Takeo

tocando ligeramente la manga de Nami, prosiguieron su vuelo; entonces se escuchó un susurro como de pasos sobre la hierba, y de pronto cayó una sombra al sesgo delante de los amantes.

—¡Takeo-san!

—¡Hola, Chijiwa-kun! ¿Cómo acertastes á encontrarnos aquí?

El recién llegado era un hombre de unos veintiseis años y vestía el uniforme de teniente. Era excepcionalmente hermoso hasta para un militar, y, cosa singular, no tenía atezado el rostro. Había algo, empero, que disfiguraba su hermosura; y era una expresión especial de sarcasmo en la boca y una desagradable fijeza en la mirada de unos ojos negros como el azabache. Este joven, llamado Yasuhiko Chijiwa, era primo de Takeo; y, aunque de modesta graduación, era no obstante, uno de los más hábiles miembros del Estado Mayor General.

—Os sorprende verme aquí, ¿no es verdad? Tuve que despachar unos asuntos ayer en Takasaki, quedándome allí por la noche. Esta mañana fuí á Shibukawa, donde supe que era corta la distancia á Ikao; de suerte que tomé este rumbo y visité vuestro hotel. Me dijeron que habíais salido á recoger helechos, y os seguí hasta aquí. Pero debo regresar mañana. Temo ser importuno.

—Oh, nada de eso. ¿Fuiste á ver mi madre?

—Sí; lo hice ayer mañana. Parece estar bien y ansiosa por vuestra vuelta;—y lanzando una penetrada mirada de sus ojos negros al semblante de Nami, añadió:—También goza de salud vuestra gente en Akasa.

El rostro de Nami, que en todo ese tiempo se iba enrojeciendo, se coloreó aun más y bajó la vista.

—¡Ya tengo refuerzos!— exclamó Takeo,—No me dejaré vencer más. Esta es una unión de las fuerzas de mar y tierra y ya no pueden hacernos el menor daño millares de amazonas. Porque estas mujeres,—dijo señalando á la nodriza y la camarera que volvían en este momento,—trataron de criticarme cuando estábamos solos, diciendo que yo no podía coger tantos helechos como ellas, ó que arrancaba hierbas y no helechos.

La anciana se estremeció y ligeramente frunció el entrecejo, al decir:

—Chijiwa-sama. ¡Que sorpresa veros aquí!

—Le puse un telegrama hace poco pidiendo refuerzos,—dijo Takeo.

Os burláis,—dijo Iku.—¿De modo que os volvéis mañana?

—Y hablando de volver, señora, debemos adelantarnos á vosotros para disponer la comida.

—Perfectamente. Hacedlo así. Nos acompañará Chijiwa esta tarde y debéis preparar algún bocado exquisito: llegaremos voraces como lobos. ¡Cómo! ¡Qué! ¿te vas también, Nami-san? Quédate con nosotros. ¿Tratas de abandonar á tus confederados? No te molestes; no te incomodaremos más.

Nami no pudo rehusar y se quedó. Iku y su compañera hicieron un lío con las cosas que habían traído y partieron.

Los tres comenzaron de nuevo á buscar helechos y como no estaba muy avanzada la tarde, fueron despacio hasta Mizusawa-no-Kawannon antes de volver á desandar sus pasos bajando la cuesta.

Descansando sobre la cresta del Monte Monokiki, el sol de la tarde flameaba en su refulgente esplendor. La hierba á ambos lados del camino recogía sus áureos rayos y parecía arder en una sábana de fuego mientras se prolongaban aquí y allá sobre la colina las sombras de los solitarios pinos. Allá, lejos, se bañaban silenciosamente en un mar de luz las apartadas colinas y los humos de la tarde se elevaban de los hogares de las aldeas á sus pies. Completaban el cuadro un labrador y sus bueyes andando á paso lento y en la apacible tarde resonaban los mugidos de los animales y las voces del gañán.

Takeo y Chijiwa caminaban de frente seguidos de Nami. Los tres andaban despacio: cruzaron la hondonada y se aproximaron al camino de la subida, resplandeciente en el sol.

De pronto se detuvo Takeo.

—¡Oh! Me dejé el bastón. Está donde descansamos al volver. Os ruego esperéis un momento: voy á buscarlo.

—Déjame acompañarte, querido — dijo Nami-san.

No: es mejor que esperes. No está lejos y voy corriendo.

Takeo casi obligó á Nami-san á quedarse; y, dejando caer en la hierba su atado de helechos, se apresuró á bajar á la hondonada.

Cuando se hubo alejado Takeo, quedó Nami en silencio, á pocos pasos de Chijiwa. Veíase ya obscuramente la figura de Takeo en la Colina, al lado opuesto de la hondonada, y pronto se perdió de vista en un recodo.

—Nami-ko-san.

Nami, cuyo semblante estaba vuelto á otra parte, se estremeció al hablársele con tanta familiaridad.

—Nami-ko-san—repitió acercándose.

Nami retrocedió un paso ó dos; pero se vió forzada á alzar la vista; y encontrándose con la mirada de aquellos ojos tan negros, volvió el rostro de nuevo.

—Os felicito.

Ella guardó silencio enrojeciéndose.

—Os felicito. Debéis ser muy feliz. Pero—añadió con un tono de voz lleno de desdén—sabéis que hay uno que no lo es.

Nami fijó los ojos en el suelo en que hacía hoyos con la contera del parasol.

—Nami-ko san.

Como ardilla aterrorizada por la tenaz persecución de la serpiente, se volvió y ahora miró de frente á su enemigo.

—¿Qué?

—El rango de barón y el dinero, no son despreciables, ¿verdad? Pues, os felicito.

—¿De qué habláis?

—Casarse con un hombre de nobleza y fortuna, aunque sea un mentecato, y despreciar á otro que la ama, si no tiene dinero; estos son los principios de una joven de la clase elevada en el día; aunque, desde luego, vos sois una excepción.

Apacible como era Nami, enrojció de cólera, mirando á Chijiwa con fiereza.

—¿De qué habláis cobarde? ¡cobarde! Repetid eso en presencia de Takeo. ¡Enviarme una carta así, sin dirigirse primero á mi padre como un hombre! ¡No lo tolero más!

—¿Qué?

Chijiwa dirigió una mirada atrás, y mordiéndose los labios trató de aproximarse a ella.

De pronto se escuchó el relincho de un caballo y apareció sobre la colina la figura de un labrador.

—Os doi las buenas tardes—dijo el jinete descubriéndose. Y pasó volviendo la vista, como preguntándose quiénes serían los jóvenes.

Chijiwa no se movió: la rijidez de su semblante cedió algo para dar lugar a un gesto sarcástico que contrajo sus labios cerrados.

—¡Jum! Devolvédmela si no os agrada conservar-la.

—¿Devolver qué?

—Eso de que hablásteis ahora; lo que aborrecéis... la carta.

—No la tengo.

—¿Dónde está?

—La tiré al fuego... tan sucia...

—¿Estáis segura de eso? ¿Nadie la ha visto?

—Desde luego que no.

—¿Muy segura?

—No me habléis.

La mirada colérica de Nami se encontró con la desagradable fijeza de los ojos de Chijiwa, que la causaron escalofríos y la obligaron a volverse. En este momento apareció Takeo en la cresta de la colina, al lado opuesto de la hondonada, con el rostro rosado como una cereza brillando en el sol de la tarde.

Nami respiró.

—Nami-ko-san.

Trató Chijiwa de encontrarse con los ojos de la joven; pero ella esquivó la mirada. Finalmente, dijo:

—Nami-ko-san, una palabra antes de separarme. Sed discreta. De todos modos, guardad el secreto de Takeo-san lo mismo que de vuestros padres. Si no lo hacéis, estad segura de que os pesará.

Dando énfasis á estas palabras con una mirada amenazadora, Chijiwa se volvió inclinándose á coger unas flores silvestres.

Con pasos precipitados y blandiendo el bastón descendía la cuesta Takeo, diciendo:

—Os he hecho esperar mucho. Estoy casi sin aliento. He corrido sin parar; pero encontré el bastón. Nami-san, ¿qué te sucede? Parece que no estás bien.

Chijiwa, prendiéndose en el pecho las violetas que acababa de coger, dijo:

—Tardaste tanto, que la entristeció el pensamiento de que pudieras extraviarte.—Y prorrumpió en una carcajada.

Rióse Takeo también.

—¿Sí? Pues volvamos á casa.

Y los tres marcharon de frente hacia Ikao, proyectándose sus sombras en la falda de la colina.

IV

La casa de Yamaki.

El único pasajero que había en el coche de segunda clase, en el tren de subida de Takasaki, estaba sentado en un rincón con los pies sobre el asiento que tenía delante, fumando y leyendo un periódico. Era Yasuhiko Chijiwa.

Con un gesto de impaciencia tiró el periódico á un lado.

—¡Vaya!

Al hablar, se le cayó el cigarro de la boca y, cólerico, lo aplastó con el pié; escupió por la ventanilla y pareció titubear un momento. Luego, como indeciso, paseó toda la longitud del coche, y volviendo á su asiento, cruzó los brazos cerrando los ojos y frunciendo las negras cejas.

Yasuhiko Chijiwa era huérfano. Su padre, samurai del clan Kagoshima, había sido muerto en la guerra de la Restauración, y su madre fué arrebatada, víctima de la peste, cuando el niño tenía seis años. Se hizo cargo de él su tía materna, madre de

Takeo Kawashima. Su tía era afectuosa con Yasuhiko: pero su tío no le mostraba la menor benevolencia. En ocasiones de ceremonia, vestían á Takeo, con falda de gruesa seda y sentábanlo en asiento superior; pero á Chijiwa no se le ponía sino una falda barata de algodón y tenía que ocupar asiento inferior. Así, desde muy joven supo su posición, viendo que, diferente de Takeo, el cual tenía padres, fortuna y rango, estaba destinado á labrarse su camino con las manos y el cerebro. Es natural, pues, que pronto aprendiera á detestar á Takeo y á aborrecer á su tío.

Descubrió que, para medrar en la vida, había dos sendas: la estrecha y la ancha; y juró tomar de todos modos por el camino más fácil. Por eso, mientras estuvo en el Colegio Militar, adonde le había enviado su tío, y á la vez que sus compañeros se preocupaban por los exámenes y las calificaciones, Chijiwa anduvo con pies de plomo en hacer amistades con los hombres influyentes de su provincia, y tuvo buen cuidado de escoger amigos que le valieran en el porvenir. Su habilidad se evidenció por primera vez poco después de graduarse: cuando otros no se habían repuesto aún del regocijo por los honores ganados, ya él se las había manejado para introducirse en el Estado Mayor. Mientras sus compañeros fueron destinados á regimientos de infantería diseminados por el país, á servir en interminable sucesión de ejercicios y marchas, Chijiwa se aseguró en una posición envidiable donde podían acaso llegar á sus oídos, en las tertulias de sus compañeros, los importantes secretos de los asuntos militares.

Su inmediato é importante problema fué el matrimonio. Entendió que sólo por medio de una buena alianza matrimonial se podía tener éxito en la vida; de igual manera que los monos alcanzan el agua por la trabazón de sus miembros. Exploró el campo y encontró que la hija de este marqués se casaba con aquel barón, la de este conde con aquel alto funcionario y la hija de este millonario con el hijo de aquel marqués. Sus ojos vivos, al fin, se detuvieron en la casa del general Kataoka. El general, si bien estaba en la reserva, era hombre de gran reputación y gozaba de gran favor en la corte. No tardó Chijiwa en adivinar su secreta pero poderosa influencia, y se le aproximó gradualmente, con algún ligero pretexto, haciendo breves insinuaciones á la familia. Fijó los ojos en Nami, la hija mayor, escogiéndola porque percibió que era la favorita del general; mientras que la madrastra no la amaba y deseaba casarla y desprenderse de ella á la primera oportunidad.

Empero, algo influyó en su elección el amor que le inspiró el apacible y noble carácter de la doncella. Veló por él la oportunidad. Como el general no era hombre que jamás exteriorizara sus sentimientos, le fué difícil á Chijiwa sondear la impresión que hubiera hecho en él, si bien estaba seguro de haberse captado el favor de madame Kataoka. La segunda hija, llamada Koma, que tenía quince años y era de carácter violento, fué también muy amiga suya. Había dos niños, nacidos de la segunda esposa; mas estos no le concernían, pero sí la vieja nodriza Iku, que había servido desde los tiempos de la madre de Nami, y se encontraba en la casa por

especial deseo del general cuando se despidió el resto de la servidumbre á la llegada de la señora actual. Esta nodriza no se separaba de Nami y apreciaba poco á Chijiwa. Esto le intranquilizaba un poco; pero se chanceaba de ello en vista de su determinación de hacer la corte á Nami directamente. Un año entero esperó Chijiwa la oportunidad; pero, impacientándose, su osadía le indujo á redactar una carta amorosa, la selló bajo doble cubierta, púsole el sobrescrito en caracteres femeninos y se la envió a Nami por correo.

Ese mismo día recibió inesperadamente la orden de emprender un viaje especial. Cuando volvió, después de tres meses, descubrió aterrado que, durante su ausencia, y por conducto del casamentero vizconde Kato, miembro de la Cámara Alta, Nami se había casado nada menos que con su propio primo, Takeo Kawashima.

Furioso por ese inesperado fracaso, Chijiwa destrozó una pieza de bellissimo crespón que había comprado en Kyoto, como regalo para Nami, con la esperanza de que los brillantes colores fueran augures de su éxito.

Pero Chijiwa no era hombre que se dejara agobiar por un fracaso y no tardó en reponerse de su chasco. Empero, temía que si Nami le hablaba de su carta amorosa al padre ó al marido, tendría un segundo descalabro y se vería privado de un patrono influyente. Por discreta que fuera Nami, no estaba él muy seguro de los sentimientos que le inspirara; y, aprovechándose de un viaje á Takasaki, visitó en Ikao á la pareja recién casada y disimuladamente investigó el asunto. Ahora le dominaba

un sentimiento: el odio profundo que le inspiraba Takeo.

Pensando que había oído á uno llamar: «Takeo, Takeo», Chijiwa despertó súbitamente de sus meditaciones. Asomándose por la ventanilla vió que el tren acababa de llegar á cierta estación y que el mozo gritaba: «Ageo, Ageo».

— ¡Condenación!

Maldiciéndose volvió á pasear á lo largo del coche; encogiéndose de hombros como para desprenderse de algo desagradable, retornó á su puesto con un gesto de desdén.

Partió el tren de Ageo y después de pasar varias estaciones con la velocidad del viento, llegó á Oji donde cinco ó seis personas entraron en el coche de segunda, crujiendo la arena ruidosamente bajo sus tacones en la plataforma. Entre ellos había un hombre como de cincuenta años, de semblante moreno y encendido; los extremos de sus ojos se volvían hacia abajo y tenía un lunar rojizo del tamaño de un guisante debajo del ojo izquierdo. Vestía lujosamente prendas dobles de seda ichisaku, en torno de su cinturón de crespón blanco llevaba enrollada una pesada cadena de oro y en el dedo anular de la mano derecha una gruesa sortija de oro. Al sentarse su mirada se encontró con la de Chijiwa.

— ¡Oh, Chijiwa-san!

— ¡Hola! ¿Cómo estás?

— ¿Dónde has estado?—Y diciendo esto, el hombre del lunar rojo se levantó sentándose al lado de Chijiwa.

— En Takasaki.

— ¿En Takasaki?—Después de escudriñar un mo-

mento el semblante de Chijiwa, el hombre añadió en voz baja:—¿Tienes prisa? Si no, vamos á cenar juntos.

Chijiwa asintió con un movimiento de cabeza.

Cerca del embarcadero de Hashiba y arrimada al agua se levantaba una casa, que, á no ser porque la tablilla rezaba, «Quinta de la propiedad de Hyozo Yamaki», pudiera haberse tomado por paraje en que se reunía la gente del gran mundo. En una de las habitaciones del segundo piso en cuya mampara de papel pudiera aparecer apropiadamente la silueta de caprichosa shimada (1) entre las seductoras notas de música arrulladora, ó sobre cuyas verdosas esteras pudiera háberse tendido un ruedo para jugar á las cartas en tal habitación, alumbrada por una lámpara de pantalla en lugar de la más prosaica luz eléctrica, hallábanse sentados cómodamente frente á una mesa en que yacían en desorden platos y copas, nuestros conocidos Chijiwa y el Lunar Rojo, que no era otro que el dueño de la casa Hyozo Yamaki.

Era cosa aparentemente intencional que no hubiera allí doncella para servirles. El Lunar Rojo tenía delante un pequeño libro de memorias, abierto y con un lápiz atravesado encima. En él estaban escritos los nombres de muchas personas con sus títulos oficiales y direcciones, marcados con diversos signos, como círculos, cuadros, triángulos, guarismos y letras, algunos de los cuales estaban tachados ó habían sido repuestos.

—Bien, Chijiwa-san. Queda convenido. Pero de-

(1) Shimada, el peinado de una geisha, ó bailarina y cantante japonesa, ó de una soltera.

seo que me avises al momento cuando todo esté arreglado. ¿Estás bien seguro del éxito?

—Sí; bastante seguro: ya está en manos del ministro. Pero sabes que la otra parte también apremia, de modo que te conviene ser generoso. Y señalando á los nombres del libro,— este es un bribón consumado; tendrás que refrenarlo mucho.

—¿Qué me dices de éste?

—No resulta. Lo conozco bien; pero se dice que es mui escrupuloso. El único modo de atraérsele es ir abiertamente y de rodillas. Si fracasas anda con cuidado.

—Te digo que hai muchas personas sensibles en el ejército; pero hai otras tantas que son todo lo contrario. El año pasado cuando contratamos el suministro de uniformes á cierto regimiento, todo se lo pasamos satisfactoriamente de la manera usual. Pero había un capitán ¿cómo se llamaba? de bigotes rojos. El hombre nos molestó bastante, hallando faltas en nuestros efectos, y cuando nuestro administrador le mandó la acostumbrada caja de tortas, declaró que no se le compraba y que sería deshonroso para un soldado que se le sobornara con dádivas. Imagínate como al fin arrojó la caja al suelo y eso que estaba llena de plata, cubierta por una delgada capa de torta dura. ¡Qué aprietos! Las tortas de hojas de otoño mezcladas con copos de nieve argentina rodaron todas por el suelo. Con esto montó en cólera el sujeto; y, diciendo que nunca supo de cosa tan bochornosa, nos amenazó con denunciarnos públicamente. Apenas pudimos hacerle guardar silencio; nos fué mui difícil. Y hablando de esto, Takeo-san

es también hombre de ese carácter. Es casi imposible traerle á una avenencia. El otro día...

—Pero Takeo heredó tal fortuna de su padre— repuso Chijiwa apresuradamente— que se puede permitir el lujo de proceder como guste; ser recto y tieso como un huso, En cuanto á mí, siendo como sabes, sólo en el mundo.

—¡Ah! se me olvidaba.— Lunar Rojo miró un momento la cara de Chijiwa y luego sacó diez billetes de á cinco yens:— Esto esto es para gastos de carruajes; lo gordo seguirá después.

—Gracias; acepto sin reservas;— y se apresuró á guardarlos en un bolsillo interior.— Pero Yamakisán...

—¿Qué?

—Es una verdad vulgar que no se puede recojer sin sembrar.

Yamaki sonrió secamente; dió á Chijiwa unas palmaditas en la espalda y dijo:

—Eres un chico listo. Lástima que no fueras por lo ménos Comisario de la Guerra.

Chijiwa soltó una carcajada:

—Pero, Yamaki, la espada mas corta del héroe Kiyomasa es más eficaz que los tres pies tres pulgadas (1) de un niño.

—Bien dicho. Pero, amigo mío, hay que tener mucho tiento en este negocio de especulación: raras veces navegan con éxito los profanos.

—Ahora sólo se trata de piquillos. Pero debo marcharme. Te veré en breve tan pronto como tenga nuevas del asunto. Ahora será preferible tomar una karuma en el camino.

(1) Tres pies tres pulgadas; la longitud de una espada grande.

—Convenido. Siento que no te pueda saludar mi esposa esta tarde; debe estar acompañando á mi hija.

—¡Oh! ¿Y está enferma Toyo-san?

—Sí; hace cosa de un mes: por eso la traje aquí mi esposa. Te digo, Chijiwa-san, que no te precipites para tomar mujer y tener hijos. No hay vida como la de un soltero para hacer dinero.

Chijiwa partió de la quinta de Yamaki, acompañándole amo y criada hasta el portal.

Volviendo al interior se encaminó Yamaki á su habitación. Abriéronse silenciosamente las puertas corredizas y entró una mujer de cierta edad, sentándose á su lado. Era de facciones claras, cabello ralo, y tenía muy prominentes dos dientes delanteros.

—¿Se fué Chijiwa-san?

—Sí; acaba de partir. ¿Cómo está O-Toyo?

La mujer de los dientes prominentes se puso grave y dijo:

—Ya casi he perdido la paciencia con ella. Kane, —agregó dirigiéndose á una criada—puedes retirarte un rato. Hoy volvió á estrellar una taza, rasgó sus vestidos é hizo otras muchas locuras sin el menor motivo, y tiene dieciocho años.

—Después de todo, tendremos que encerrarla en el asilo de Sugano. ¡Pobre niña!

—No estamos ahora para burlas. Realmente, la compadezco. Hoy dijo á Take: ¡Ingrato Takeo-san! ¡qué cruel es! El año pasado le envié un regalo de Año Nuevo de un par de calcetines de estambre que tejí yo misma, y un pañuelo que bordé, y también guantes y otras cosas más. El último día de Año

Nuevo le regalé una camisa roja de estambre y todo esto de mi bolsillo: y advierte que sin darme el menor aviso se casa con esa fea, pesada y orgullosa de Nami-ko-san. ¡Oh, qué cruel! ¡qué cruel! Yo soy hija de Yamaki. ¿Por qué había de verme eclipsada por Nami-ko-san? ¡Qué malvado y qué cruel! y prorrumpió en llanto. Querido, ¿se puede hacer algo por ella? ¡Está tan enamorada de él!

—¡Absurdo! «Tal madre, tal hija,» según el dicho. Eres digna madre de esa niña desobediente. Sabes que Kawashima es noble de reciente creación, posee una gran fortuna, y no tiene nada de tonto. Hice lo que pude para que O-Toyo fuera su esposa; pero me estrellé. Ya pasó la boda, y eso se redujo á nada. No hay esperanza alguna como no se muera Nami-san ó se divorcie. Desecha, pues, esas ideas necias y trata de casarla con algún hombre mejor. Eres mujer de espíritu puro y emprendedor.

—Todo eso es locura, No puedo pensar como tú, ni soy tan hábil como tú, que á la edad de cincuenta años todavía te pones en ridículo con las mujeres.

—No puedo resistir tu elocuencia. Pero de veras que eres temible, es decir, te encolerizas con sobrada facilidad. Amo á O-Toyo tanto como tú: es nuestra hija. Así que, en vez de soñar cosas imposibles, trata de encontrar algún lugar en que pueda ser feliz toda su vida. Vamos, O-Sumi. Vamos á hablar con ella un rato. Y se dirijieron por un corredor al cuarto de Toyo.

Hyozo Yamaki era hombre de obscuro origen; mas ahora se le tenía por «caballero comerciante.»

A los comienzos de su carrera había recibido no pocos favores del difunto padre de Takeo y aun guardaba fidelidad á la familia Kawashima. Esto, según afirmaban algunos, se debía á que la casa Kawashima era una de las más opulentas entre la nueva nobleza; pero, sin duda, esa opinion era demasiado severa. Tenía su residencia en Shiba y una quinta cerca del embarcadero de Hashiba. Hubo un tiempo en que había sido medio usurero; sin embargo, ahora su principal negocio era el de contratista del ejército y de otras entidades del gobierno. Su hijo recibía una educacion comercial en América y O-Toyo, la hija, había sido hasta poco antes alumna del colegio de Damas Nobles. Su mujer, y nadie sabía dónde ni cómo se había llegado á casar con ella, solo era conocida como una kyo-toiana. Era mujer desgarbada y se maravillaban algunos de que Yamaki pudiera estar satisfecho de ella; pero el hecho es que tenía varias queridas que constantemente esperaban sus visitas, á quienes podían aplicarse adjetivos tales como encantadora, preciosa, etc. Y de esto estaba bien enterada su mujer.

Adornaban la alcoba un harpa, una mandolina y una caja de vidrio conteniendo una muñeca grande. En un rincón hallábase un precioso escritorio y en el otro un espejo giratorio. Preguntándoos quién pudiera ser la ocupante de esta hermosa estancia, os veis tentados á mirar la cama, toda vestida de seda, que ocupa el centro. En ella, echada de costado, yace una joven como de diecisiete años, presa de violenta agitacion. Llevaba el sedoso cabello color paja de maíz recogido en una hermosa

shimada y era de complexión rosada y mejillas frescas y redondas. Pudiérais imaginar por esto que era bella; pero, en realidad, sus facciones eran llenas y redondas; tenía los labios abiertos como si estuviera demasiado fatigada para cerrarlos; y los ojos sombreados por delicadas cejas, estaban rodeados de prominencias carnosas, como si velados por las brumas primaverales acabaran de despertar de un largo sueño.

Exclamando ¡mentecata! á la doncella que acababa de salir de la estancia, riéndose con disimulo de los mandatos de su ama, la joven arrojó febrilmente toda la ropa de la cama y saltando al suelo tomó un gran cuadro en que se representaba un grupo de jóvenes escolares en el hakama de uniforme, mirólo fijamente con ojos de rabia; y luego, hizo una muñeca á una de las figuras y para más demostrar su aversión, le raspó la cara con la uña.

Oyó abrirse la puerta corrediza y preguntó:

—¿Quién es? ¿Take?

—Sí, soi Take, un Take calvo,—y sonrientes entraron en la estancia su padre, Yamaki, y su madre sentándose al pie de la cama. La joven trató de ocultar el cuadro y se recostó sobre él.

—¿Cómo te sientes, O-Toyo? ¿Mejor? ¿Qué es eso que acabas de ocultar? Déjame ver. Déjame ver. Dé...ja...me... ver... lo... que... es. ¿No es esta la cara de Nami-ko-san? ¡Por vida de...! ¡Cómo la has echado á perder! ¡Cien veces más cuerdo hubiera sido ofrecer una oración de execración en algún santuario á media noche, que hacer cosa tan malvada.

Su esposa, haciendo un gesto de desagrado, exclamó:

—No digas siquiera semejante cosa.

—O-Toyo, eres hija de Hyozo Yamaki ¿no es así? Sé valiente y vuelve á probar fortuna. En vez de guardarle fidelidad á un sujeto tan insignificante que no corresponde á tu amor, querida hija, ten arrojo para atrapar el hijo de un millonario como Matsui ó Usitsubushi, ó el hijo de un mariscal, un primer ministro, ó mejor aún, un príncipe extranjero. ¿Cómo eres tan pobre de espíritu?

Por mucho que se impacientara y llorara en presencia de su madre, la señorita O-Toyo, perdía sus energías delante de su padre. Quedóse, pues, irritada sin despegar los labios.

—¿No contestas, hija mía! Bien, aún le amas, ¿no es así? Atiende, O-Toyo, ¿no te agradecería ir de paseo á Kyoto por vía de cambio? ¡Es un viaje tan agradable! Hay allí muchas cosas interesantes y dignas de verse; y ademas, puedes ir á Nishijin, famosa comarca de tejedores, y conseguir un bellissimo obi (1) ó trajes triples. ¿Cómo, te gustaría eso? No puedes dejar de ir, ¿verdad? O-Sumi, —dijo volviéndose á su esposa,—mejor será que vayas con O-Toyo.

—¿Presumo que irás con nosotras?—preguntó ésta.

—¿Yo? ¡Quita allá! Tú no sabes lo ocupado que estoy.

—Entonces, no voy tampoco.

—¿Cómo es eso? ¿que no me vas á obedecer?

—¡Ja, ja!

—¿Qué?

—¡Ja, ja, ja!

(1) Obi, faja ancha de seda que usan las japonesas.

—No me agrada oírte esa risa. Dime por qué no quieres ir.

—No puedo perderte de vista, dijo su esposa.

—¡Vaya, vaya! ¿Cómo te atreves á decir semejante cosa en presencia de O-Toyo? O-Toyo, lo que dice tu madre es una falsedad. No le prestes atención.

—No puedes hacerte el hipócrita conmigo,—replicó O-Sumi.

-- Cese esta conversación. Pero, vamos. O-Toyo, no te aflijas. ¡Animo! Ten paciencia y todo saldrá bien.

El general en su casa

La tarde de un sábado á mediados de Junio, época en que florecían los castaños que sombreaban su casa en Akasaka, el vizconde teniente general Kataoka se hallaba muellemente sentado en el sillón de su despacho. Frisaba en los cincuenta años, comenzaba á señalársele la calva y se le iba encaneciendo el cabello. Era corpulento; pesaba unas doscientas libras y hasta un corcel árabe hubiera gemido bajo su enorme mole. El grueso cuello casi se le enterraba entre los hombros cuadrados y la papada parecía estar unida al pecho; tenía el abdomen abultado y muslos como los de un buey; era de cara atezada, nariz grande, labios gruesos, barba escasa y cejas delgadas; sus ojos, empero, no guardaban armonía con el resto del cuerpo, siendo estrechos como los de un elefante y de aspecto apacible. Constantemente le jugueteaba una sonrisa por los labios, prestando á su semblante un aire humorístico.

En el otoño de un año anterior cazaba el general en una comarca montañosa; y con su traje ordinario algo deteriorado, acertó á pedir una taza de te á una anciana que habitaba una pequeña choza. Esta lo mira cuidadosamente y no pudo contener su admiracion.

—¡Qué hombrón eres! Presumo que has cobrado alguna caza.

—Ninguna,—dijo sonriente el general.

—¡Oh! No puedes ganarte la vida cazando. Trabaja como jornalero con tu corpachón y te digo que podrás hacer hasta cincuenta yens.

—¿En un mes?

—¡Oh, nó! En un año, por supuesto. Pero, vamos, ponte á trabajar. Te daré trabajo en todo tiempo.

—Gracias, amiga mía. Podré volver á pedir tu consejo,

—Hazlo asi de todos modos. Es demasiado bueno ese corpachón para malgastarlo cazando.

Este chistoso incidente era una de las anécdotas favoritas con que divertía á sus amigos. Quien no conociera al hombre lo juzgaría lo mismo que la anciana; pero para quien le conociera á fondo, este soldado tan confiado en sí mismo era viviente muro de hierro en horas de pesadumbre. Su cuerpo, macizo como un cerro, y su espíritu, sereno como el de los dioses, infundían ánimo en los corazones de una hueste que temblara ante inminente peligro.

Sobre la mesa cercana descansaba una maceta azul en que crecían los rectos tallos del bambú enano. Alto en las paredes colgaban los retratos del emperador y la emperatriz y más bajo, al frente,

colgaba una tableta con caracteres escritos por Nanshu, significando: "Sed caritativos." En la biblioteca habia varias hileras de libros y sobre la repisa del hogar y la rinconera triangular, media docena de retratos de japoneses y extranjeros, algunos de ellos de uniforme.

Recogidas las cortinas verdes, estaban abiertas de par en par las seis ventanas que daban al este y al sur. Al este, por sobre las atestadas calles de Tami-machi, que se hallaban debajo, la vista dominaba la verde colina de Reinan, sobre la cual se elevaba el pequeño campanario de la Torre de Atago, y encima de él describía círculos un milano. Al sur yacía el jardín sombreado por los frondosos castaños y por una abertura entre los árboles podía verse un álamo asemejándose á una lanza verde en el recinto del santuario de Hikawa.

El cielo estival, visto desde las ventanas, estaba lustroso como satín azul; acá y acullá entre las frescas hojas lucían en profusión las borlas aperladas de las flores, pintadas contra el azul del cielo. Proyectábase una rama cerca de la ventana, y si bien carecía de gracia, estaba, no obstante, cuajada de flores como charreteras, y sus hojas, filtrando la luz del sol, la quebraban en rayos de esmeralda, zafiro y ámbar; al más lijero soplo de la brisa flotaban furtivas fragancias en el despacho y las vagas sombras de la ventana cruzaban sobre una página de "El Estado del Ferrocarril Siberiano" que sostenia el general con la mano izquierda. Cerrando por un momento sus estrechos ojos, el general aspiró con delicia y luego abriéndolos lentamente los volvió al folleto.

De alguna parte del exterior se escuchó el sonido de la garrucha de un pozo como el rodar de una taza; más, cesó luego y descansó sobre la casa la apacible calma de la tarde, cuando, de pronto, aparecieron dos bribonzuelos acechando la oportunidad de introducirse á hurtadillas en la estancia.

Con mucha cautela introdujeron la cabeza por la puerta retirándola al momento y se oyó del exterior el ruido de risas contenidas. Uno de ellos era un niño como de ocho años, vestido de marinero, y el otro una niña, menor en dos ó tres años, con el cabello largo sobre la frente y vistiendo un traje á rayas moradas con un obi rojo.

Titubearon un momento los dos bribonzuelos, pero como si no pudieran esperar más, abrieron la puerta de pronto, se lanzaron en el despacho y escalando fácilmente el baluarte de papeles apilados y atacando la silla del general por delante, capturaron las rodillas del corpulento soldado: el marinero por el flanco derecho y Rizos por el izquierdo.

—¡Papá!

—Venís de la escuela ¿eh?— dijo el general, sonriente, con una voz tan profunda que parecía salirle del fondo del pecho, dando palmaditas con sus pesadas manos en las espaldas del marinero y en la cabeza de Rizos.

—¿Qué hay de calificación? ¿fué buena?

—Papá á mí, á mí me dieron A en aritmética.

—Papá, la maestra dijo que mi costura estaba bien;— y Rizos sacó su obra de “Jardín de la Infancia,” poniéndola sobre las rodillas de su padre.

—¡Ah! eso es bueno.

—Y después B en lectura y escritura y C en todo

lo demás. Al fin, me ganó Mina-kami. Estoy muy enfadado por eso.

—Bien, pues no desmayar. ¿Qué cuento leyeron hoy?

El marinero se animó y dijo:

—Papá, el cuento de Masatsura. ¿Quién fué más grande, Masatsura ó Napoleón?

—¡Oh! ambos son grandes.

—Papá, me gusta Masatsura; pero me gusta más la marina. Papá es el ejército y yo voy á entrar en la marina.

Sonrióse el general.

—¿Serás un marino á las órdenes de Takeo-san?

—Pero es que él es alférez de navío y yo quiero ser teniente general.

—No se llaman así; en la marina es contraalmirante. Pero, ¿no quieres ser almirante?

—Pero papá es teniente general. Papá, ¿un teniente general es más que alférez de navío, verdad?

—Alférez ó general, más grande es quien más estudia.

—Papá! papá! digo papá;— y Rizos, saltando sobre las rodillas de su padre, exclamó:— La maestra nos contó un cuento tan bonito; el cuento de una liebre y una tortuga. ¿Te lo cuento? En un tiempo había una liebre y una tortuga... ¡Ah! aquí viene mamá.

Daba el reloj las dos cuando entró en la habitación una señora alta, como de cuarenta años, peinada al estilo extranjero, con el cerquillo ahuecado y partido sobre la elevada frente; sus grandes ojos eran algo oblicuos, indicando un carácter brusco; el semblante algo moreno, estaba ligeramente pinta-

do y los dientes que mostraba á veces, muy lustrosos. Vestía magnífico crespón con un obi de satín negro, llevando los dedos cargados de valiosas sortijas.

—Habéis vuelto á colgaros de vuestro papá.

—Preguntábale de sus estudios. Ha llegado la hora de las lecciones de papá. Idos á jugar; después saldremos de paseo.

—¡Oh, qué bueno!— dijo Rizos.

—¡Hurra!— gritó el marinero.

Bailando de contento salieron de la estancia los dos niños cogidos de la mano y á lo lejos se escucharon sus gritos de:—¡Hurra! ¡Déjame, Kichan!

—Digas lo que quieras, eres demasiado indulgente con tus hijos.

El general contestó sonriendo:

—No; no es eso precisamente; pero es que los niños son mejores cuando se les ama.

—Pero, querido, sabes que se ven unidos hasta en la noción popular el “padre severo” y la “bondadosa madre;” mas, desde que los mimas tanto, se invierte el dicho y siempre tengo que corregirlos. ¡Ay de mí! Ya me hacen ser objeto de aversión.

—No necesitáis reprocharme así y te ruego seas algo más amable. Señora profesora, sentáos si gustáis.

Y sonriendo de nuevo, tomó de la mesa un viejo ejemplar del Real Libro Tercero y comenzó á leer despacio en su inglés raro con acento satsuma.

Escuchábale la señora con atención, corrigiendo sus errores ocasionales.

Esta era la lección diaria del general. Habiéndose encumbrado como soldado en la Restauración

de 1868, se encontró de momento lanzado en tan importante carrera que no le quedó tiempo para entregarse al estudio de las lenguas extranjeras y hasta el año anterior no le habían pasado á la reserva. Algunas de las horas de ocio que con tal motivo obtuvo, las dedicó al punto al estudio del inglés, teniendo por maestra á madame Shige. Esta era hija de un célebre samurai choshu y había estado tanto tiempo en Londres, que raras veces se encontraba en el Japón mejor conocedor del inglés. Estaba la dama tan enteramente imbuída en las ideas occidentales, que quería conducir el manejo de sus asuntos caseros como lo había visto y aprendido en aquel lejano país; pero por desgracia, las cosas no salían á medida de sus deseos; los criados se reían á hurtadillas de su falta de experiencia y los niños, naturalmente, festejaban á su padre con más cariño estando solos. Estos errores y la oriental altivez de su marido, que cuidaba poco de pequeñeces, con mucha frecuencia ponían á la pobre señora de un humor de mil demonios.

Al fin, y mediante gran esfuerzo, terminó el general la lectura de una página, y se disponía á traducirla, cuando se abrió la puerta para dar paso á una bella joven como de quince años, con el cabello atado con una cinta roja. Viendo á su padre sosteniendo un pequeño libro en su mano tan grande y leyéndolo con la docilidad de un discípulo, prorrumpió en involuntaria risa; al anunciar:

—Madre, la tía Kato está en el gabinete.

—¿Sí?

Frunciendo el entrecejo casi imperceptiblemente, la dama esperó que hablara el general.

Este, levantándose deliberadamente y aproximando una silla á su lado, dijo:

—Hazla entrar aquí,

—Buenas tardes,—dijo una señora de aspecto atractivo, como de cuarenta y cinco años, entrando en el despacho.

Llevaba puestas unas gafas azules, sin duda por debilidad de la vista; tenía algún parecido con Nami-san y no sin razón, porque era hermana de la primera esposa del general Kataoka. Estaba casada con el vizconde Kato, miembro de la Cámara Alta, y ambos fueron los que actuaron de intermediarios en el matrimonio de Nami y Takeo.

Sonriente, el general le ofreció una silla y corrió una cortinilla en la ventana opuesta, diciendo:

—Tened la amabilidad de sentaros: no os he visto en mucho tiempo; presumo que vuestro marido estará muy ocupado.

—¡Oh, sí! Es como un jardinero; siempre tijera en mano. No es tiempo aun para las irídeas, pero los granados que tanto le enorgullecen están en pleno florecimiento. Os ruego vayáis á verlos; me encargó especialmente que os invitara.—Volviéndose á madama Kataoka,—y que llevéis á Ki-chan y á Mi-chan.

A ser francos, madama Kato no le agradaba mucho á la vizcondesa; era casi un absurdo pensar que las uniera un mutuo afecto, habiendo entre ellas tal diferencia de educación y temperamentos. Además, la idea de que era la hermana de la primera mujer surgía siempre en el ánimo de la vizcondesa para intranquilizarla no poco. Quería ella monopolizar el corazón del general y blandir el ce-

tro como reina del hogar; pero, allí estaba una hermana de la anterior esposa que no sólo ponía ante el general el retrato mismo de la ausente, sino que además, simpatizando furtivamente con Nami-san y la nodriza Iku, le recordaba los tiempos pasados, trayéndole de mil maneras el recuerdo de aquélla y luchaba por la supremacía. Ahora, que habían partido Nami-san é Iku, creía satisfecha que iba siendo absoluta su jurisdicción; pero cada vez que veía la fisonomía de madama Kato, sentía algo así como si la difunta hubiera salido del sepulcro para venir á disputarle su marido, la autoridad como dueña de la casa y el sistema y dirección de todos los asuntos caseros que tan cuidadosamente había proyectado.

Madama Kato sacó unos dulces de su bolsa de seda.

—Con mis afectos á Ki-chan y Mi-chan. ¿No han salido aún de la escuela? No los veo.—Y dando un prendedor de flor artificial á la joven de la cinta roja que había entrado en aquel momento con tazas de te, añadió:—Con mis afectos á Koma-san.

—Gracias por todos. Se pondrán tan contentos.

Y así diciendo, madama Kataoka puso los dulces sobre la mesa. En este momento anunció una criada que un miembro de la sociedad de la Cruz Roja deseaba ver á la señora, é inmediatamente salió ésta de la estancia y al partir hizo señas á la joven, diciéndole algo en voz baja. Esta retornó furtivamente, ocultándose detrás de una cortina donde pudiese escuchar, mientras la dama se encaminaba á la sala por el corredor.

Koma, la joven de la cinta roja, era hija de la

primera esposa, y se había captado el afecto de la vizcondesa, lo que no sucedía á Nami. La vizcondesa tuvo á la callada y reservada Nami por una joven obstinada y de mal carácter agradándole mucho la hermana menor, cuya índole activa estaba muy en armonía con la suya: y á fin de reprender á Nami indirectamente, y también para demostrar al mundo lo que podía hacer una madrastra, favorecía á Koma como favorecía á Nami-san, su marido. Es cosa corriente que un hombre terco haga su gusto sin deferencia alguna para los demás; pero por otra parte, está propenso á no ser dado á la censura. Un hombre así gusta de que se le elogie, si bien nunca desiste de la persecución de su interés particular, nadie goza tanto con los halagos. Madama Kataoka era señora refinada y de carácter vivo que siempre vencía con argumentos á su marido, tan renombrado por su destreza militar; pero, así como él se captaba amistades por todas partes, á ella la dejaban sola y en esa soledad recibía con gusto á cuantos dependían de su voluntad.

Uno á uno fueron despedidos los criados rudos y simples, sustituyéndolos por otros corteses y dispuestos. Desde luego que Koma-san no tenía motivos para tenerle aversión á su hermana; pero viendo que agradaba á su madrastra que hablara mal de Nami, contrajo el mal hábito de llevar y traer y á veces dejaba á Iku haciendo visajes. Parece, sin embargo, que esto le era útil de algún modo á la vizcondesa, porque á veces, aun después de la boda de Nami, la hacía prestar servicio en asuntillos de este género.

Parada cerca de la segunda ventana de la galería

del Este, podía escuchar Koma los roncós tonos de la risa de su padre alternando con las resonantes carcajadas de su tía; mas pronto bajaron las voces, se apagaron las palabras y cada vez iban siendo más confusas, tales como «suegra, Nami» y otras, mientras la joven de la cinta roja se empeñaba más en escucharlas.

Esa enemiga hueste, de un millón
Ya viene á despertar nuestra bravura;
¿Y han de temblar los hijos de Kam-kura
Cuando nunca, jamás, vencidos son?

El marinerito, que venía marchando y cantando esta canción, se vió atraído al momento por la Cinta Roja, parada en la galería. A pesar de sus esfuerzos para alejarlo cubriéndose la boca, moviendo la cabeza, volviéndole la espalda, se abalanzó á ella, gritando: — ¡Koma-chan! — y preguntándole qué hacía allí. Aun trató de callarlo, pero molesta por tantos:—¿Qué?— exclamó en voz alta:—¡quita allá!—y se alejó precipitadamente, bufando por su inesperado chasco.

—¡Ah, cobarde!

Y diciendo esto, pasó al despacho de su padre; viendo á su tía, la saludó sonriendo, yendo al punto á las rodillas del general.

—¡Hola! mi querido Ki-cham. Pareces haber crecido desde la última vez que te ví. Vas todos los días á la escuela, ¿sí? ¿Y en aritmética? Mui bien. Ven á visitar á tu tía con papá y mamá.

—¿Dónde está Michi? Mira el regalo de tu tía ¿Sabes donde está mamá? ¿En la sala todavía? Dile que tu tía se retira.

Viendo al niño alejarse y mirando pensativamente á su visita, repuso el general:

—Procurad arreglar lo de Iku sin disgustos, os lo ruego. Temí desde el principio que había de suceder esto. No la hubiera enviado, pero tanto Nami como ella lo deseaban. Sí, perfectamente; creo que entendéis lo que deseo.

La llegada de madama Kataoka interrumpió la conversacion. Esta, mirando á madama Kato, dijo:

—¿Qué! ¿os váis ya? Siento que una visita inesperada me hubiese alejado de vos. No; acaba de partir. Se trataba otra vez del Bazar de Beneficencia. Me temo que no produzca gran cosa. ¿Tenéis que iros ahora? Recuerdos á Chuji-ko-san. La hecho mucho de menos desde que se fué Nami-san.

—No ha estado bien y ha descuidado sus visitas. Adiós.

—Adiós.

—Os acompañaré un poco,—dijo el general.— Bien, un corto trecho. ¡Vamos, Ki y Mi, á pasear!

Sentándose en una mecedora del gabinete y echando una ojeada al prospecto del Bazar de Beneficencia, madama Kataoka miró á Koma.

—Koma-san, ¿de qué hablaron?

—No podía escuchar bien, mamá; pero era algo de Iku.

—¿Iku?

—Sí, una cosa así: la anciana madre de Takeo ha estado padeciendo de reumatismo y se ha puesto mui irritable. Un día, hablando Iku con Nami-san en su cuarto, se le escapó decir:—¿por qué está tan majadera la señora? Os compadezco por eso, señora; pero como es vieja no tardará mucho

en morir. ¿No fué una necedad de Iku el decir eso, mamá?

—Siempre está causando disgustos esa vieja entrometida.

—Y en aquel momento precisamente, acertaba á pasar por allí la anciana señora; oyó lo que dijo Iku y se encolerizó mucho.

—¡Vaya! Esa es la penalidad de los que escuchan detrás de las puertas.

—Se puso tan furiosa, que Nami-san se angustió mucho y fué á ver á la tía Kato.

—¿A ver á la tía?

—Nami-san siempre consulta á su tía sobre todas las cosas.

La señora sonrió secamente.

—¿Y qué más?

—Entonces, papá dijo que enviaría Iku á cuidar la quinta.

—¿Sí? — observó con intranquilidad. — ¿Eso es todo?

—Hubiera escuchado más; pero entonces llegó Ki-chan y...

VI

La suegra

La madre de Takeo se llamaba Kei: tenía cincuenta y tres años y disfrutaba de bastante salud, si exceptuamos sus frecuentes ataques de reumatismo. Decíase que recorría a pié fácilmente la distancia de diez millas en cada paseo que se daba desde su casa hasta el cementerio en que descansaba su marido. Pesaba más de ciento cincuenta libras, y en esto la excedían pocas damas de la nobleza; sin embargo su corpulencia comenzó hacia unos seis años, después de la muerte de su marido Michi-take, porque antes de ese acontecimiento, era pálida y delgada como un rastrillo. Observaban algunos burlones que debía ser una especie de bola de goma que se dilató tan pronto como cesó la presión.

Su difunto esposo fué un oscuro samurai del clan Kagoshima, cuyos negocios andaban muy mal en la época de su matrimonio; pero alcanzó renombre en la guerra de la Restauración, y desempeñó mucho tiempo y con prestigio el cargo de goberna-

dor local durante el ministerio Okubo. Tenía, empero, un carácter muy voluntarioso que le restaba la amistad de todos sus compañeros, excepto unos pocos, entre los que se contaba el vizconde Kato. Después de la caída de Okubo, no disfrutó mucho de la confianza pública; lo crearon barou simplemente, porque, como dicen, tuvo la buena estrella de haber nacido en la favorecida comarca de Kagoshima. Testarudo y muy pagado de su opinión Michi-take buscaba en la bebida el alivio para su eterno descontento; y cuando tras de apurar cinco tazas de saké, conteniendo cada una medio cuartillo, se plantaba ante la asamblea local, con los hombros echados hacia atrás, y la cara roja como un demonio, no había un alma en toda la asamblea que osara despegar los labios.

Raras veces se encontraba un hogar tan desdichado como el de Kawashima: la casa entera gemía bajo el despótico poder de un tirano, y la familia vivía como quien se halla debajo de un gran árbol, en el campo, en medio de una tempestad de truenos. Exceptuando á Takeo, que en la niñez había saltado sobre las rodillas de su padre y no conoció mejor compañero de juegos, nadie, ni su esposa, ni los criados, ni aun los pilares del gabinete se habían librado de sentir la dura mano del amo. Hasta Yamaki, el bien conocido «caballero comerciante,» recibió á veces su parte de vapuleo; pero, desde luego, nunca se abstuvo de visitar la familia Kawashima, pensando que resultaba barato ese peaje en vista de las utilidades que recogía mediante su favor ó desfavor, según gustéis llamarle.

Cuando se susurraba que su señoría estaba de

mal humor, hasta los ratones de la cocina dejaban de roer; y si del interior de la casa se escuchaba su voz colérica como el repentino retumbar del trueno, hasta la torpe criada dejaba caer su cuchillo del susto. Se refiere que cuando deseaban verle los oficiales inferiores, tenían que averiguar primero con los criados cómo soplabá el viento.

¡Pensad en la enorme cantidad de paciencia que necesitaría madama Kei, su compañera de casi treinta años! En vida de los padres de su marido no vió nada de extraordinario en su carácter, comparado con el de ellos; pero cuando faltaron éstos, uno tras otro, se presentó bien de relieve el verdadero carácter de su marido y se apuró su paciencia hasta los últimos límites. Al principio, trató de ofrecer resistencia; mas, pronto se convenció de que era inútil. Ya no hacía frente, sino que, ó se sometía sabiamente, como junco doblado por el viento, ó adoptaba el método llamado «superior» de defensa... se daba á la fuga.

Mientras tanto, llegó á entender algo del modo de hacer cambiar la marea, y tuvo éxito por lo menos en cada tercera tentativa; pero el carácter de su marido permanecía sin la más leve sombra de cambio. Los últimos tres ó cuatro años de la existencia de éste se señalaron especialmente por tales arrebatos de cólera, inflamado por el abuso de la bebida, que, fortalecida como estaba por la experiencia de tantos años, sintió profundamente la amargura de su miserable existencia. Con frecuencia se olvidaba de su querido hijo Takeo y de sus canas, llegando á pensar que trocaría con gusto el envidiable honor de ser vizcondesa y esposa de un gobernador, por

la pacífica existencia de la mujer de un pobre sacristán. Pero el tiempo volaba raudo como una flecha, y ya habían transcurrido treinta años, cuando contempló á su cruel marido, Michitake, mudo y rígido en el ataúd, con el rostro mirando al cielo. Respiró profundamente y, sin embargo, ¡pobrecilla! las lágrimas anegaron sus mejillas.

Lloró, mas se sintió aliviada, y su mayor libertad le infundió el sentimiento del poder. En vida de su marido apenas tuvo importancia al lado de aquel hombre corpulento, de voz de trueno: ahora, se salía de su rincón y he aquí que, en un instante, se infló y ensanchó hasta llenar toda la casa. Los que solían notar su anterior reserva observaron que el cambio fué cosa simplemente asombrosa. Empero, según la opinión de cierto docto, á medida que pasan los años, marido y mujer se van pareciendo más y más intelectual y físicamente. Sea ó no cierto, el caso es que así le aconteció á ella, cuya figura, porte, aspereza, y sobre todo, genio vivo, no eran sino copia de los rasgos salientes de su difunto esposo.

«Matar en Nagasaki nuestro enemigo de Yedo», reza un dicho común, expresando una ley particular de la acción y reacción de la naturaleza. Un miembro antigubernista del Parlamanto puede atacar el poder con la mayor elocuencia en la Cámara. Está muy bien; pero ¿cuántos son los que se dan cuenta de que brota la mitad de su fogosidad para desfogar su indignación contra el usurero que le abrumaba la noche anterior? Además, una gran depresión atmosférica en el Mar de la China, acusa

inundaciones en el centro del Japón, y la caída de una gran masa de tierra en las profundidades de Tuscarra, produce marejadas por las costas. La naturaleza sólo busca el equilibrio; y al asegurar este equilibrio, según el decir de uno muy versado en asuntos humanos, un miserable procede lo mismo que un avaro, apurando para el cobro de un crédito, impaciente por la demora de un día siquiera; mientras un grande hombre, confiando toda su cuenta á la dirección del Banco del Cielo, se concreta simplemente al desempeño de su papel con el mayor entusiasmo. Fijaos más aún en la manera cómo busca su equilibrio un sér de bajas inclinaciones: como si fuera simple materia, sigue las leyes del movimiento; es decir, que ataca donde sea menor la resistencia.

Madama Kawashima, cuya paciencia había tocado sus límites en treinta larguísimos años, pensó que le había llegado su hora, y no bien pusieron la tapa sobre el ataúd de su marido, se apresuró á abrir de una vez y para siempre todas las compuertas que habían resistido la presión de su paciencia: había partido el sér que tanto temía: no había ya temor de volver á sentir su pesada mano, y ahora se presentaba como si deseara demostrar que no había guardado silencio á causa de su impotencia, y que se viera claro que se sentía superior á él. Comenzó, pues, á apremiar á los que en una época ú otra habían recibido préstamos, habiendo crecido la cantidad por los años de abandono. Pero no dejaba de ser notable la diferencia entre la irritabilidad de ambos: el difunto barón era hombre de espíritu heroico; y, aunque majadero, su cólera tenía un

algo que la hacía muy grata; pero el mal genio de su esposa, egoísta, suspicaz, mezquina y desprovista por completo de audacia viril, era simplemente intolerable, y los criados sufrían las consecuencias.

Y esta era la suegra de Nami.

A toda joven recién casada le llega, poco después de la boda, una prueba inherente á su estado mental no amoldado aún á su nueva condición. El marumagé, que sólo se exige por el decoro de la vida conyugal, puede substituirse por cualquier otro estilo de peinado; pero no sería extraño que, queriendo acertar, pudiera un simple conductor de karuma dirigirse á ella como «señorita», forma de saludo, embarazosa por cierto, para una mujer que carezca de valor para explicar el error. En su casa la abrumaban los criados con el «madama» ó «señora», apelativos que todavía le extrañan. Con todo, pronto se da cuenta de su nueva situación, y comienza á ver en sus verdaderos colores cuanto la rodea y que hasta allí sólo entrevió vagamente al través del confuso velo de su cortedad. Y esta era la etapa de su vida á que había llegado Nami.

Y ya que las costumbres difieren tanto en cada familia, le incumbía no medir su nuevo hogar por el antiguo, y no olvidar que Nami Kataoka había dejado de existir para convertirse en adelante en una Nami Kawashima; éstas fueron las palabras que pronunció su padre con la más sentida ternura al despedirse de él con sus atavíos de desposada, esperándola ya el carruaje para la partida. Recordaba demasiado bien el consejo, y al encontrarse en su

nuevo hogar, vió que el contraste era cosa asombrosa.

Los bienes de la casa Kawashima eran más cuantiosos quizás que los de su casa paterna; tenía por una de las más opulentas entre la nueva nobleza, porque eran inmensas las riquezas acumuladas durante el gobierno del padre de Takeo. Observó, sin embargo, que mientras gozaba de tanta popularidad la familia Kataoka, debido á la fama de su padre, y allí todo tenía grato aspecto; aquí, todo estancado como el agua en un charco: había pocos parientes, no eran muchos los conocidos y hasta los que solían visitar la casa en vida del padre de Takeo, se mantenían alejados después de su muerte. Además, la viuda no era sociable en ningún sentido, y el dueño, á quien tocaba establecer el prestigio, era joven aún y de inferior categoría oficial, pasándose la mayor parte del tiempo alejado de ella. También sucedía que la madrastra de Nami se prendaba de todo lo nuevo y lo vistoso; y desde luego estaba muy particularmente en carácter cuando sermoneaba sobre el manejo de la casa, practicando la economía de una manera tan rara, que á veces provocaba las críticas de los criados, cuyo sentido común estaba muy bien desarrollado en punto á sus tareas cotidianas. Pero, dígame lo que se quiera, es el caso que, debido al trato constante con militares, cuanto había allí era vistoso y en todo imperaba la prodigalidad. ¡Cuán diferente todo en su nueva morada! En esta, se observaban al pie de la letra los antiguos usos y costumbres algo groseras del país, como si fueran los únicos dignos de observarse en el mundo. Los métodos de administración domés-

tica de la viuda eran los mismos de hacía treinta años cuando era la esposa de un pobre sumarai; y el hábito de disponerlo todo en persona, lo que hizo un tiempo por necesidad, se le había convertido en una segunda naturaleza. Hizo mayordomo á un sujeto sencillo y honrado llamado Tasaki, que no era más que un doméstico, pero en persona, y partida por partida, calculaba el gasto mensual de leña, carbón, etc. Siendo así, cuando vino Iku, acompañando á Nami de camarera, se escuchó á la viuda decir sorprendida:

—¡Qué tono se dan estas familias ilustres!

Y en efecto, pudiera muy bien suceder que la expulsión de Iku se debiera á algo más que á la cólera de la viuda por las calumniosas expresiones de aquélla.

Por inteligente que fuera la desposada, era joven aún, y no es de extrañar que careciera de tacto para adaptarse tan repentinamente á las costumbres tan distintas de su nuevo hogar; pero Nami se dió plena cuenta de todo el significado de los consejos de su padre, proponiéndose resignarse á la nueva situación. No estaba lejos la oportunidad de poner á prueba su determinación.

Poco después de su vuelta de Ikao, recibió Takeo la orden de presentarse en su buque, que emprendía navegación en curso. Casada con un marino, estaba preparada Nami para las ausencias ocasionales; con todo, esa separación, tan á raíz de su boda, casi la agobió la pena y por algún tiempo se quedó como anonadada.

El padre de Nami conoció á Takeo antes de los esponsales y le agradó mucho el joven. Ella creyó

los elogios de su padre y se casó. El resultado probó el acierto de la elección: encontró á Takeo hombre de carácter entero y noble, franco de alma y de amante corazón, hombre en quien no había vestigio de mezquindad, la miniatura misma de su querido padre. Sí, hasta su andar de paso firme con una ligera oscilación y su risa, como la de un niño, no eran sino copia de los de su padre. ¡Qué dicha, pensó, la de acompañar á un marido tan bueno! Y así le amó con toda su alma. Takeo, por su parte, profesaba cariño infinito á criatura tan amable; y siendo único hijo, sentía algo así como si le hubieran dado una hermana junto con la esposa, y la acariciaba como su muy idolatrada «Nami-san».

No habían transcurrido tres meses desde la boda y ya se amaban como si se hubieran conocido desde una existencia anterior y fué casi insoportable para ambos la angustia de la separación temporal.

Pero no la dejaron mucho tiempo entregada á su aflicción: poco después de la partida de Takeo tuvo su suegra un agudo ataque de reumatismo que aumentó notablemente su irascibilidad característica, de manera que, cuando se hubo alejado Iku, la pobre Nami sufrió lo indecible.

Cuando ingresa un nuevo cadete en la Escuela Militar, suele ser por algún tiempo el objeto de las burlas y maldades de los mayores; mas, pasado, un año, ó cosa así, no encuentra mejor diversión que la de burlarse de los que lleguen después. Una suegra, que sabe demasiado la penosa experiencia que tuvo cuando entró en la familia, no debiera, por lo mismo, tratar á una desposada con dureza. Sin embargo, tal es la flaqueza humana, que cuando se ha marchi-

tado la flor de su juventud y se halla trasplantada á la categoría de suegra, su índole tiránica obtiene el ascendiente y se convierte en la misma suegra que tanto se detesta.

—Mira, te has equivocado en la anchura de este ribete. Hazlo de cuatro pulgadas y dóblalo así. ¡Válgame Dios!—dirá á una recién casada,—así no es. Déjamelos. ¡Vaya, que debes haber estado durmiendo estos veinte años! Y pretendes llamarte esposa ¿eh? Si puede encontrar en esta situación algo que le recuerde el horror de una voz y un gesto sarcásticos de los días del pasado, muy real para ella, como es real ahora para la que tiene delante, quizás se ablande y hasta se proponga compensarlo de alguna manera, en ese caso, bien puede calificarse de bajada del cielo á una mujer así. Pero no pocas se rigen por la ley del Tali6n y tratan de vengar en la desposada de Nagasaki los males que recibieron de la suegra de Yedo, buscando así é inconscientemente la compensación en vida. Y la suegra de Nami era persona de esta especie.

Trabajar á la vista de una madrastra europeizada, y después sufrir á manos de una suegra á la antigua, tal fué la suerte de la pobre Nami. Movida por la más pura y sincera simpatía que le inspiraba la anciana viuda en su lecho de dolor, en que tan á menudo necesitaba auxilio, muchas veces la ofreció Nami sus servicios. Mas, no estando familiarizada con la tarea, sus buenos esfuerzos apenas resultaron satisfactorios á la paciente. Entonces, la viuda, dando á Nami las gracias melosamente, reñía con acritud á la criada en voz tan descompuesta y salvaje que poco faltaba para aterrorizar á la jo-

ven, acostumbrada como estaba en diez años á la sarcástica elocuencia de su madrastra. Sin embargo, esto sólo fué las primeras semanas; después, el ataque se enderezaba directamente á Nami. Cuando hubo partido Iku, la única alma en la casa que simpatizara con ella, se sentía á veces como si hubiese vuelto al rincón sombrío de sus pasados días. Con todo, cuando subía á su habitación y veía sobre la mesa y en un marco de plata, el mudo retrato del robusto oficial, todos sus sentimientos cedían al de la más dulce ternura al levantarlo en la mano. Festejaba en él los ojos, lo besaba, lo mimaba, y le hablaba con voz acariciadora, como si pudiera escucharla. ¡Vuelve pronto, queridísimo! Por lo mucho que le amaba, podía apurar la abnegación y asistir á su suegra.



...todos sus sentimientos cedían al
de la más dulce ternura...

NO. 1000
AMSTERDAM

VII

De servicio

Hongkong, Julio...

«Queridísima Nami: Te escribo en un calor de 99 grados y sudando á mares. Presumo que leerías mi carta fechada en Saseho. Desde que levamos el ancla allí, hemos tenido un tiempo hermosísimo y sin interrupción; pero tan caluroso que, hasta nosotros, marinos de las islas Invencibles, no pudimos resistirlo, y como una docena de nuestros oficiales y marinos cayeron con insolación; pero yo estoy perfectamente y ni una vez siquiera he estado en la enfermería. Tostado por un sol que achicharra en las latitudes del Ecuador, mis facciones morenas han adquirido un tinte sorprendente. Al desembarcar hoy, fui á una barbería y al mirarme al descuido en un espejo, he aquí que contemplaba á un hombre nuevo. Uno de mis alegres camaradas me indicó que te debía enviar mi retrato en estas condiciones; pero, por supuesto, me guardaré mucho de

hacerlo. Tuvimos tiempo bonancible hasta aquí (excepto una vez que nos alcanzó un monzón) llegando todos bien á este lugar entre los mas estuendosos vivas.

«En Saseho recibí tu amante carta que leí y releí, sintiendo mucho saber que á mi madre se le ha vuelto á presentar su antiguo achaque. En todo caso, me siento muy tranquilo estando tú con ella, Cuidala en mi lugar; cuando padece cuesta mucho trabajo complacerla, y simpatizo mucho contigo en tan difícil tarea.

«Confío en que estarán bien todos los de Akasaki. ¿Qué me dices del tío Kato? ¿Todavía ocupado tijera en mano? Entiendo que la nodriza Iku se ha ido: no sé como fué, pero siento mucho que haya sucedido. Dale mis afectos cuando le escribas y dile que le llevaré varios recuerdos. Le profeso mucho cariño: es muy alegre y creo que también la echarás de menos. ¿Te visitan con frecuencia la tía Kato y Chizu-ko-san?

«Me cuentan que Chijiwa va ahí á menudo. Tenemos pocos parientes y él es uno de ellos. Sé que mi madre le aprecia mucho: recibirlo con cordialidad es complacerla á ella. Es sujeto inteligente y listo y espero que pueda servirles en caso de necesidad.

«Tuyo, muy afectuosamente,

«TAKEO.

«P. D.—Te ruego leas á mi madre la adjunta carta.

«P. D.—Permaneceremos aquí unos días. Después de comprar provisiones, etc., nos damos á la vela para Sidney tocando en Manila; de allí á San

Francisco, vía Nueva Caledonia y Fiji; y luego, de retorno, por Hawaii. Espero estar de vuelta en el otoño.

«P. D.—Escríbeme al Consulado Japonés, San Francisco, Estados Unidos de América.»

Sidney, Agosto...

«Queridísima Nami... En Mayo último estaba yo en Ikao con Nami-san, cogiendo helechos: ahora me encuentro en Sidney, muy abajo, en el hemisferio meridional. De noche contemplando la Cruz del Sur, y recordando los pasados días, no puedo dejar de pensar en lo mudable que es el mundo en que moramos. En ocasiones me mareaba en el curso del año pasado y ahora me sorprende hallarme tan bien. En este viaje me acompaña constantemente un sentimiento extraño y nuevo: cuando estoy de guardia, solo en el puente, y alzo la vista á los oscuros cielos meridionales, tachonados de millares de diamantes, se aviva especialmente este sentimiento y me parece tener delante tu bellissimo rostro. No te rías de mis delirios. Me hago el indiferente entre mis camaradas y canto con ellos. «Qué nos importan las lágrimas de despedida entre hazañas tan osadas?» pero (te ruego que no te rías) siempre tengo un retrato de Nami-san en un bolsillo interior. En este momento en que escribo, veo con toda claridad el rostro de quien leerá esta en la pequeña estancia de casa, sombreada por las palmeras...

«Hay muchas familias en sus yates de recreo en la bahía de Sidney. Se me ocurre que cuando haya-

mos alcanzado fortuna en la vida, y Nami-san y yo tengamos los cabellos blancos, tendremos un gran yate, por lo menos con desplazamiento de cinco mil toneladas. Yo seré el capitán y nuestros hijos y nietos los marineros y navegaremos los cuatro mares. Vendremos á Sidney y entonces te contaré á tí, una Nami canosa, los ensueños de un joven oficial de marina en los años que pasaron...

«Tuyo, con el mayor afecto,

«TAKEO.»

«Tokyo...

«Mi queridísimo Takeo: He leído muchas veces y con el más vivo interés tu amante carta, fechada en Hongkong el 15 de Julio. Me regocija que estés tan bien, á pesar del tiempo tan caluroso. Nuestra madre se restablece y espero te tranquilizarás respecto á ella. Paso mis solitarios días entregada á mis quehaceres. Trato de complacer á nuestra madre, especialmente desde que te ausentaste; mas soy tan torpe que siento confesar que los esfuerzos no corresponden con mucho á mis deseos. Espero impaciente el día de verte sano y de vuelta en casa.

«Todos están bien en Akasaka. Han ido á la quinta de Zushi. Los Katos fueron á Okiso y nos quedamos muy solos en Tokyo. Iku está también en Zushi y le va bien. Le escribí tus expresiones y me dió las gracias por tu bondad, bañada en lágrimas.

«He llegado á comprender que dejé de aprender muchas cosas importantes. Descuidé en su tiempo el manejo de los asuntos domésticos sobre que me

aconsejó mi padre tomara especial interés y ahora me veo muy atormentada por mi inutilidad. Deseaba seguir tu consejo y estudiar inglés; pero me temo que nuestra madre no pensará bien de mí si me siento demasiado en el escritorio: de modo que en la actualidad me dedico por completo al manejo de la casa. Espero no pensarás que descuido mis estudios sin motivo. Me avergüenzo de mí misma; mas me siento tan triste y solitaria algunas veces, y tal es el deseo de verte, que si tuviera las alas de una tórtola volaría á tí inmediatamente. Mis únicos consuelos son tu fotografía y la de tu buque. No puse mucha atención en el colegio en la geografía universal, pero ahora saco mi casi olvidado mapa y me proporciona mucho placer trazar la ruta de tu barco. Algunas veces desearía haber nacido hombre, y ser marinero, porque, entonces, te acompañaría en todos tus viajes. Compadécete de mi necedad, queridísimo, pero es que todos mis pensamientos son para tí. Hasta aquí no me había fijado en los pronósticos del tiempo que trae el periódico, y ahora los busco todos los días; y, aunque navegas lejos de los parajes que comprenden me siento intranquila por tí cuando hay avisos de vientos fuertes. Espero que te cuides mucho.

«Tu amante esposa,

«NAMI.»

Tokyo, Octubre.....

«Mi queridísimo Takeo: Soñando contigo todas las noches, ansío tanto verte..... Anoche pensé que iba á Ikao contigo en un buque á coger helechos,

cuando alguno se interpuso entre nosotros; y, al irte desvaneciendo, á lo lejos, me caí al agua. Grité despavorida y nuestra madre me despertó. Me sentí muy aliviada al encontrar que no fué más que un sueño. Pero todavía hay algo que me parece perturbarme: por eso ansío tu pronta vuelta. Deseando hablar de todo personalmente, examino el cielo de oriente en tu dirección todos los días. Esta carta podrá cruzarse contigo en el camino: pero te la envío á Honolulu.....

«Tu amante esposa,

«NAMI.»



LIBRO SEGUNDO

I

Vida doméstica.

La viuda Kawashima, que se calentaba cerca de la chimenea, volvió la vista al reloj que acababa de dar las ocho, y murmuró:

—¡Las ocho! A estas horas ya debían haber vuelto.

Lentamente extendió la gruesa mano para coger una caja de tabaco, y después de fumar un rato visiblemente contrariada, se detuvo á escuchar. Si bien la casa se hallaba cerca de los suburbios, las calles estaban bulliciosas por las idas y venidas de las kurumas, como sucede siempre en las noches que siguen al día de Año Nuevo. Oyó la viuda las voces de los niños de una casa vecina, entregados á sus juegos y las carcajadas que ocasionalmente resonaban en la noche.

—¿Y de qué se alegran tanto? ¡Vaya!—refunfuñó impaciente.

Luego, pensando en Takeo, exclamó:

—Siempre sucede así cuando van á Akasaka; todos olvidan sus obligaciones, Take, Nami, y todo el mundo. No se puede confiar en los jóvenes del día.

Y murmurando así y tratando de moverse un poco, tocó un punto reumático, profiriendo un ¡ay! y haciendo un gesto de dolor, golpeó furiosamente la bandeja del tabaco en un arrebató de mal genio, y con voz descompuesta, llamó á la doncella:

—Matsu, Matsu, Matsu.

En este momento se detuvieron en la verja dos kurumas, y un criado anunció la llegada del señor.

La doncella, en su traje de fiesta, entró precipitadamente para saber los deseos de la viuda y ésta sólo la riñó por su demora en responder á la llamada, retirándose de allí llena de confusión.

Inmediatamente se escuchó una voz varonil.

—Buenas noches, madre.

Siguiendo detrás de Takeo, que se quitaba los guantes, y dando su abrigo y el de su marido á la doncella, entró Nami humildemente y dijo:

—Buenas noches, madre. Siento llegar tan tarde.

—¡Oh! ¿con que habéis vuelto? Os habéis retrasado bastante.

—Sí;—contestó Takeo.—Fuimos primero á casa de los Kato y después quisieron acompañarnos á Akasaka, de modo que fuimos juntos los cinco: tío, tia, Chuzi-ko-san, Nami y yo. Se alegraron mucho de vernos en Akasaka, y como había allí otros huéspedes, nos divertimos tanto, que nos entretuvimos más de lo que pensábamos.

Sintiendo que tenía las mejillas rojas como una langosta y tomando una taza de te que le sirvió la

doncella, se dijo á sí mismo:—Me temo que estoy un poco achispado.

—¿Están todos buenos en Akasaka, Nami?—preguntó la viuda.

—Sí; todos bien. Quisieron que se les recordara encargándome os diga que sienten no haber tenido oportunidad de visitaros. También me pidieron que os diera muchas gracias por el hermoso regalo.

—Hablan de regalo, Nami-san, ¿dónde está?

Tomó Takeo de manos de Nami una bandeja y la puso delante de su madre. En ella estaban apilados un par de faisanes y algunas codornices y perdices.

—¡Oh, piezas de caza! Y tantas...

—Madre, fué tan buena la última cacería del general, que no volvió hasta la noche del 31. Nos los iban á enviar hoy. Mañana esperan un jabalí.

—¿Un jabalí? Vaya, ¿será posible? Tu padre no es sino tres años menor que yo, Nami, ¿no es así? Fué hombre animoso desde su juventud y parece que sigue siéndolo.

—Te digo, madre, que es tan vigoroso que se pasó tres noches en los cerros sin que su salud se resintiera en lo más mínimo. Para él es un motivo de orgullo pensar que todavía puede acompañar á los jóvenes.

—Ya lo creo que sí. Cualquiera tullida como yo no vale gran cosa. No tiene el hombre mayor enemigo que la enfermedad. Pero ya serán las nueve. Debéis descansar ¡Oh, de paso, Takeo, Yusuhiko estuvo aquí hoy!

Takeo, que estaba para levantarse de su asiento,

tomó un aspecto algo intranquilo al escuchar esto, y Nami también puso atención.

—¿Chijiwa?

—Creo que deseaba verte.

Después de una pausa, replicó Takeo:

—¿Sí? También deseo verle yo. Madre, ¿vino á pedir dinero?

—¿Por qué? No, de ningún modo. ¿Por qué piensas eso?

—Casualmente supe algo de él. Bien, le veré en breve.

—Y luego vino también Yamaki.

—Oh, ¿ese imbécil de Yamaki?

—Te invita á comer el 10.

—¡Jum! Tan fastidioso...

—Debes aceptar su invitación. Aún recuerda él los favores de tu padre.

—Pero...

—Realmente, debes aceptar la invitación. Me retiro. Buenas noches.

—Buenas noches,—respondió Takeo, y Nami repitió después:

—Buenas noches, madre.

La joven pareja se retiró á su habitación y Nami ayudó á su marido á quitarse la chaqueta y ponerse un traje de seda acolchado sobre el que prontamente ató Takeo una faja de crespón blanco, sentándose en una poltrona. Después de cepillar la chaqueta y colgarla en la habitación contigua, dispuso Nami que la doncella hiciese te y volvió al lado de su marido.

Debes estar cansado, querido.

Alzó la cabeza Takeo, que echaba bocanadas de

humo azul y examinaba las tarjetas, cartas y felicitaciones de Año Nuevo, recibidas durante el día.

—Tú debes estar cansada, Nami-san. ¡Oh, bellísima, espléndida!

—¿Qué?

—Digo, ¡qué novia tan hermosa eres!

—Me haces sonrojar.

Y se sonrojó y apartó los ojos del brillo de la luz de la lámpara, mostrando la pálida mejilla resplandeciente ahora con un tinte rosáceo y su redondo magé luciente como un espejo. Vestía un kimono de seda negra con un dibujo de olas y aves acuáticas en torno de la falda, un ancho cinturón de satén color crema, y llevando al pecho una joya de piedras preciosas en forma de «no me olvides», regalo que le había traído Takeo de América. Viéndola así parada en la luz con su vergonzosa sonrisa, pensó Takeo que su esposa era bellísima.

—Me figuro, realmente, que eres una novia en ese vestido.

—Si dices esas cosas me marchó.

Rióse Takeo.

—No diré más nada. Pero ¿por qué te marchas? Y entonces se rió Nami.

—Iré á cambiar mi vestido.

Takeo había partido en su viaje á principios del verano y hubiera regresado en el otoño á no ser porque hubo que reparar ciertas piezas de la maquinaria del buque en San Francisco, donde estuvieron detenidos bastante tiempo. Estaba, pues, muy avanzado el año cuando volvió á su casa, por cuya razón, aquel día, el tercero del primer mes, fué cuando pudo hacer con Nami sus primeras vi-

sitas de cumplido y particulares á las familias Kato y Kataoka.

La madre de Takeo era una señora á la antigua y algo opuesta á todo lo extranjero, pero no podia ser demasiado exigente respecto á los gustos de su hijo. El espacioso gabinete de éste estaba alhajado en un estilo mezcla de lo indígena y lo extranjero: sobre las suaves esteras se extendía una alfombra verde y encima de ésta había una mesa y varias sillas; en la pared de la alcoba colgaba la pintura de un paisaje y al frente, y más alto, un retrato de Michitake, su padre; ocupaban un rincón una biblioteca y un armario y colocada en medio del gabinete se halla una espada de kechura kanemitsu que fué muy apreciada por su padre; en un estante descansaba una gorra de marino y una daga colgaba del pilar de la alcoba; entre los cuadros de la pared había uno representando el buque de guerra en que había navegado y otro de un grupo de cadetes, sacado probablemente durante su estancia en Yedajima. Había también algunos retratos en la mesa; uno representaba un grupo de tres, los padres de Takeo con él cuando tendría unos cinco años, apoyado en las rodillas de su padre; otro de su suegro, el teniente general Kataoka. Por joven y descuidado que fuera el dueño, cuanto habia en esa habitación respiraba el mayor orden y no se hallaba en ella una partícula de polvo. Además, en un vaso de bronce, sobre la mesa veíanse artísticamente arregladas unas ramitas de precoces flores de ciruelo. Todo esto revelaba un corazón vivo y delicado y manos hábiles y artísticas que constantemente cuidaban de la estancia. Su dueña podía verse son-

riente encerrada en un marco de plata, en forma de corazón, puesto al pie del vaso y parecía estarse bañando en la dulce fragancia de las flores de ciruelo. La lámpara esparcía su viva luz en todos los rincones de la estancia y la grata lumbre del carbón en el gran brasero elevaba sus purpúreas llamas que se destacaban sobre el fondo verde de la alfombra. Si bien son variadas las cosas que más nos agradan, se la principal entre ellas el feliz retorno de una larga jornada, cuando cambiamos el traje de viaje por un cómodo kimono y nos sentamos cabe el brasero escuchando el melancólico susurro del viento en el exterior, acompañado del acostumbrado tic-tac del reloj. El placer es mayor cuando nos acompañan una madre sana y una jóven y bellísima esposa.

Y, en efecto, este era el placer que disfrutaba Takeo, que fumaba cómodamente reclinado en una mecedora.

Lo único que le molestaba era el pensamiento de Chijiwa, mencionado por su madre poco antes y con cuyo nombre se había encontrado entre las tarjetas de visita. Ese mismo día habían revelado á Takeo algo que le desacreditaba. Un día del mes anterior había llegado una tarjeta postal, dirigida á Chijiwa, al Estado Mayor, estando él ausente. Uno de los oficiales, sus compañeros, la tomó por equivocación, la miró y encontró que era una nota de un famoso usurero, llevando escritas en tinta roja las cantidades de la deuda. Más aún, era cierto que los secretos militares se exteriorizaban por algún conducto inexplicable y beneficiaban á algunos comerciantes y especuladores. Y todavía más: alguien hasta vió á Chijiwa en la Bolsa, lugar impropio para

ser frecuentado por un oficial. Considerando todo esto en conjunto, el caso es que decididamente se desconfiaba de Chijiwa. Todo esto se lo refirió á Takeo su suegro, que era amigo íntimo del jefe del Estado Mayor. Takeo debía guardarse de Chijiwa y aconsejarle que se enmendara.

—¡Vaya un sujeto detestable!

Hablando consigo mismo volvió Takeo á mirar la tarjeta de Chijiwa. Pero no podía molestarse mucho tiempo con pensamientos desagradables. Se propuso verle personalmente y proceder de conformidad. Su espíritu volvía á su feliz estado actual, cuando entró Nami con un poco de té negro que había hecho después de cambiar de traje.

—¿Te negro? Gracias.

Y abandonó su silla para sentarse cerca del brasero.

—¿Qué me dices de mi madre?

—Se recogió en este momento.

Dándole una taza de té caliente y fijándose en el rojo semblante de su marido, preguntó Nami:

—Querido, ¿tienes dolor de cabeza? Has tomado más saké del que convenía. Mi madre te invitaba demasiado.

—¡Oh, no! ¿No es verdad que nos divertimos? Me interesó tanto la conversación de nuestro padre, que apenas me fijaba en lo que tomaba— y se reía.

Nami-san, tienes, en efecto, un buen padre.

Nami sonrió y mirándole, dijo:

—Y más aún, un buen...

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

Tomando un aspecto de asombro, Takeo enarcaba los ojos á propósito.

—Yo no sé,— contestó ella sonrojada, bajando la vista y jugando con su anillo.

—¡Válgame Dios! ¿dónde aprendiste á decir cosas tan buenas? La joya no las merece.

Frotando las rosadas mejillas con las manos, que se había calentado en el brasero, Nami suspiró dulcemente, observando:

—En efecto, nuestra madre debe haberse sentido muy solitaria tanto tiempo. Cuando se me ocurre que debes volver al servicio tan pronto, no puedo dejar de pensar que el tiempo vuela con demasiada rapidez.

—Pero si me quedo siempre en casa, es seguro que cada tercer día me dirás:— Querido, ¿no te parece mejor que salgas á paseo?

—¿Cómo te atreves á decir eso? ¿Más te?

Tomando un sorbo y echando las cenizas de su puro en el brasero, lanzó una mirada satisfecha en torno de la habitación.

—Después de haber estado meciéndome en una hamaca más de medio año, encuentro que una habitación como ésta es demasiado espaciosa para mí: todo está suntuoso como en el paraíso. Parece que estoy disfrutando de una segunda luna de miel. Nami-san, ¿no te parece así á tí?

En efecto, se habían separado poco después de la boda y ahora se reunían tras un lapso de seis meses para vivir de nuevo la época más feliz que recordaran.

Y ahora se perdían entre ellos las palabras y sólo se sonreían contemplándose en extáticos ensueños. La delicada fragancia de las flores de ciruelo llena-

ba la habitación de la feliz pareja sentada al pie del brasero.

Nami levantó la cabeza como si la despertara un nuevo pensamiento.

—¿Irás, pues, á casa de Yamaki?

—¿A casa de Yamaki? Madre desea que vaya y presumo que tendré que ir.

—Yo deseo ir también.

—Sí; perfectamente; vamos juntos.

—No, no iré.

—¿Por qué no?

—Porque estoy algo temerosa.

—¿Temerosa? ¿Y qué temes?

—Sabes que se me aborrece.

—¿Se te aborrece? ¿Por quién, Nami-san?

—Hay alguien allí que me odia. ¿Te lo diré? ¡Es O-Toyo-san!

—¡Oh! Eso es una necedad. Pero es una tonta ¿verdad? ¿Quisiera saber si alguna vez habrá quien pida su mano?

—Nuestra madre dice que Chijiwa tiene mucha familiaridad con Yamaki. Haría bien en casarse con ella.

—¿Chijiwa? Sujeto detestable. Sabía que era listo pero no que se desconfiara nunca de él. Casi me avergüenzo de los oficiales del día, aunque soy uno de ellos. No conservan ni sombra del antiguo espíritu samurai y todos tratan de enriquecerse. Desde luego que no pretendo que sean pobres los oficiales. No; está muy bien que sean económicos y miren por el porvenir de sus familias; pero lo que quiero decir es esto: que quien sólo tiene el deber de guardar su país no debe entregarse al agio, especial-

mente por medios tan reprobados como el préstamo á elevado tipo de interés, apropiarse parte de las provisiones del pobre soldado ó hacer arreglos con los abastecedores para percibir comisiones ilícitas. Y luego, lo que más me molesta, es el juego. Ya sé que algunos oficiales compañeros se entregan á él y esto me afiije sobre manera. En la actualidad, no parece que todo el mundo haga otra cosa que halagar á los superiores y robarle a los inferiores su dinero.

El alférez de navío, con su poca experiencia de las cosas del mundo, atacaba furicsamente los vicios de algunos de los oficiales, como si los tuviera delante, recibiendo Nami-san un placer delicioso escuchando cada palabra que caía de sus labios; sentíase orgullosa de su valiente esposo, y quería verle elevado á la posición de Ministro de Marina, ó, por lo menos, á la de Jefe de la División de Artillería, para que pudiera realizar una reforma radical en la Marina.

—Creo que cuanto dices es muy cierto. No sé mucho de eso, pero cuando mi padre fué Ministro de Estado, muchos le traían regalos haciendo todo género de peticiones. Desde luego que eso molestaba á mi padre y les decía que lo que hubiera de hacerse se haría sin recomendación especial, y que las cosas ilegales no se harían por mucho que trataran de ganar su influencia. Pero todavía le mandaron muchos presentes con un pretexto ú otro. Y decía mi padre riéndose, que no le extrañaba que todos desearan ser funcionarios.

—Exactamente. En este punto son iguales la armada y el ejército.—¡Ah, el dinero lo es todo!—
Mirando el reloj que daba la hora, agregó:—¡pues, si son las diez!

—En efecto.—dijo Nami-san.—¡cómo vuela el tiempo!

II

El convite de Yamaki.

La propiedad de Hyozo Yamaki en Shiba no era muy extensa, pero lindaba con parte de la calle Saguragawa y también con la colina Nishinokubo. El jardín contenía un estanque de forma irregular, con abundancia de rocas naturales para darle un aire silvestre. Acá y allá algunas sendas subían la cuesta, mientras varios puentes salvaban las partes estrechas del estanque. El paisaje artificial se formaba de pequeñas arboledas de meples, pinos, cerezos y arbustos de bambú, ofreciendo un notable contraste un macizo pie de lámpara y un delicado santuario Inari que se hallaba entre ellas. Lejos de la calle, se ocultaba un pabellón de verano reservado para el súbito descubrimiento del sorprendido visitante. Era asombroso que se hallara semejante jardín en el recinto de una propiedad relativamente modesta; pero este era el castillo en el aire de Ya-

maki, no en el sentido etéreo si no en el sustancial de algo construido con millares de pesos ilegalmente amasados.

Habían dado las cuatro de la tarde; escuchábase cerca y lejos el graznar vespertino de los cuervos, cuando se vió á un hombre en traje indígena, dejar el ruido de la casa y trepar la colina del jardín iluminada por el sol poniente.

Era Takeo. No pudiendo oponerse al deseo de su madre, acudió á la fiesta de Yamaki, pero no halló placer alguno en el trato de convidados que no conocía y en acompañarles á tomar copas de insípido saké. Habíanse dispuesto variar clases de diversiones, siendo la última el indispensable danzar de bailarinas profesionales; seguido de una orgía general de todos los comensales. Disgustado por tal vulgaridad, hacía mucho tiempo que deseaba abandonar el local, y lo hubiera hecho, á no ser por las repetidas súplicas de Yamaki de que se quedara hasta lo último y la falta de Chijiwa, á quien deseaba ver de todos modos. Así fué que se escapó á hurtadillas por un momento, y se paseaba sólo para que la brisa de la tarde refrescara su enrojecido semblante.

Pocos días después de habersele referido á Takeo por su suegro la conducta de Chijiwa, le había visitado inesperadamente un desconocido, portador de una bolsa de piel de cocodrilo, y mostrándole un pagaré de que nada sabía, exigió el pago de tres mil yens. El pagaré, estaba firmado del propio puño de Yasuhiko Chijiwa, y el endosante no parecía ser otro que Takeo Kawashima, bajo cuyo nombre aparecía su sello legal. Informó el desconocido que

si bien hacía tiempo que había vencido el pagaré, el deudor ni siquiera había tratado de recogerlo; y, más aún, repentinamente había trasladado su domicilio á otro lugar, viéndose obligado á visitar al fiador, no pudiendo ver á Chijiwa en su oficina. El pagaré parecía estar en toda forma, y las cartas que mostró eran indudablemente de Chijiwa. Asombrado por cosa tan inesperada, procedió Takeo al momento á investigar el asunto, descubriendo que ni su madre ni el mayordomo Tazaki sabían palabra, ni nunca habían permitido á Chijiwa el uso de su sello. No obstante, considerando el particular, relacionándolo con el rumor reciente sobre Chijiwa, no tardó Takeo en adivinar los hechos probables del caso, y trataba de verle el mismo día que le escribió Chijiwa, expresando deseos de encontrarle en casa de Yamaki el siguiente.

Proponíase Takeo que tan luego como se encontraran, iba á pedir explicaciones á Chijiwa, decirle con brevedad y francamente, lo que pensaba de él y marcharse. Pero Chijiwa tardaba en llegar; y, con su cólera latente, ascendía Takeo por una senda de la colina, cerca de los esbeltos arbustos de bambú; y encontrando el abierto pabellón de verano á la sombra de las hiedras, descansaba allí antes de escuchar el ligero sonido de los chapines de madera que se aproximaban por una senda contigua, y de repente se le puso delante Toyo. Con el cabello reecogido en alta shimada, y envuelta en su traje de crespón lila, estaba ella inconsciente de que hubiese incongruencia alguna entre sus magníficos atavíos y su mezquino porte.

—¡De suerte que estás aquí!

Por intrépido que fuera frente á una bomba ahulladora de un cañón de treinta centímetros, retrocedió ante el ataque de este inesperado enemigo, y tratando de retirarse, volvió de pronto la espalda. Alarmada ella, le persiguió, exclamando:

—¡Takeo-san!

—¿Qué?

—Quiere mi padre que te haga ver el jardín.

—Tú mostrarme el jardín; no quiero que nadie me lo haga recorrer.

—Pero...

—Déjame solo; me agrada más.

Negativa tan rotunda pudiera bastar para desanimar á la más atrevida de las seductoras. Pero no quería dejarle ir.

—No veo por qué quieres huir de mí.

Takeo se vió obligado á detenerse.

Hacía más de diez años que su padre estuvo al frente de cierta prefectura, siendo el padre de Toyo uno de los funcionarios á sus órdenes. Takeo se encontraba con ella á menudo, y siendo niño se deleitaba haciéndole maldades á la chicuela, y aunque á veces la hacía llorar, profesaba cariño á su compañera de juegos. Ahora, después de un lapso de tantos años, durante los cuales habían cambiado las cosas, los niños se habían convertido en hombres, y Takeo había tomado para sí una joven esposa. Toyo alentaba como siempre su amor desesperado por el travieso muchacho aunque ya era hombre y llevaba el título de Barón Kawashima. Por brusco que fuera, el oficial de marina sabía algo de lo que le sucedía, y estaba en guardia contra ella hasta en sus pocas visitas á Yamaki. Sin



—Hablas con demasiada grosería.

Pág. 95

70 1/2
ABSTRACT

embargo, cogido por sorpresa, se vió sin salida entre las redes de la joven.

—¿Huir? No tengo necesidad de huir. Voy donde gusto.

—Hablas con demasiada grosería.

Sintiéndose sucesivamente ridículo, necio, molesto y ofendido, trató de volverse Takeo, pretendiendo alejarse, pero inútilmente: estaba casi á merced de su obstinada perseguidora en aquel apartado rincón del jardín. Al fin, se le ocurrió un pensamiento.

—¿Ya vino Chijiwa? O—Toyo-san, te ruego vayas á verlo.

—Chijiwa-san no llegará aquí antes de la noche.

—¿Viene aquí á menudo?

—Sí; estuvo aquí ayer y habló con mi padre hasta muy tarde.

—¿Sí? Pudiera ser que ya esté aquí. Te ruego vayas á ver...

—No; no quiero.

—Pero, ¿por qué?

—Porque es seguro que te escapas. Aunque no te agrado, y crees que Nami-san es tan bella, es demasiado violento que me despidas así.

Como deseaba evitar todo argumento con Toyo, no quedó á Takeo otro recurso que alejarse de ella. En ese momento, se escuchó una voz llamando á Toyo, y apareció una doncella que la detuvo. Aprovechándose de la oportunidad, dió Takeo la vuelta á las plantas de bambú y caminó alguna distancia apresuradamente. Al fin, respiró sosegado, y murmurando una queja, volvió á la casa,

dentro de cuyos muros no había que temer otro segundo ataque.

Había descendido el sol; los convidados se habían dispersado y todo el bullicio del día se había trasladado á la cocina. Habiéndose despojado de la parte embarazosa de su traje, entró Yamaki, el dueño de la casa, casi dando traspies, en una pequeña estancia en el fondo de la casa, llevando una bandeja de tabaco en las manos. Sentóse como abrumado, brillando su roja y sudorosa frente á la viva luz de una lámpara.

—¿Os he hecho esperar, caballeros? Celebro mucho gozar tan animada reunión,—dijo riéndose.— Bien, Baron, no te has portado como buen marino. Tu padre podía apurar botella tras botella. Aunque viejo, soy Hyozo Yamaki. Es cosa fácil sorberme medio galón ó cosa así.

Chijiwa fijó sus negrísimos ojos en Yamaki.

—Estás de buen humor, Yamaki-san; presumo que has ganado mucho dinero.

—No cabe lameno r duda. Pues, hablando de *eso*, —cortaba sus oraciones en sus tentativas para encender la pipa, lo que logró al fin, tras muchos fracasos. Hecho esto y echada una bocanada de humo,—*eso*, sabes lo que quiero decir, ya está en el mercado. Hice que en secreto me informaran de ello. Parecen estar en grave aprieto; pero creo que podemos hacer negocio á un tipo relativamente reducido. El negocio promete mucho, y ahora que se permite á los extranjeros residir en el interior, prometerá mucho más. Barón, ¿qué te parece emplear veinte ó treinta mil yens á nombre de Tazaki-kun? Estoy seguro de que aumentará tus riquezas.

La lengua del borracho se deslizaba como sobre ruedas. Chijiwa, mirando de soslayo á Takeo, que estaba inmóvil é incómodo, continuó:

—*Eso, ¿eso* es lo de la calle de Aomono? ¿No tuvieron un tiempo próspero comercio?

—Sí; pero lo arruinaron por la mala dirección. En buenas manos resultará ser una verdadera mina de oro.

—¡Qué buena oportunidad! Siento que no esté al alcance de un pobrete como yo. Pero, Takeo-kun, harías bien en emprenderlo.

Takeo no había pronunciado palabra hasta ahora. Habíasele asentado en la frente la obscura sombra del disgusto, y fruncía las cejas. Dirigiendo á ambos una mirada furiosa, comenzó:

— Os doy las gracias por vuestra bondad; pero no veo qué necesidad tiene de comerciar un hombre de mi profesión, que no sabe cuándo será presa de los peces ó el blanco de una bomba que explota. Os pido perdón, pero preferiría contribuir con treinta mil yens, si pudiera disponer de ellos, para el Fondo de Educación de los Marineros, que emplearlos en el negocio de que habláis.

Chijiwa examinó vivamente el semblante de Takeo, al escuchar su manifiesta negativa, é hizo un guiño á Yamaki.

—Yamaki-san—dijo,—podré ser egoísta, pero deseo que difieras este particular hasta que se haya arreglado mi asunto. El barón Kawashima ha tenido la amabilidad de acceder á mi súplica, y así quiero que procedas según mi deseo. ¿Traes encima tu sello?

Sacó algo parecido á un pagaré y lo puso delante de Yamaki.

No era para maravillarse que Chijiwa estuviese en la adversidad. Aprovechándose de su posición durante el último año, no sólo había sido el asesor y espía de Yamaki, participando de sus utilidades, sino que osadamente había utilizado los fondos del Gobierno para probar suerte en la Bolsa, de cuya aventura había resultado la pérdida de más de cinco mil yens. Apremiando á Yamaki, y echando mano á todo lo que tenía, logró Chijiwa reunir unos dos mil yens, pero aún quedaba un déficit de unos tres mil yens que era preciso reunir. Kawashima, su único pariente, era rico y la viuda le apreciaba mucho. Chijiwa conocía demasiado la índole miserable de su tía para pedirle francamente un préstamo; mas necesitando los fondos en la actualidad, cometió un delito falsificando el sello de Takeo y tomando la suma á un elevado tipo de interés. El pagaré venció pronto, molestándole que el prestamista fuera tan exigente que enviara una notificación abierta á su oficina en el Gobierno. No quedándole otro recurso, trataba de inducir á Takeo, que acababa de regresar á su casa, á que le prestara tres mil yens para cubrir los otros tres mil. ¡Así trataba de redimir el nombre de Takeo con el dinero de Takeo! Había ido ya á casa de éste otro día, pero sin lograr verle; después, un viaje oficial lo alejó de la ciudad unos días y por esto ignoraba por completo el hecho de que el usurero había estado ya en casa de Kawashima.

Yamaki se inclinó en señal de asentimiento; tocó

un timbre para pedir una almohadilla de tinta roja, y recorriendo el pagaré con la vista, sacó su sello y lo estampó al pie de su nombre para legalizarlo. Chijiwa lo levantó y puso delante de Takeo, diciendo:

—Está dispuesto ya el pagaré. ¿Cuándo puedo obtener el dinero?

—Lo traigo conmigo.

—¿Contigo? Te burlas.

—Sí; lo traigo. Mira: tres mil yens; está en forma, ¿no es verdad?

Y sacó del bolsillo algo envuelto en un papel, arrojándoselo á Chijiwa.

Este que lo había levantado y abierto con sorpresa, se enrojeció de pronto y en seguida se puso negro de ira, crujiendo los dientes con furia. Lo que contemplaba era el pagaré que creía estaba en manos del usurero, el pagaré que Takeo, por su parte, tras la debida investigación, había pagado en silencio por el desvergonzado dendor.

—Pues, esto...

—¿Pretendes no reconocerlo? Confiesa tu culpa como un hombre.

Completamente vencido por Takeo, de quien siempre se había reído hasta entonces como de un chiquillo, se mordía los labios Chijiwa con el alma abrasada de cólera.

Yamaki estaba como petrificado, teniendo cogida su larga pipa por el extremo contrario y mirando maquinalmente el semblante de sus compañeros.

—Chijiwa — dijo Takeo, — no diré una palabra más sobre esto. Somos primos y nunca te denunciaré por la falsificación de mi sello. Pagué al hom-

bre los tres mil yens y así no llegarán más á tu oficina sus notificaciones apremiándote. Puedes tranquilizarte sobre esto.

Desconcertado, Chijiwa hacía esfuerzos por parecer tranquilo. Con gusto se hubiera arrojado sobre Takeo, á no ser por su prontitud en descubrir, á pesar de su furia, que era demasiado tarde para justificarse. Así, pues, cambió de actitud al momento.

—Querido primo, me siento avergonzado de que se me hable así. Pero me ví obligado á.....

—¿Obligado? ¿Obligado á pedir dinero violando la ley moral y civil?

—Te pido un momento. Fué así: me veía apurado por el dinero y no tenía donde buscarlo. Si hubieras estado en casa, desde luego que te habría hablado sobre ello; ¿pero cómo podía pedirle tal cosa á mi tía? Además, fué tan urgente, que contando con algo que esperaba el mes pasado, yo sabía que era muy malo, pero me proponía confesarlo francamente cuando todo se hubiera arreglado.....

—¡Pamplinas! ¿Cómo podía atreverse á pedir otros tres mil yens prestados, sin decir palabra, quien se proponía confesar francamente?

Yamaki, alarmado por la fiereza de Takeo, medió diciendo:

—Alto ahí, barón! No te violentes. No sé nada de ese asunto; pero creo que harás bien obrando con prudencia, barón, puesto que es tu primo. Dos ó tres mil yens no son una suma tan crecida. Chijiwa-kun ha faltado: sobre eso no cabe duda; pero

si esto se hace público, Chijiwa-kun ya no podrá conservar su posición. Y así, te ruego, barón.....

—Te dije que por esa razón yo había pagado la deuda y no le iba á denunciar. Yamaki, mejor será que guardes silencio; esto no te concierne en absoluto.—Volviéndose á Chijiwa, agregó:—No, no haré eso; pero rompo mi amistad contigo desde este momento.

Llegadas las cosas á este estado, vió Chijiwa que no tenía que temer nada y comenzó de una manera atrevida y sarcástica:

—¿Romper la amistad? No lo siento particularmente, pero.....

Los ojos de Takeo despedían fuego.

—No lo sientes si consigues dinero. ¡Ah, cobarde!

—¿Qué?

Yamaki, cuya embriaguez se había disipado un tanto con la situación, no pudo contenerse y exclamó:

—¡Barón! ¡Chijiwa-san! bien; calmaos un momento. No podéis arreglaros así. Digo, ahora, esperad.—Y dirigiéndose á ambos, repitió:—Digo, esperad.

Se vieron obligados á calmarse. Después de un rato, Takeo interrumpió el silencio, fijando los ojos en Chijiwa:

—No diré una palabra más sobre esto, Chijiwa. Nos criamos desde la niñez como hermanos, y realmente te creía mi superior en talento como en edad. Creía que podíamos auxiliarnos mutuamente y me proponía hacer por tí cuanto pudiera. Hasta hace poco, mi confianza en tí ha despreciado todos los malos informes que me llegaban; pero, realmente,

he sido engañado por tí. Engañarme á mí es asunto personal; pero es más que eso, has... no, no lo diré. No me interesa saber cómo gastaste los tres mil yens; pero déjame decir una palabra. No podrás saber lo vivos que son los oídos y los ojos de las gentes; mas, te digo que se desconfía de tí. Te aconsejó que cuides de no deslucir el honor de un soldado. Tú no aprecias nada que sea más precioso que el oro; así que es inútil hablar: sin embargo, estudia lo que es la vergüenza. Rehusaré verte en adelante. Formalmente te hago un regalo de tres mil yens.

Y así, hablando gravemente, Takeo tomó el pagaré que tenía delante y lo rompió en pedazos. Levantándose de pronto, salió á la habitación contigua, tropezando y echando por tierra á Toyo, la hija de Yamaki, que parecía haber estado escuchando. Dejándola pidiendo auxilio, siguió audazmente hacia la calle.

El confundido Yamaka miró á Chijiwa cuyos ojos se elevaban para encontrar los suyos.

—¡Qué pueril es todo esto! Pero, Chijiwa, tres mil yens por romper una amistad bien pueden tirarse, ¿no es verdad?

Chijiwa contempló los pedazos del pagaré esparcidos por el suelo y quedó inmóvil, mordiéndose los labios.

III

Confidencias.

A principios de Febrero cogió Nami un constipado, del cual se restableció pronto; pero una noche se entretuvo trabajando para terminar un vestido que le hacía á su suegra y volvió á indisponerse, y aquel día, el quince del mes, aún estaba recogida en la cama.

Complácese la gente en observar que el frío de cada invierno excede al del anterior; pero aquel año, en particular, tenían razón por entero, porque los duros cierzos que diariamente azotaban traían nieve ó lluvia y llegaban hasta la médula aún en los más hermosos días. Los más robustos enfermaban, los enfermos se morían y abundaron los avisos de defunciones en los periódicos. El frío ayudó á prolongar la indisposición de Nami, que no era fuerte en manera alguna, y, si bien no mostraba ningún síntoma especial, languidecía día tras día con la cabeza pesada y poco apetito.

El reloj acababa de dar las dos. Cuando se apa-

garon sus vibraciones todo quedó en silencio y el lento tic tac parecía aumentar el reposo del momento. Era día notablemente hermoso para la estación, y, aunque, el claro azul del cielo primaveral estaba cerrado por cuatro biombos de papel, descansaba resplandeciente en ellos la suave luz del sol y unos pocos rayos invisibles que se filtraban parecían bailar en los ligeros dedos de Nami, que se hallaba acostada tejiendo un calcetín negro, y en las lustrosas guedejas que ondeaban sobre una almohada de nivea blancura. En el biombo de la izquierda se veía la esbelta sombra de un zumaque inclinándose sobre una taza de bronce; á la derecha se bosquejaba claramente un viejo ciruelo de grueso tronco, de entretejidas y desnudas ramas en que brotaban flores aquí y acullá anunciando una primavera aún en su infancia. Sobre la baja cenefa de una mampara se proyectaba la sombra de la cabeza de un gatito que dormitaba al sol. De pronto saltó para atrapar una mosca que volaba sobre su cabeza, atraída, quizás, por el calor del sol; se le escapó y el felino cayó al suelo; mas no pareció perturbarle mucho, y es de presumir que se entretenía lamiéndose las patas porque se veía la sombra cabeceando sin cesar. Nami observó todo el movimiento como el grabado en un papel y sonrió; pero, deslumbrada por tanta luz, cerró los ojos quedándose en un estado de pesada somnolencia. Luego, cambiándose de un lado á otro izó su calcetín y comenzó á mover las agujas.

Oyóse el ruido de pesados pasos en la galería y se movió por los biombos la sombra empequeñecida de una gruesa figura humana. Después, se de-

tuvo y se reveló como la de la viuda Kawashima, que entró, sentándose al pie de la cama.

—¿Cómo te sientes hoy?

—Mucho mejor, madre; gracias. Pudiera levantarme, pero...

Nami puso á un lado su labor, y arreglándose un poco el traje, trató de sentarse. La viuda la detuvo.

—Oh, no; no debes hacer eso. No soy una extraña: no te molestes porque haya venido. Pero ¿qué veo? Estás tejiendo otra vez y no debes hacer ni eso. ¿No sabes que una enferma no debe hacer otra cosa que cuidarse? Ahora bien, Nami, debes olvidarlo todo por amor á Takeo. Cúdate y ponte buena pronto, querida...

—Perdóname, pero es que he estado recogida tanto tiempo...

—No estás hablándole á tu madre, ¿verdad? No me agrada eso; estás muy distante por completo...

La viuda no dijo cuanto tenía en la mente. Solía quejarse de que las nueras en estos tiempos no eran bastante corteses con una persona de su posición y pensaba que era, por lo menos, un rasgo característico de Nami, que se viera libre de este defecto. Pero hoy pensaba en otra cosa y como si de repente se recordara, preguntó:

—¿No recibiste carta de Takeo? ¿Qué dice?

Nami sacó una carta de debajo de la almohada, y le mostró parte de ella, diciendo:

—Dice que vuelve el sábado que viene.

—¿Sí?

La viuda corrió la vista por el papel y lo devolvió.

—¡Jum! qué de tonterías dice... llevarte de aquí para reponer tu salud. Si sales con este tiempo tan frío, enfermarás aunque estés repuesta. Un constipado se cura fácilmente teniendo paciencia para estar en la cama. Sabes que Takeo es joven, y siempre se extrema su ansiedad y habla de doctores y de ir á alguna parte por tu salud. Cuando joven casi nunca me acosté por pequeñas indisposiciones y ni aun cuando nació mi hijo estuve en cama más de diez días. Escribe á Takeo y dile que no se preocupe tanto por tí, puesto que estoy yo á tu cuidado.

Reíase la viuda, pero sus ojos mostraban su disgusto. Al salir de la estancia, Nami se sentó diciendo:

—Dispensadme si no me levanto.—Y después suspiró penosamente.

Apenas podía creer que una madre pudiera estar celosa de la esposa de su hijo; pero después de la vuelta de su marido, percibió que un sentimiento extraño se había desarrollado entre ella y su suegra. Cuando regresó Takeo de su viaje, encontró á Nami muy desmejorada: simpatizó profundamente con ella por la ansiedad que había mostrado durante su ausencia, y era más aparente que nunca el gran amor que le profesaba. Si bien Nami se sentía muy feliz siendo el objeto de sus tiernos cuidados, se llenó de pesadumbre descubriendo que de ello se en celaba su suegra. Qué duro era, pensaba, amar y ser amada por su marido, y, á la vez, tener que servir y agradar á una suegra como la viuda.

—Señora, os ha venido á ver la señorita Kato. Nami abrió los ojos al escuchar la voz de la

doncella. Al conocer á la visita se le alegró el semblante.

—¡Pues, si es O-Chizu-san! Qué buena eres viniendo á verme.

—¿Te sientes mejor?

Poniendo á un lado la bolsa de seda y su cofia de crespón lila, se aproximó á la cama una joven con tocado de shimada y como de diecisiete años. Envolvía su esbelta figura un abrigo negro, y le brillaban los lustrosos ojos negros sombreados por unas cejas muy bien formadas. Era Chizu Kato, hija mayor de la baronesa Kato, tía de Nami.

Primas Nami y Chizu, habían sido grandes amigas desde la época en que asistían juntas al Jardín de la Infancia, y la pobre Koma, hermana menor de Nami, se quejaba de que la dejaban sin compañera de juegos. De modo que, después del matrimonio de Nami, mientras se iban distanciando gradualmente otras compañeras de estudios, Chizu por el contrario se regocijaba de la proximidad de sus casas y venía á verla muy á menudo. Durante la larga ausencia de Takeo, las amistosas visitas de su querida Chizu, si exceptuamos las apasionadas cartas de aquél, fueron el mayor consuelo de la triste y solitaria Nami.

Nami contestó sonriente:

—Me siento mucho mejor hoy; pero me pesa mucho la cabeza y es muy molesta la tos.

—Oh, lo siento, ¡Pero qué frío hace!

Mirando la doncella que cortesmente le brindaba un cojín, tomó asiento cerca de Nami. Luego, calentando sus manos, cargadas de anillos de pie-

dras preciosas, encima del brasero, cubrió sus rosadas mejillas con ellas repetidas veces.

—¿Están bien tío y tía?

—Todos bien, gracias. Se preocupan pensando en tí porque hace tanto frío. Decíamos anoche que cuando mejores un poco debías ir á Zushi por cambiar. Y por cierto que te convendría.

—¿Sí? Takeo me escribió desde Yokosura, diciendo también que yo necesitaba cambiar de aires.

—¡Ah! ¿Te lo dijo? Entonces debías ir en cuanto sea posible.

—Pero de todos modos me pondré buena pronto.

—Tendrás que cuidarte mucho ese constipado.

Entró la doncella con te para Chizu.

—Kane ¿dónde está madre? ¿Tiené visita? Supongo, O-Chizu-san, que tienes sobrado tiempo hoy. Kane, trae algunas cosas buenas para O-Chizu-san.

—Pues, como vengo tan á menudo no puedes permitirte agazajarme siempre. Espera un momento,—dijo sacando una cajita.—Tu madre es aficionada al pudín de arroz ¿no es verdad? Le he traído un poco. Pero si tiene una visita, llévaselo después.

—Gracias. ¡Le agradará tanto!

Chizu sacó entonces unas naranjas.

—Mira, ¿no son hermosas? Son el regalo que te hago; me temo que no estén muy dulces.

—¡Oh, qué lindas! Te ruego que me mondes una.

Saboreó Nami con deleite la que le dió Chizu y trató de alisarse el cabello suelto que le jugaba por la frente.

—Te sientes mal, ¿no es verdad? No sería mejor que te vistieras más suelta? Vamos, déjame ayu-

darte. No; no es menester que te sientes; estás perfectamente.

Trajo Chizu los objetos necesarios de la habitación contigua y comenzó á peinar á Nami suavemente.

—No te he referido nada de la reunión de alumnas que tuvimos ayer. ¿Recibiste el aviso? ¿No? Nos divertimos mucho; todas querían mandarte recuerdos.—Y con su alegre risa continuó:—Sólo hace un año que dejamos el colegio y ya se ha casado la tercera parte de nosotras. ¡Vaya que fué divertido ver á Okubo-san, Honda-san y Kitakoji-san; todas peinadas de marumagé y con un aspecto de particular gravedad! ¿Te lastimo? ¡Ay de mí! No hablaban más que de sí mismas. Y luego tuvimos un debate sobre la conveniencia de que vivieran separados los padres y los hijos casados. Kitakoji-san sostuvo lo contrario, diciendo que, su falta de experiencia en el manejo de la casa, se había visto subsanada constantemente por el auxilio de su apacible suegra, mientras Okubo-san era el campeón de las que sostenían la proposición: como tú sabes, tiene una suegra muy rígida. ¡Pero qué divertido! Y después traté de embrollarlas, cuando me dijeron que yo no tenía que ver en la discusión, puesto que aun no era más que una extraña. ¿No es eso demasiado rigor?

—No, en manera alguna. Debes haberte divertido mucho; me imagino que cada una hablaba por experiencia propia. Como las cosas difieren en cada casa, presumo que no puedes incluirlo todo en una proposición general. Recuerda, Ochizu-san, lo que dijo tía una vez; que sólo los jóvenes están propen-

sos á ser indolentes, egoístas. Creo que tuvo razón al decirlo; no debemos desatender á los mayores. ¿No estás de acuerdo conmigo?

Nami era joven reflexiva que tenía su gusto particular en el manejo de los asuntos domésticos. Escuchó con inteligencia las enseñanzas de su padre y observaba con ojos críticos los métodos de su madrastra, habiendo mirado con anticipación al día en que sería dueña de su propia casa para ponerlos en práctica. Pero aquí, en la familia Kawashima, encontró lo que apenas había soñado: todo el poder administrativo estaba en manos de la emperatriz consorte, y ella misma se veía en la posición de una princesa imperial nominal. Conformarse algún tiempo con la nueva situación y esperar mejores días, esto fué lo que hizo. Mas, cuando se encontró plantada entre su marido y la madre de éste, é impotente para poderle cuidar como ella deseaba, lloró en silencio su triste suerte, dudando á menudo sobre si, después de todo, no sería la mejor la teoría favorita de su madrastra acerca de la vida separada, que un tiempo le pareció tan contraria á las costumbres del país. No obstante, tenía Nami demasiado ánimo para renunciar con ligereza á sus tan acariciadas ideas.

Atando el tocado de Nami con una cinta blanca, Chizu, que no podía leer los pensamientos íntimos de su prima, que había pasado diez años con una madrastra y casi un año al lado de una suegra, la miró el semblante y dijo en voz baja:

—¿Todavía se encoleriza á menudo?

—Algunas veces, pero me trata con bondad desde que enfermé. Mas no le agrada que piense tanto en

Takeo, ese es el mal. Y luego, Takeo, por su parte, siempre me dice que aquí su madre es la reina y debo tratar de complacerla más que á él. Pero dejemos la conversación sobre estas cosas. Me siento más cómoda, gracias. Tengo mejor la cabeza.

Y tentando su tocado, Nami cerró los ojos fatigada.

Poniendo el peine á un lado y frotándose las manos con un pedazo de papel suave, Chizu se detuvo un momento frente al tocador, donde descubrió un pequeño estuche. Al abrirlo y sacar algo, dijo:

—No me canso nunca de mirar esta joya: ¡es tan linda! Takeo-san tiene buen gusto, ¿verdad?—y volviendo á su asiento:—Tú sabes que Shunji siempre me exhorta á que estudie francés ó alemán. Piensa que la mujer de un diplomático debe saber alguno de ellos. Pero me resulta tan difícil...

Shunji, así se llamaba el futuro esposo de Chizu, era funcionario del Ministerio de Negocios Extranjeros.

—¡Cuánto me agradería verte de marumagé, si bien la shimada te sienta tan bien!—dijo Nami riéndose.

—¡Oh, por favor!

Habíansele unido las bellísimas cejas, pero la vendía una sonrisa que brotaba de los delicados labios.

—O-Nami-san, ¿conoces á Hagiwara-san, que se graduó un año antes que nosotras?

—Sí, ¿la que casó con Matsudaira?

—Sí; me dicen que se divorció ayer.

—¿Divorciada? ¿Cuál fué el motivo?

—La querían mucho los padres de su marido, pero parece que Matsudaira le perdió el cariño.

—¿No tiene un hijo?

—Sí, uno. Pero Matsudaira la abandonó por una mujer mala y fué tan desvergonzado en su infidelidad, que el padre de Hagiwara-san se encolerizó mucho y dijo que no consentía que su hija estuviera casada con un hombre así. Al fin, la reclamó.

—¡Qué lástima! ¿Y por qué no quería Matsudaira á su mujer? ¿No es eso cruel é injusto?

—En efecto, me enojo al pensarlo. Quisiera que hubiese sucedido lo contrario. ¡Qué triste debe ser que no nos ame nuestro marido, aunque agrademos á sns padres!

Nami suspiró.

—Me causa mucho sentimiento el pensar cómo las que concurrieron al mismo colegio y estudiaron en las mismas aulas estén esparcidas por todas partes, siguiendo cada una su destino. O-Chizu-san, nosotras dos hemos de ser amigas siempre y prestarnos mutuo apoyo.

—Ese es mi deseo.

Inconscientemente se estrecharon las manos. Después de un breve rato, sonrió Nami, diciendo:

—Sueño muchas cosas, aquí, acostada y ociosa. No te rías si te cuento uno de mis sueños. Suponte que de aquí á muchos años tenemos guerra con alguna potencia extranjera y venza el Japón. Entonces, Shunji-san, como Ministro de Negocios Extranjeros, irá á negociar el tratado de paz; y Takeo, como comandante en jefe de nuestra Armada, estacionará veintenas de buques en los puertos del enemigo...

—Y entonces el tío de Akasaka será comandante en jefe del Ejército, y mi padre hará que la Cámara

Alta acuerde consignar centenares de millones de yens para los gastos del Ejército y la Armada.

Y entonces, O-Chizu-san y yo ingresaremos en las filas de la Cruz Roja.

—Pero no podrás hacer eso si no estás fuerte,— dijo Chizu riéndose.

No bien se hubo reído Nami, la acometió la tos y se oprimió el lado derecho del pecho con la mano.

—Hemos hablado demasiado. ¿Te duele ahí?

—Cuando toso me duele mucho.

Y al decir estas palabras, Nami volvió los ojos á la luz que se iba disipando.

IV

La vida en Zushi

Sólo habían transcurrido cinco días desde su vuelta á casa, avergonzado por Takeo, y alentando rencor en el pecho, cuando se vió Chijiwa trasladado repentinamente de su oficina en el Estado Mayor á un regimiento de la primera división.

Hay una época, una vez en la vida por lo menos, en que nos sale mal cuanto hacemos y constantemente nos vemos empujados de mal en peor, como si el cielo no se cansara de castigarnos. En tales dificultades se había visto Chijiwa durante el pasado año y hasta ahora no acertaba á ver la salida. Takeo le había arrebatado Nami; sus especulaciones habían fracasado; el préstamo del dinero le había deshonrado; Takeo, á quien había desdeñado como un simple mozalbete, le había humillado y se habían cortado las relaciones con sus únicos parientes. Todavía más, sin una palabra de aviso, fué despojado de su posición en el cuartel general que,

como atajo para rápidos ascensos, hubiera defendido á todo trance, y destinado á un puesto insignificante en una división, lo que hasta allí había despreciado como labor ingrata. Sin embargo, Chijiwa, consciente de su culpa, sirvió su nuevo cargo descaradamente. Con anterioridad, había sido hombre de sangre fría, que nunca perdía su presencia de ánimo; pero este último incidente, fué para él un golpe tan tremendo que, cada vez que sus pensamientos se volvían á su deshonor, no podía evitar que la sangre le hirviera de coraje.

Hallábase Chijiwa como quien, teniendo los pies en la escala de los ascensos que conducen inevitablemente á la corona del éxito, se viera derribado de repente cuando ya había ascendido uno ó dos escalones. Pero ¿quién le había derribado? De una ligera indicación en las palabras de Takeo y del hecho de que el jefe del Estado Mayor era íntimo amigo del teniente general Kataoka, sospechó Chijiwa que éste tenía por lo menos alguna parte en el asunto. Además sabía que Takeo era hombre que miraba el dinero con indiferencia; así que, de su extraordinaria cólera sobre los tres mil yens—aunque comprendía la falsificación del sello—se infería algo más profundo que una cuestión simplemente monetaria. ¿No pudiera Nami haberle denigrado con Takeo acerca de sus antiguas tentativas amorosas? Mientras más reflexionaba, más se cristalizaban sus sospechas; y esto, con el tiempo añadió combustible á su ira. Sus resentimientos hacia su perdido amor, su enfado por la pérdida de una posición que tanto prometía y todo género de sentimientos de desesperación, celos y odio, se arremo-

linaban en torno del general, Nami y Takeo, elevándose como lenguas de fuego. Vanagloriábase antes de su aplomo, riéndose de la locura de olvidar cálculos en el calor de las agitaciones; pero ahora, tras tan repetidos descalabros, perdió tanto la calma que creía no poder contenerse si no lograba hallar salida para el creciente volumen de sus emponzoñados sentimientos.

¡Venganza, venganza! No hay regocijo en el mundo que sea comparable al de sorber la sangre de los que hemos detestado y chasquear los labios con su sabor delicioso. ¡Venganza, venganza! Pero ¿cómo? ¿Cómo podría cargar la mina para volar las dos aborrecidas casas de Katoaka y Kawashima; y prendiéndola desde conveniente distancia, gloriarse en la deleitosa escena en que la carne de los hombres y mujeres execrados sería desgarrada y destrozados sus huesos, como si se enviaran medio vivos á los infiernos? Este era el problema que resolvía Chijiwa en su cabeza día y noche desde el mes de Enero último.

Mediaba el mes de Marzo y caían las flores del ciruelo como copos de nieve. Un día fué Chijiwa á la estación de Shinbasi á esperar á un amigo que había sido trasladado á Tokyo, de la tercera división. Al salir del salón de espera, acertó á encontrarse con una señora alta, acompañada de una joven, en la puerta del salón de señoras.

—¿Cómo estás?

Tenía delante á Madama Kataoka y á Koma. Chijiwa se inmutó por un momento; mas, se repuso al instante, leyendo en sus semblantes que no sabían nada de su conducta. Ciertó que tenía ojeriza al

general y á Nami, pero vió al momento la inutilidad de ser enemigo de Madama Katoaka. Así que saludó cortesmente y contestó sonriendo:

—¿Cómo estáis?

—No se os ve nunca.

—Os hubiera visitado, pero me han tenido ocupado estos días. ¿A dónde váis ahora?

—A Zushi, ¿y vos?

—Vengo á esperar á un amigo. ¿Váis de temporada?

—¿No sabéis las nuevas? Tenemos una enferma.

—¿Una enferma? ¿quién es?—preguntó Chijiwa sorprendido.

—Nami,—contestó la vizcondesa.

En aquel momento sonó la campana y los pasajeros se encaminaron en tropel hacia las verjas.

Koma apresuraba á su madre, diciendo:

—Madre, ya es hora.

Chijiwa tomó una maleta de manos de la vizcondesa, caminando á su lado.

—¿Está muy enferma?

—Sí; es mal del pulmon.

—¿Mal del pulmón? ¿Consuación?

—Tuvo una cruel hemorragia y el otro día se fué á pasar una temporada en Zushi. Voy á verla ahora.—Tomando la maleta de Chijiwa en la verja, le dió las gracias, añadiendo:—Adiós. Volveré pronto. Venid á verme alguna vez.

Siguiendo con la vista el hermoso manto de cachemira y la cofia de cinta roja, hasta que se desvanecieron en un coche de primera clase, Chijiwa se volvió con una sonrisa vengativa en los labios.

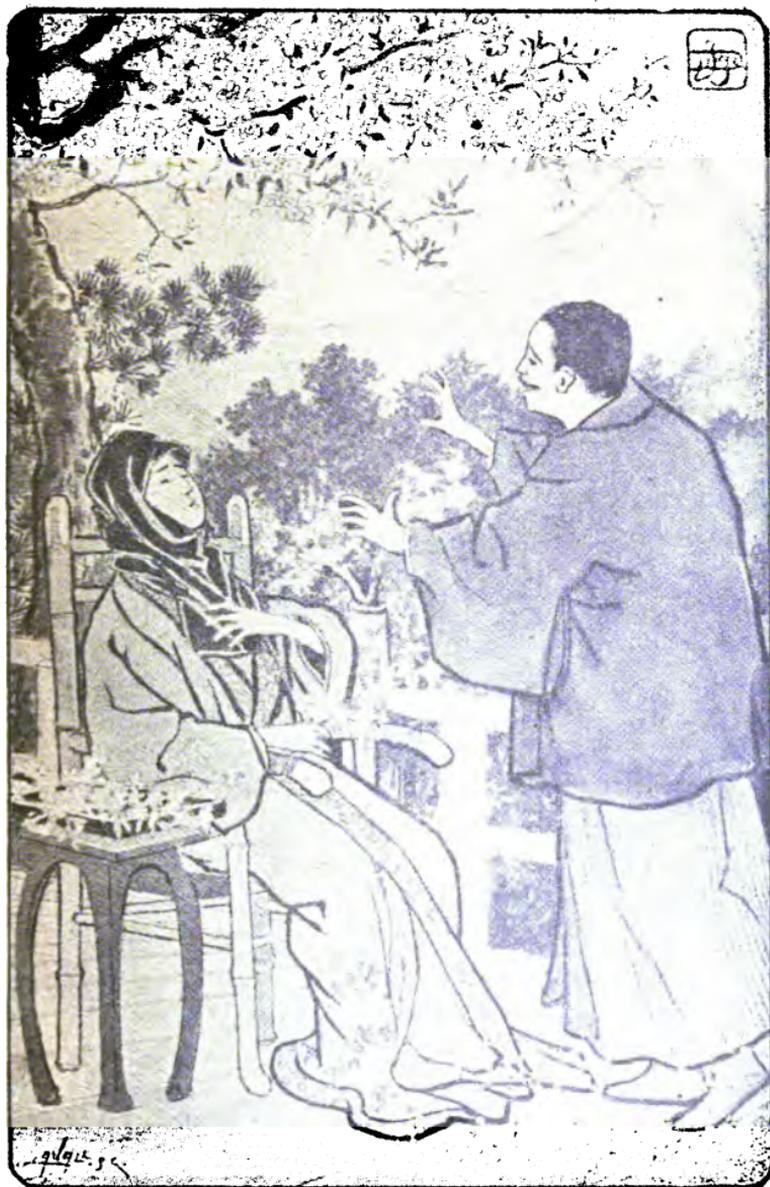
Viendo que los síntomas de Nami se acentuaban

más y más, el doctor hizo cuanto pudo sin despertar alarmas. Con todo, su estado se empeoraba por días y á principios de Marzo se hizo patente que era víctima de la consunción.

Hasta su suegra, que se preciaba de su buena salud y se mofaba de la debilidad de la joven, haciendo oídos de mercader á todos los planes de tratar las enfermedades por el cambio de clima, se alarmó con las hemorragias de Nami. También estaba temerosa de las consecuencias—se había enterado de la naturaleza infecciosa de la terrible enfermedad—y siguió los consejos del doctor, enviando á Nami, con la conveniente enfermera, á la quinta de Kataoka, en Zushi.

Aterrorizada Nami por los primeros ataques de la enfermedad, sintióse como solitario viajero en larga etapa del desierto, envuelta en negrísima sábana de amenazadoras nubes. Pero ahora, roto ya el imponente silencio, y encontrándose en medio de los ensordecedores estampidos del trueno y los tetricos relámpagos, negros ventarrones y humeantes lluvias, determinó pasar rápidamente y á toda costa, por los espesos pliegues de la tempestad. Pero ¡qué terrible el recuerdo de su primer ataque!

Era el segundo día de Marzo. Sentíase Nami extraordinariamente bien y procuraba entretenerse arreglando unas flores, cosa á que no se había entregado en mucho tiempo. Pidiendo á su esposo, que por casualidad se encontraba en casa, que la ayudara, estaba sentada en la galería exterior escogiendo ramos de un hermosísimo ciruelo en flor. De pronto, sintió un agudo dolor en el pecho; se le desvaneció la vista y exhalando un grito involunta-



...sintió un agudo dolor en el pecho.....

THE
MUSEUM OF
ART AND HISTORY

rio, se vió inmediatamente sorprendida por la hemorragia. Había llegado al fin ese momento que habia previsto con el sentimiento del más profundo horror; y ahora sentía haber tenido vislumbres del sepulcro en la vaga distancia.

¡Ah, la muerte! Cuando Nami había sido una desventurada niña, la vida le brindaba poca dicha y la muerte poca aflicción; pero ahora, que había saboreado las dulzuras de la existencia, que lo era todo para ella, era cosa tremenda el pensar en su terminación. Y al meditar sobre su fatal destino, sentía que era forzoso combatirle de todos modos. Fortaleciendo su espíritu, fácilmente desalentado, se cuidó asiduamente con gran sorpresa del doctor.

Takeo, que entonces se hallaba en la estación naval de Yokosura, á corta distancia de Zushi, venía á verla á menudo, aprovechando con este objeto todas las horas disponibles. Recibía cartas de su padre y se menudeaban todo lo posible las visitas de su tía y Chizu. Tambien su vieja nodriza Iku, que habían separado de ella desde el verano pasado, cuando la despidieron de la casa Kawashima, la cuidaba con ternura, tan agradable para Nami, que hasta sentía un deleite en la tristeza de estar enferma, puesto que ofreció la oportunidad de su feliz encuentro. Finalmente, había, además, un criado viejo y fiel que cuidaba de todas las comodidades de la casa. Partiendo de la ciudad en medio de los fríos, y trasladándose al apacible seno de la risueña costa, Nami respiraba en la tibia luz de la benévola naturaleza y en la más tibia atmósfera de la simpatía humana. Se sintió aliviada, y transcurridas dos semanas, se contuvo la hemorragia y

disminuyó la tos. El doctor, que venía de Tokyo dos veces por semana, tuvo el gusto de no encontrar progresos en la enfermedad, si bien la paciente no mejoraba, y le aseguró que había esperanzas de restablecimiento si no se afligía y seguía con paciencia el tratamiento que le había prescrito.

Era el primer sábado de Abril, y si bien no era tiempo de flores de cerezo en la capital, ya en Zushi habían comenzado á florecer los cerezos silvestres en las colinas y veíanse manchas blancas en las verdes laderas. Pero hoy parecía estar la naturaleza de un humor sombrío y desde muy temprano caían las lloviznas y una sábana de nebuloso gris borraba las colinas y el mar. Aquel día de primavera parecía prolongarse indefinidamente. Mas, al aproximarse la noche, aumentaba la lluvia constantemente y comenzó á arreciar el viento. Este chillaba y aullaba por puertas y mamparas, y sonaba como el galopar de millones de caballos salvajes en continuo rugido del irritado mar. Toda la aldea de pescadores atrancó sus puertas y no se veía ni una luz que revelara su existencia.

Con todo, presentábase una escena enteramente distinta en la quinta Kataoka. Allí se festejaba á Takeo. Le habían esperado desde las primeras horas del día; pero detenido inevitablemente, se había apresurado á venir en la profunda obscuridad de la tempestuosa noche. Ya había cambiado su traje y cenado, y se apoyaba en la mesa leyendo una carta. Nami, sentada al frente, cosía una bonita bolsa y de vez en cuando detenía la aguja para mirar á su marido y sonreírle, ó para escuchar los sonidos exteriores en su silenciosa meditación. Tenía en el

cabello un ramito de hojas y flores de cerezo. En la mesa, entre los dos se hallaba colocada una lámpara que ardía vivamente, reflejando su pantalla una luz rosada. Un vaso próximo contenía unos ramos de cerezo en que se inclinaban silenciosamente las flores, soñando quizás, en la primavera que habían dejado aquella mañana en la colina.

Los sonidos del viento y de la lluvia se escuchaban zumbando y salpicando en torno de la casa.

Takeo dobló la carta.

—Parece que nuestro padre muestra ansiedad sobre tu salud,—dijo.—He de ir á Tokyo mañana, de modo que trataré también de ir á Akasaka.

—¿Te vas mañana? ¿Y con este tiempo? Pero nuestra madre te estará esperando. Deseo ir contigo.

—¡Nami-san! No olvides para lo que has venido aquí. Recuerda que estás desterrada por algún tiempo.

—Si esto fuera destierro, deseara poder pasar aquí toda mi vida. Querido, puedes fumar.

—¿Acaso crees que tengo ganas de fumar? Mejor será que no lo haga mientras esté aquí. Pero el día antes y después de venir, fumaré el doble de lo de costumbre.

Rióse Nami, y repuso:

—Puesto que eres tan bueno te daré unas sabrosas tortas. Iku, tráelas.

—Gracias. ¿Las trajo O-Chizu-san? ¿Qué es eso? Muy bonito objeto, ¿verdad?

—Estoy matando el tiempo, haciendo esto para nuestra madre. ¡Oh, no; esto no me hace daño! Lo hago con calma, ¿sabes? Me siento tan bien esta

noche... ¿No me dejas velar un poco más? ¿No es verdad que no parezco enferma ahora?

—Debías sentirte bien porque está aquí el doctor Kawashima,—replicó él sonriente.—Realmente, tienes mejor aspecto estos días. No hay que abrigar te. nor alguno por tu salud.

Iku, que entró en aquel momento con tortas y te, observó:

—¡Qué tormenta tan terrible! Apenas podríamos dormir esta noche si el señor no nos acompañara. La señorita Chizu regresó á su casa y la enfermera también partió para Tokyo. ¡Qué solitarias nos sentiríamos sin ellas, aún cuando esté aquí el viejo Mohei!

—¡Cómo sentirá el tiempo un marino en el mar! Mas, me figuro que es más digna de compasión la que se está en casa pensando en él.

—¡Oh!—dijo Takeo, tomando una taza de te y comiendo en rápida sucesión dos ó tres pedazos de torta.—¡Oh! Este es tiempo apacible; pero si os hallárais en una gran tempestad de dos ó tres días en el mar Meridional de la China, entonces sabríais lo que es terrible. Balancea un gran buque de más de cuatro mil toneladas á treinta ó cuarenta grados barrieudo el mar la cubierta con sus montañas ondas, y el casco cruje como una choza de madera. Os aseguro que no os gustaría mucho.

Fué creciendo la violencia del viento y una ráfaga lanzó la lluvia contra la casa, sonando las gotas como perdigonadas.

Nami cerró los ojos é Iku encogió los hombros, quedándose todos en silencio, y sólo se escuchó en un rato la voz de la tormenta en su violenta furia.

— Dejemos la conversación sobre cosas funestas. Cuando hay temporal, lo mejor que puede hacerse es que alumbre con viveza la lámpara y departir alegremente. Este lugar parece ser más caluroso que Yokosura cuando ya florecen, como estos, los cerezos silvestres.

Poniendo las flores en el vaso, dijo Nami:

— El viejo Mohei trajo éstas de la colina esta mañana. ¿No son bellas? Me temo que este tiempo perjudique mucho los árboles de la cuesta. Pero, ¡qué hermoso es este ramo! ¡Oh, sí! Esta tarde leí, entre los poemas de Rengetsu, éste que es bellísimo:

«Qué sentimiento inspiras, dulce rosa,
En tu primer deleite floreciendo;
En el brillante sol tan animosa
Y, pura como el aire, feneciendo.»

— ¿Qué? ¿Animosa feneciendo? Te digo que nuestra gente admira demasiado las rosas y todo lo demás, al decaer. Será muy galante, pero no es bueno ser tan galante. Quiero alentar el lado testarudo, obstinado y sufrido de nuestro pueblo; y así mi canto será como éste. Escucha, será raro, porque es, como sabes, mi primera tentativa:

«No digas con tu risa que obstinado
Me aferre yo á la vida con tesón
Y separarme de ella haya rehusado.
¡Oh! Sabe que me alienta el corazón
El ver brotar las flores. ¿Te has fijado
Cómo florecen sin cesar y son,

Esparciendo fragancia en la pradera,
Las que prolongan más la primavera?»

—¿Qué tal? ¿No venzo á Rengetsu?

—Pues, es todo un poeta el señor,—observó Iku.
¿No lo crees, señora?

Estaba alegre Takeo, y añadió:

—Con la sanción de Iku, podría establecer mi fama desde luego.

El ruido de la tempestad que arreciaba, reforzado por el de las olas, llenó una pausa en la conversación; y se sentían como si estuviesen en un bote en medio de los turbulentos mares. La anciana Iku salió á buscar un poco de agua en una tetera. Nami sacó un termómetro que se había aplicado, y, leyéndolo en la luz, dijo á su marido con orgullo que su temperatura era más baja aún de la natural. Entonces, miró un rato las flores de la mesa, y de pronto, formándosele hoyuelos en las mejillas, dijo:

—Hace precisamente un año; recuerdo bien el día: me disponía á partir en un carruaje y todos salían á verme marchar; pero no hallaba palabras con qué despedirme. Después, al cruzar el puente de Tameike, nos alcanzó la noche, saliendo la luna llena. Florecían los cerezos en la próxima colina, y al pasar caían los pétalos como copos de nieve y entraban bailando por la ventanilla del carruaje. Uno se asentó en una trenza de mi cabello, y de allí lo quitó mi tía cuando me bajaba.

Takeo, descansando la mejilla en la mano, repuso:

—¡Oh! Un año ó cosa así pasa volando. No falta mucho para que celebremos nuestras bodas de plata.

Me divierte pensar en tu serenidad en nuestra boda siempre me maravillé de que pudieras aparecer tan: tranquila.

—Sé que te extrañó; pero te diré en confianza que estaba deveras asustada, y apenas podía tener la copa ceremonial.

Entró Iku sonriente con la tetera.

—Pasáis bien el tiempo. Nunca me sentí tan feliz viéndoos alegres. Esto me recuerda nuestra estancia en Ikao el año pasado.

—¡Ikao! ¡Cómo me divertí!—dijo Nami.

—¿Y qué me dices de los helechos? ¿Recuerdas cómo nos divertimos?

—¡Pero me apresurabas tanto!—dijo ella en son de queja.

—Ya se aproxima la época de los helechos. Tienes que ponerte buena para otra expedición, querida.

—Sí, debo estar bien para entonces.

El día siguiente fué notablemente hermoso, después de la tempestad de la noche.

Takeo había de ir á Tokyo por la tarde; y deseando dar un paseo aquella mañana tibia y sin viento, salió con Nami por el fondo de la quinta en dirección á la playa, pasando por una colina arenosa cubierta de pinos.

—¡Que tiempo tan hermoso! No pensamos anoche que tendríamos un día como este—dijo Nami.

—En efecto,—replicó Takeo.—Mira lo próxima que parece estar la costa opuesta, parece estar al alcance de la voz.

Andando por la arenosa playa, seca ya, y dejando detrás á unos niños que buscaban conchas y

unos pescadores que preparaban la red, los dos se adelantaron por la ribera semicircular hacia un lugar solitario.

Como si de repente se lo hubiesen recordado, preguntó Nami:

—¿Sabes, querido, qué hace Chijiwa-san?

—¿Chijiwa? ¡Ese desvergonzado! No le he vuelto á ver. Pero, ¿qué preguntas de él?

Nami pareció titubear.

—Sé que te reirás de mí, pero soñé con él anoche.

—¿Soñaste con él?

—Sí; hablaba con nuestra madre.

—Te preocupas por pequeñeces,—dijo él riéndose.

—¿Y de qué hablaba?

—No puedo decirlo; pero ella asentía repetidas veces. O-chizu-san me dijo el otro día que los había visto, á él y á Yamaki, paseando juntos, y creo que eso fué lo que me hizo soñar con él. Querido, ¿Chijiwa-san no vendrá á nuestra casa?

—Seguramente que no. ¿No sabes que nuestra madre está enojada con él también?

Nami exhaló un suspiro.

—Siempre pienso en lo molesta que está ella conmigo por causa de mi enfermedad.

Takeo sintió un estremecimiento por todo el cuerpo. No refirió á su esposa enferma que, desde que se ausentara, su madre se había indispuerto más y más contra ella; que le había aconsejado que se alejara de Zushi todo lo posible por temor á la infección, y que había refunfuñado por las molestias causadas por la enfermedad de Nami, llegando hasta hablar mal de la familia Kataoka. Si Takeo tra-

taba de aplacarla, lo ponía de tonto, diciendo que desobedecía á su madre por amor á su esposa. Y esto había sucedido ya más de una vez.

—¡Oh, te apuras demasiado! ¿Por qué habías de preocuparte? Utiliza todas tus fuerzas para restablecer tu salud y estar dispuesta para la primavera que viene. Entonces iremos con nuestra madre á Yoshino á gozar de las flores del cerezo silvestre. Alto, pues hemos andado mucho. ¿Te sientes cansada? ¿Volvemos sobre nuestros pasos?

Había llegado la pareja á donde la arenosa costa se elevaba formando una cuesta peñascosa.

—Vamos á Fudo. No estoy cansada en manera alguna. Me siento como si pudiera caminar hasta América.

—¿Estás segura de sentirte bien? Quizás convenga ponerte esta manta. Las rocas resbalan; sujétate bien á mi brazo.

Takeo ayudó á Nami por la estrecha senda sobre las rocas, y deteniéndose muchas veces en el camino, fueron á donde caían unos hilos de agua desde la altura. Al lado de la catarata estaba el santuario de Fudo. Unos pocos pinos extendían sus troncos desde la vertiente, mirando al mar.

Takeo limpió el polvo de una roca, extendiendo en ella la manta para que se sentara Nami. Poniéndose él á su lado y cogiéndose las rodillas, exclamó:

—¡Qué apacible está todo esto!

En efecto, estaba el mar muy tranquilo; el cielo del medio día no tenía ni una nube, estando azul hasta su mismo centro, y la vasta extensión del mar, azul también, relumbraba aquí y allá como

una sábana blanca de seda y hasta donde alcanzaba la vista, ni el más leve cabrilleo perturbaba su perfecta tersura. Tierra y mar descansaban somnolientas en el pacífico día primaveral.

—¡Queridísimo!

—¿Qué dices?—preguntó él.

—¿Esto se puede curar?

—¿Qué?

—¿Mi enfermedad?

—¿De qué hablas? ¿Por qué no había de curarse? Confía en mí, te curarás. ¡Yo te curaré!

Apoyándose en el hombro de su marido, Nami dijo tristemente:

—Pero pienso á menudo que no me pondré bien. Mi madre murió de esta enfermedad, y...

—Nami-san ¿por qué hablas así hoy? Estás segura de restablecerte. ¿No escuchaste lo que dijo el doctor? Tu madre pudo haber muerto de esa enfermedad, pero tú no llegas á los veinte años y el mal está aún en sus comienzos, de modo que puedes estar segura de curarte. ¿Sabes lo de Okahara, uno de nuestros parientes? Perdió el pulmón derecho y los doctores lo dieron por perdido; y, sin embargo, vivió quince años más. Tè curarás si tienes bastante fuerza de voluntad; si no, se deberá á mi falta de amor. Pero te amo y te pondrás buena. ¿Dime, por qué tienes hoy ese humor tan triste.

Y tomó la mano de Nami oprimiéndola apasionadamente contra sus labios. En su dedo centelleaba un anillo de brillantes que le había regalado Takeo.

Quedaron ambos en silencio. Apareció una vela viniendo de la dirección de Yenoshima, deslizándose

por la bruñida superficie del mar, y en las alas de la apacible brisa les llegaban los alegres cantos de los distantes pescadores.

Nami, con una sonrisa en los ojos, húmedos por la emoción, dijo:

—Me curaré; sí, seguramente, ¿Pero por qué hemos de morir? ¡Cuánto no me agradaría vivir mil años! Pero si hemos de morir, ¿vamos á morir juntos?

—Cuando tú partas, puedes estar segura de que no viviré yo.

—¿Será cierto? ¡Qué dicha morir juntos! Pero tú tienes madre y un deber que cumplir y no puedes hacer tu voluntad. Yo tendré que partir primero y esperar. ¿Pensarás mucho en mí cuando me haya muerto? ¿No es verdad que sí, querido?

Derramando lágrimas y dando á Nami cariñosas palmaditas en la mejilla, Takeo dijo:

—No hablemos más de cosas tan tristes. Ponte buena, Nami-san, y viviremos para celebrar nuestras bodas de oro.

Estrechando fuertemente entre las suyas las manos de Takeo y dejando caer la cabeza sobre las rodillas de éste, Nami prorrumpió en llanto:

—Soy tu esposa hasta en la muerte. Nada nos separará nunca, ni enemigos, ni enfermedades, ni la misma muerte. Soy tuya hasta el fin de los tiempos.

La venganza

La sonrisa que dibujaron los labios de Chijiwa, al enterarse de la enfermedad de Nami en la estación de Shinbashi, señaló el primer sentimiento de triunfo, encontrando una inesperada clave para la solución del difícil problema que hasta entonces le pareció inexplicable. Las aborrecidas familias de Kataoka y Kawashima se concentraban en la persona de Nami. Su enfermedad era, pues, una extraordinaria oportunidad de venganza y su índole infecciosa y fatal y la habitual ausencia de Takeo, favorecían también sus maquinaciones, pareciéndole, que, una palabra ó dos dejadas caer entre la viuda y su nuera, era todo lo necesario. Si la mina explotaba al momento, no haría sino saltar á un lado y contemplar desde lugar seguro toda la tragedia en que se retorcerían en sangrienta agitación. El ánimo de Chijiwa se dilataba sobre su venganza, prestando alientos á su espíritu abatido.

Conocía bien la índole de su tía; sabía que no estaba tan ofendida con él como Takeo, á quien miraba como á un simple niño, confiando más en sus

consejos como hombre de mundo; sabía, también, que como eran pocos sus parientes y la joven pareja no estaba con ella, se sentía solitaria á pesar de su excesiva audacia y que deseaba que alguien la apoyara; y, por tanto, no halló dificultad para ver que su proyecto estaba ya seguro del éxito antes de dar un solo paso para adelantarlo.

Ante todo, Chijiwa enviaba á Yamaki de vez en cuando á la casa de Kawashima, para espiar su estado y tambien para echar á rodar noticias falsas sobre su propia conducta de penitente. Una noche, hacia fines de Abril, enterándose de que Nami aun distaba mucho de estar bien, después de un tratamiento de dos meses y que su tía se predisponía más y más contra ella, se aprovechó de la ausencia de Takeo y también de un viaje de negocios del mayordomo Tazaki, encaminándose á la casa de Kawashima, que en tanto tiempo no había visitado. Acertó á encontrar sola á su tía, profundamente abstraída en sus pensamientos y con una carta de Takeo en la mano.

—Se ha mejorado Nami-san, le preguntó Chijiwa, después de saludarla.

—No, ha sentido bien poca mejoría, aunque su tratamiento ha costado mucho dinero—dijo la viuda.—Ya hace más de dos meses y dista mucho de restablecerse. En realidad, no sé qué hacer. Me sentiría muy aliviada si tuviera quien me aconsejara; pero sabes que Takeo es siempre un niño.

—Simpatizo con vos profundamente, querida tía. En realidad, no debía vérseme aquí; mas, como se trata de un asunto grave para la casa de Kawashima, no puedo permanecer en silencio, cuando pien-

so en las bondades que vos, Takeo y mi difunto tío me han prodigado; y por eso, me he atrevido á visitaros. Bien, querida tía, no hay enfermedad tan peligrosa como la consunción. Sabéis que hay muchos casos en que á un marido se le trasmite de su esposa y toda la familia ha sido arrebatada. Estoy muy preocupado por Takeo-san y si no ponéis cuidado, esto llegará á ser un asunto muy serio.

—Tienes razón; también temo eso y le he dicho á Takeo que no vaya á Zushi; pero no quiere escucharme. Mira—señalando á la carta que tenía en la mano,—nada más habla que de su esposa, lo que dijo el doctor, ó hizo la nodriza, y así es todo.

Chijiwa repuso con una sonrisa:

—Pero tía, eso no se puede evitar. Nunca puede ser demasiado grande el amor entre marido y mujer. Los cuidados que prodiga Takeo á su esposa enferma no merecen sino alabanzas.

--Perfectamente. Pero ¿acaso está bien que desobedezca á sus padres por causa de la enfermedad de su esposa?

Chijiwa suspiró.

—¡Cómo han cambiado las cosas! Sólo fué ayer cuando pensábamos que Takeo-san estaba tan bien casado y vos estábais complacida. Pero ahora ha llegado el momento crítico de la historia de la casa de Kawashira, para bien ó mal. ¿Y habéis sido objeto de alguna simpatía por parte de los padres de O-Nami-san?

—¡Oh, una simple visita de cumplido de esa altiva señora, con un regalo insignificante! De Kato tuvimos dos ó tres visitas, pero...

Chijiwa exhaló otro suspiro.

—En este trance, sus padres debían estar prontos para ver nuestra aflicción. ¿Pero cómo pueden permanecer indiferentes para hacernos cargar con una muchacha enferma? ¡Vaya, que este mundo es un lugar de egoísmo! Eso es todo.

—Indudablemente.

—Pero lo que más nos preocupa es la salud de Takeo-san. Si ocurriese lo que más tememos, sería el fin de la casa de Kawashima. Y puede contraer la enfermedad en cualquier tiempo; pero puesto que están casados, no podéis tenerlos separados.

—Exactamente.

—El deber de los padres es no dejar que los hijos hagan su gusto; algunas veces se les azota por su propio bien; y, luego, los jóvenes podrán parecer muy desesperados al principio, pero después de algún tiempo cambian de criterio con toda facilidad.

—Eso es muy cierto.

—No podéis arriesgar la seguridad de la casa de Kawashima por un poco de amor ó compasión.

—Ciertamente que nó.

—Y, después, si por un acaso estuviese ella en cinta, ese sería el fin de...

—Exactamente. Ese es el punto capital.

Viendo que su tía estaba impresionada por sus argumentos, sentía Chijiwa que el corazón le saltaba de júbilo por el éxito, y al punto cambió de conversación. No sólo esperaba la pronta circulación del veneno que había inoculado en su ánimo, sino que también encontró simientes ya sembradas, las que cubiertas, por decirlo así, por una reserva temporal, con el tiempo germinarían, floreciendo y produciendo

abundantes frutos. Y sabía él que ese tiempo no estaba muy distante.

En su verdadero sér la madre de Takeo no era tan mala que despreciara á Nami por ningún motivo. Al contrario, apreciaba los esfuerzos de su nuerca para congeniar con ella, á pesar de la inmensa diferencia de cultura y carácter, regocijándose sobre sus ocasionales coincidencias en algunos puntos de gusto, y hasta pensaba, allá en el fondo de su pecho,—si bien no lo demostró nunca—que ella misma no había igualado á Nami en su juventud. Pero cuando vió despnes de un mes de dilatada enfermedad, víctima de un mal incurable, allí á su vista, y, además, cuando vió que, á pesar del gasto de no pequeña cantidad de dinero, no había esperanza de su pronto restablecimiento, sintió en su pecho un extraño sentimiento de desengaño ó disgusto. Y al ganar este sentimiento en intensidad á cada vuelta del pensamiento, disipóse su reserva con el desarrollo del más poderoso sentimiento de aversión.

Chijiwa, por su parte, se introdujo hábilmente en todos los rincones del ánimo de su tía, é intentando atraerla á su modo de pensar en sus visitas ocasionales, esperó el tiempo en que ocurriera un conflicto verdadero. Cuando se comenzó á hablar de las frecuentes visitas de Chijiwa á su tía, en la ausencia de Takeo, ya él había llevado adelante su plan principal y celebrado su éxito con Yamaki, como autor del drama que se aproximaba.

VI

Madre é hijo

El buque en que servía Takeo había de partir á principios de Mayo, rumbo sur, á una estación naval en Saseho, y de allí, hacia el norte á tomar parte en unas maniobras navales de las divisiones unidas, cerca de Hakodate; y como había de ausentarse más de un mes, fué á su casa una noche á despedirse de su madre.

La viuda había estado muy molesta con Takeo recientemente y era presa de gran preocupación; pero aquella noche se mostró extraordinariamente amable y cuidó personalmente de la comodidad de su hijo. Takeo, de suyo indiferente con pequeñeces, se sintió desconcertado por tan insólita ternura; mas, cualquier hijo, sea cual fuere su edad, se siente feliz viéndose amado por su madre, y Takeo lo fué particularmente, recordando el reciente mal humor de la viuda. Habiendo comido con apetito, dió rienda suelta á sus pensamientos al tomar un baño, escuchando el goteo de la lluvia, dejándolos vagar en el recuerdo de lo que había visto en Zutshi

aquel día, camino de su casa, hasta los venturosos tiempos en que restablecida Nami de su enfermedad, esperara su vuelta. Refrescado por el baño y vestido un traje holgado, pasó á la habitación de su madre, frotándose la frente con la palma de la mano derecha, llevando entre los dedos un puro encendido.

En aquel momento, una doncella hacía el masaje á los hombros de la viuda que fumaba su larga pipa. Esta levantó la cabeza al decir:

—¿Tan pronto terminaste? Me acuerdas á tu padre como solía salir del baño. ¿No te sientas en ese cojín? Matsu, está bien, ve á traer el té.

Y se levantó para tomar un plato de tortas de una alacena.

Takeo, fumando su puro, dijo sonriendo:

—Me tratas como huésped, madre.

—Has vuelto á tiempo, Takeo. Tenía que decirte algo y deseaba verte. ¿Te detuviste de pasada en Zushi?

Aunque sabía que sus constantes visitas á Zushi desagradaban á su madre, Takeo no pudo engañarla.

—Sí; estuve solo un momento. Parece que va mejorando. Está muy apenada por las molestias que te causa.

—¿Sí?

Examinó atentamente la cara de Takeo.

Trajeron el servicio de té, y tomándolo la viuda, dijo:

—No se te necesita por ahora, Matsu. Cierra bien la mampara.

Vertió té para Takeo y para sí; y después de sor-

ber una taza, tomó su larga pipa y al llenarla, abrió los labios.

—Tengo muy mala salud. Mi reumatismo del año pasado casi tuvo fatales consecuencias. Ayer fui á visitar el sepulcro y aún siento dolor en los huesos. Me siento como si ya tuviera un pie en el otro mundo. Cuídate mucho, mi querido Takeo, y no enfermes nunca.

—Estoy ausente casi siempre y fuera de tí no hay quien se haga cargo de la casa. Desearía que Nami estuviese bien para ayudarte. Ella también repite esto mucho.

—Bien, ella podrá pensarlo; pero yo temo la consunción.

—Pero mejora mucho ahora: el tiempo va siendo caluroso; y, además, ella es joven y podrá vencer la enfermedad.

—Sin embargo, Takeo, dudo mucho de su rápido restablecimiento. Me enteré por el doctor de que su madre también murió de consunción.

—Sí, ella me lo ha referido, pero...

—¿No es verdad que la consunción es hereditaria?

—Así dicen; pero Nami enfermó de un catarro agudo. Sabes que todo depende de la propia prudencia. La gente habla de infección ó de herencia; pero de hecho hay otras causas. Sabes lo fuerte que es el padre de Nami, y luego la hermana de Nami, O-Koma-san, no ha presentado el más leve síntoma de consunción. No somos tan débiles como se les antoja presumir á los doctores.

Y terminó riéndose.

—Sí, pero no se convence así con risas.—Vacian-

do su pipa golpeándola contra la mano, continuó: —Creo que esta es la más tremenda de las enfermedades. Takeo, tú conoces la familia del gobernador Togo. La madre de aquel chico con quien solías reñir, murió de consunción hace dos años, y el mismo Togo-san murió de ese mal hace solo seis meses. ¿No sabes tú eso? Y después, su hijo, que según supe, era ingeniero oficial no sé dónde, también murió de lo mismo recientemente. Todos adquirieron el mal de la misma persona. Puedo referirte muchos más casos como éste. Por eso, Takeo, hemos de ser muy precavidos; si no, tendrá resultados muy graves.

Poniendo á un lado su pipa, la viuda se inclinó un poco y observando de soslayo el semblante de Takeo, que la escuchaba con mucha atención, dijo:

—Tengo que tratar contigo de algo.—Titubeó un momento, y fijando los ojos en Takeo:—Sabes que Nami...

—¿Qué?—preguntó éste, levantando la cabeza.

—¿Qué piensas con respecto á que reclamen á Nami?

—¿Reclamarla? ¿Qué quieres decir con reclamarla?

La viuda, sin apartar los ojos del semblante de su hijo, respondió:

—En casa de sus padres.

—¿Casa de sus padres? ¿Deseas que la asistan allí?

—Bien podrán asistirle; pero en todo caso debías hacer que la reclamen.

—Pero si Zushi es el lugar que más le conviene.

Hay niños en la casa de Kataoka; y, además, será mejor para ella que permanezca aquí, si deseas que vuelva á Tokyo.

Tomando su té, que ya se le había enfriado, la viuda habló con voz temblorosa:

—Take, presumo que no estás ebrio. Pero ¿por qué pretendes entenderme mal?—Con una viva mirada al rostro de Takeo:—Lo que quiero decir es esto: devolverla á sus padres.

—¿Devolverla? ¿Devolverla? ¿Quieres decir divorcio?

—Calma. Elevas la voz demasiado.—Mirando á su hijo que se hallaba convulso, añadió:—Divorcio, bien puedes llamarle así.

—¡Divorcio! ¡Divorcio! Pero ¿por qué?

—¿Por qué? preguntas. Como te he dicho ya, es por causa de la peligrosa índole de su enfermedad.

—¿Quieres que me divorcie de Nami por la concunción?

—Precisamente, si bien lo siento mucho.

—¡Divorcio!

El puro se cayó de las manos de Takeo al brasero, donde ardió entre espesas humaredas. La lámpara flameaba con un silbido y la lluvia de la noche chocaba contra las ventanas.

Enterrando el humeante puro entre las cenizas, la viuda comenzó á hablar con acento persuasivo.

—No te culpo tu gran sorpresa al escuchar esto: es demasiado repentino, pero lo he meditado muchos días, y debes escucharme teniéndolo presente. Ahora bien, no hay nada en Nami que me desagrade particularmente, hasta cuanto á mí se me alcance. Por tanto, me duele mucho decir eso; pero, digas

lo que quieras, la peligrosa índole de la enfermedad...

—Pero se repone—interrumpió Takeo precipitadamente, mirándola cara á cara.

—Escúchame. Podrá no estar tan mal ahora, pero le oí decir al doctor que la enfermedad recrudecerá pronto por bien que parezca estar temporalmente, lo que resultará fácilmente con cualquier cambio de tiempo. Nadie se cura en absoluto de la consunción; esto lo dice el doctor. Aunque Nami no esté grave en la actualidad, es seguro que empeorará más tarde y que con toda certeza se te transmitirá la enfermedad. Podrás tener un hijo y él la heredará. Supongamos que no sólo Nami, sino tú, el amo de la casa, cuya fortuna se fundó por la industria de tu padre, y que se vió particularmente favorecida por el Mikado, sucumbiese... Es cierto que Nami es digna de lástima; lo siento mucho por ella, y yo misma, como madre, me siento muy opuesta á proponer semejante cosa, pero piensa lo que es esa enfermedad. Por muy digna que sea Nami de compasión, no puede cambiarse contigo, el amo de la casa, ó con la casa de Kawashima. Tendrás bastante juicio para comprender esto y resolverte de una vez.

En el ánimo de Takeo, que escuchó todo esto en silencio, aparecía, claro como el día, el semblante de la esposa enferma que había visitado aquella mañana.

—Madre, yo no puedo hacer semejante cosa.

—¿Por qué?—Y levantó un poco la voz.

—Si hago eso ahora, Nami se muere.

—Muy bien, luego se ha de morir. Pero, Takeo,

estoy más preocupada por tu vida... por la casa de Kawashima.

—Madre, si piensas por mí, te ruego que sientas conmigo. Te podrá parecer extraño, pero no puedo hacerlo por ningún motivo. Es joven todavía y no está en condiciones de ayudarte, pero te ama como á mí. ¿Cómo me voy á atrever á divorciarme de semejante esposa solamente por su enfermedad? No es incurable la consunción. Sí; ahora se encamina ya á su restablecimiento. Pero, madre, si ha de morir, que muera siendo mi esposa. Si su enfermedad es tan peligrosa, podré no visitarla; apelaré á toda mi prudencia y haré cuanto gústes. Pero lo que es divorciarme de ella, eso no lo haré por el mundo entero.

—¡Bah! No hablas sino de Nami, sin pensar siquiera en tu propia existencia y en la casa de Kawashima.

—Sólo hablas de mi vida. ¿Pero qué necesidad hay de vivir por medios crueles é injustos? A ninguna casa la enaltece proceder inhumana é injustamente; y no será para el honor y la gloria de la casa de Kawashima. No, no puedo divorciarme jamás.

Preparada como estaba para encontrar alguna clase de oposición, se vió no poco sorprendida por la actitud intransigente de Takeo; y su genio, tan irritable de suyo, se vió provocado atrocemente. Marcáronsele las venas en la frente, movíansele los labios y hasta la mano que tenía la pipa le temblaba. Hizo esfuerzos para reprimir su furia y valientemente trató de sonreír.

—¿Oh! no te excites tanto. Piénsalo con calma:

eres joven aún y conoces poco el mundo. Pero recuerda el dicho: «salva el animal mayor aunque mates el menor». Nami es el menor y tú, la casa de Kawashima, eres el animal mayor. Compadezco á Nami y lo siento mucho por sus padres; pero ¿no es cruel enfermar? Piensen lo que gusten de nosotros, es mucho mejor no llevar la casa Kawashima á su fin. Hablas de injusticia é inhumanidad; pero puedes encontrar muchos casos como este en todas partes. Es justo divorciarse de una esposa cuando no contribuye al prestigio de la casa; es justo hacerlo cuando deja de dar á luz un heredero y es justo hacerlo cuando contrae una enfermedad peligrosa. Tal es la regla, ¿no lo sabes? No hay necesidad de suscitar la cuestión de justicia ó humanidad; en un caso como este, sus padres deberán venir á reclamarla; pero como no lo hacen, ¿qué daño hay en decir lo que deseamos que hagan?

—Dices «justo», «justo», pero no tenemos derecho para hacer lo injusto porque lo hagan otros, Divorcio por causa de enfermedad, eso, pertenece al pasado. Pero si tal fuere la costumbre ahora, valía la pena de quebrantarla. Sólo piensas en nuestra familia, pero ¿cómo sufrirá la familia de Nami al ver que se le devuelve su hija, que acaban de entregar, por solo su dolencia? Y, luego, ¿como podría volver Nami sin hnmillarse? Imagina un caso en que padezca yo de los pulmones y que vinieran á llevarse á Nami porque la consunción es un mal peligroso. ¿Te agradaría eso? Y sin embargo, es la misma cosa.

—No; eso es diferente: las mujeres no son iguales á los hombres.

—Sí, lo son; son iguales hasta en sus sentimientos. Pero, concretándonos al punto principal, Nami se ha repuesto recientemente de los ataques y ha mostrado señales de mejoría. Si haces semejante cosa, esto traerá una recaída. Se moriría, es seguro que se moriría. No pudiera yo hacer semejante cosa ni á un extraño. ¿Quieres que mate á Nami?

Y Takeo lloró amargamente,

De pronto se puso de pie la viuda y tomando un ihai (1) del altar de la casa, lo puso delante de Takeo.

—Te burlas de mis palabras; pero repite lo que has dicho ante tu padre. Repítelo. Los espíritus de tus antepasados te contemplan. Dilo una vez más. ¡Hijo desobediente!

--Mirando a Takeo fijamente, golpeó su pipa repetidas veces contra el borde del brasero.

Por manso que fuera con su madre, á Takeo se le enrojeció la cara.

--¿Cómo soy desobediente?

--¿Cómo? ¿Por qué preguntas eso? ¿No es una desobediencia hacer caso omiso de lo que dice tu madre por amor á tu esposa? ¿No es desobediencia no velar por el cuerpo que he criado y arruinar el linaje de esta casa contra mi voluntad? Takeo, eres un hijo desobediente, un violador de los deberes filiales.

—Pero, por humanidad....

—¡Calla esa palabra! ¡Qué! ¿aprecias a tu esposa más que á tus padres? ¡Ah, perro! Siempre hablando de Nami. Te negaremos hasta el parentesco.

(1) Ihai, una tablilla de madera con la inscripción de un nombre budista para representar el espíritu de los muertos.

Takeo se mordió los labios; las lágrimas le quemaban los ojos.

—Madre, eres demasiado cruel.

—¿Por qué cruel?

—Nunca abrigué semejantes ideas acerca de tí; pero tú no conoces mis pensamientos.

—¿Por qué, pues, no me obedeces y te divorcias de Nami?

—Pero, eso...

—No; nada de peros. Vamos, Takeo, ó prefieres á la mujer ó á la madre. ¿Qué? ¿Prefieres á Nami? ¿Qué? ¡Mentecato!

Y con su pipa golpeó el brasero con tanta furia que aquella se rompió en mil pedazos.

En esto se escuchó que había alguien detrás de la mampara procurando sofocar una exclamación; y, luego, una voz temblorosa dijo:

—Excusadme...

—¿Quién es? ¿qué es?

—Un telegrama.

Sólo dos minutos mediaron entre el abrir Takeo la mampara y mirar el papel y alejarse la criada, asustada por la furiosa mirada de la viuda. Pero bastó este lapso de tiempo para que sus pasiones se calmaran un poco y madre é hijo quedaron en el más profundo silencio.

Caía la lluvia á torrentes.

Al fin, la viuda abrió los labios; sus ojos aun despedían chispas pero suavizó un tanto sus palabras.

—Takeo, no deseo hacerte ningun mal al hablar así. Eres mi único hijo y mi solo placer es verte me-

drar en el mundo y contemplar el semblante de un robusto nieto.

Takeo, entregado profundamente á sus pensamientos, levantó lentamente la cabeza y mostrando el telegrama, dijo:

—Me avisan que salga inmediatamente para las maniobras navales. He de partir, pues, mañana á más tardar. Volveré pasado un mes. No debes mencionar este asunto hasta mi regreso.

Al día siguiente, Takeo recibió nuevas seguridades de su madre; y, visitando al médico de la familia para recomendarle que prestara a Nami la más cuidadosa atención, partió para Zushi en el tren de la tarde.

Al bajarse de él, poníase el sol, y la luna, en su cuarto creciente, parecía colgar en un cielo color lila. Cruzó el puente sobre el arroyuelo y se encontró en un camino que serpenteaba por obscura arboleda de pinos. Cuando salió de esta y vió el alto palo del balde del pozo, destacándose negro sobre el cielo de la tarde, le llegaron inesperadamente las notas de un arpa.

—¡Ah, es ella la que toca! --pensó; y sintiendo que se le destrozaba el corazón, se detuvo un rato en la verja para enjugarse las lágrimas. Halló á Nami extraordinariamente bien, expresando en el arpa los anhelos de su corazón, el amor por su marido.

Al momento vió Nami que Takeo tenía una preocupación y él eludió sus preguntas, diciendo sólo que había velado la noche anterior. Sentáronse á la comida que se había preparado especialmente para él, y apenas pudieron probarla. Nami sonreía, pero

sin placer, y para no revelar las tristezas de su corazón, se ocupaba cosiendo los botones de la chaqueta de su marido y cepillando sus trajes cuidadosamente, hasta que se aproximó la hora del último tren. Cuando ya no pudo detenerse más, se levantó Takeo para partir; y Nami, colgándosele del brazo, dijo:—Queridísimo, ¿has de partir ahora?

—Volveré en breve. Cuídate mucho y ponte mejor.

Se estrecharon las manos con fuerza. En la galería, la anciana Iku se ocupó del calzado y el criado Mohei esperaba, para acompañarle á la estación, con una maleta en la mano izquierda y una linterna encendida en la otra.

—Iku, confío Nami á tus cuidados. Nami-san, ya parto.

—Vuelve pronto, querido.

Takeo se inclinó. Anduvo una docena de pasos á la luz de la linterna y volvió la vista. Nami estaba parada al pie de la verja, envuelta en una manta blanca, agitando su pañuelo.

—¡Vuelve pronto!

--Sí, volveré. Te vas á helar allí fuera. Debes entrar, Nami-san.

Pero cuando volvió la vista la segunda y tercera vez, aun estaba allí una figura blanca y confusa; entonces llegó á una curva del camino y la visión se perdió de vista. Y por la tercera vez le llegó el grito:

—¡Vuelve pronto!—acompañándole como llorosa súplica. Y allá abajo, cerca del horizonte, se veía la delgada luna bajando por entre los pinos.



Pero cuando volvió la vista.....

Pág. 146

NO. 1000
ANNAPOLIS, MD.

VII

Una novia en perspectiva

La kuruma de Yamaki se había aproximado al portal con un grito anunciando la llegada del amo. Ahora, habiéndose bañado, se sentó, á la manera de los sastres, en un blando cojín dando la espalda al gabinete en que lucían en un vaso las prematuras irídeas, pareciendo estar en toda su comodidad y plena satisfacción. Pusiéronle delante la comida. Primero, tomó un poco de saké, y, estando su esposa, O-Sumi, allí para servirle, le dirigió una mirada, que si bien no revelaba descontento, parecía detenerse en todo su aspecto vulgar.

La doncella trajo un periódico de la tarde.

—Vamos á ver lo de Korea—«levantamiento inminente»—¿qué? La China envía soldados. Bueno. Pues es seguro que el Japón enviará soldados también, y entonces tendremos guerra. Esa será la gran oportunidad para hacer dinero. O-Sumi, has de tomarte una copa también para celebrar el acontecimiento.

—¿Es cierto que vamos á tener guerra?

—Sí. ¡Bueno! ¡Rebueno! Pero, O-Sumi, te guardo otras buenas noticias. Vi á Chijiwa hoy y me refirió que el asunto marchaba bien.

—¿Es cierto? ¿Dió Takeo-san su consentimiento?

—No; está ausente y no hay posibilidad de lograr que lo otorgue. Pero O-Nami-san ha tenido otra hemorragia y la viuda ha perdido la última esperanza, diciendo que llevará á cabo su propósito durante la ausencia de Takeo-san. Y eso se hará seguramente si Chijiwa continúa azuzándola. Sería excesivamente difícil llevar á cabo el plan estando Takeo-san en casa, y la viuda se propone despa-charlo en un tris durante su ausencia. Entonces todo sucederá en provecho nuestro. Vamos, llene la copa su señoría.

—O-Nami-san es digna de lástima.

—Eres una mujer muy particular. Querías desembarazarte de O-Nami-san porque O-Toyo era digna de lástima; y, ahora, que se va á lograr, comienzas á compadecerte de O-Nami-san. ¡Vaya! que cese esa tontoría. Procura pensar cómo puedes poner á O-Toyo en su lugar.

—Pero me temo que Takeo-san, se pondrá furioso si encuentra á O-Nami-san divorciada en su ausencia.

—Bien, que se ponga; pero su cólera de nada valdrá si se ha terminado el asunto; y además, Takeo-san es un buen chico: de modo que si la viuda llora, dejará que el asunto pase en silencio. Estoy bien seguro de esto. Hasta aquí vamos bien. Ahora, en cuanto respecta al asunto de la más vital importancia, es decir, la señorita O-Toyo, esperemos un poco á que se hayan apagado sus vehementes arre-

batos, y entonces se la enviaremos, invitada ó no, bajo el pretexto de aprender buenas maneras. Desde luego pagaremos el hospedaje y todos los demás gastos, ¡Vaya, que no es tan difícil como á primera vista parece! Todo depende de los caprichos de la viuda. Si O-Toyo llega á ser baronesa de Kawashima, logrará sus más caros deseos, y yó como suegro, debo administrar los bienes de la casa Kawashima, por ser Takeo-san un niño, como tú sabes. Eso es un bien grato, demasiado grato para no preocupar. Pero, dejemos eso. Nuestro cuidado inmediato es por O-Toyo.

—¿No tomas arroz ahora?

—No te preocupes. Esta es una celebración, ¿sabes? Pero ella ha de cuidar algo más de sus modales; si no, se pierde todo. Tales enfados á diario desalentarán seguramente á cualquier suegra, así sea la diosa de la Paciencia.

—Es que no puedo instruirla personalmente. Tú siempre...

—¡Vamos! Me encocoran esas excusas. Dicen que la prueba es mejor que el argumento. Te enseñaré cómo se instruye. Llama á O-Toyo.

—Señorita, vuestro padre desea veros.

Al oír la voz de Take, la criada, O-Toyo, que se acababa de hacer su tocado de la tarde, pero que aun no podía abandonar el espejo, se volvió con lentitud.

—Muy bien. Un momento—tocando su cabello.

—Dime, Take, ¿no está algo desarreglado aquí?

—No, en manera alguna. ¡Qué encantadora estáis!

—Gracias—y se sonrió en el espejo.

Take, retirando la manga con que se había cubierto la boca y reponiéndose, dijo:

—Vuestro padre os espera.

—Lo sé. Allá voy.

Dirigiendo la última mirada al espejo, salió precipitadamente por varias habitaciones, yendo á la de su padre.

—¡Ah, O-Toyo! Te esperábamos. Ven acá. Llena mi copa en lugar de tu madre. ¡Oh! no dejes la botella con tanta brusquedad. Esto no demuestra tu práctica sirviendo el te. Está bien; hazlo así, con gracia.

Ya embriagado por sus frecuentes libaciones, Yamaki volvió á tomar saké á pesar de las advertencias de su mujer, y continuó:

—O-Toyo está encantadora si se viste así, convenientemente, ¿no es verdad, O-Sumi? Tiene buen color.

Toyo sonrió con afectación, torciendo casi la boca en forma de s.

—Graciosa mueca—exclamó Yamaki,—sólo que los dientes delanteros, como los de su madre, le sobresalen un poco.

—¡Hyozo!—O-Sumi frunció el entrecejo y Toyo puso una cara agridulce como quien toma vinagre encima de confituras.

—Eleva los extremos de tus ojos como un tercio de pulgada y eso agraciará tu fisonomía.

—¡Hyozo!—O-Sumi hubiera deseado cerrar la puerta de su boca, caso de que la hubiera tenido.

—¡Vaya! ¿Por qué te enojas, O-Toyo? Eso perjudicará tu aspecto. No es menester que pongas tan mal gesto. Mira: te guardo buenas noticias. Llé-

name la copa de nuevo en pago y te las comunicaré.

Apurando su copa, Yamaki prosiguió con una alegre sonrisa:

—Hablábamos en este momento de Takeo-san.

Como caballo que tras días angustiosos en un pesebre vacío despierta al fin por la fragancia de las hierbas primaverales, así Toyo alzó la cabeza y aguzó el oído.

—Raspaste el retrato de O-Nami-san y al fin la hirió tu maldición.

—¡Hyozo!—madama O-Sumi arqueó las cejas de nuevo.

—Ahora, sin rodeos. En todo caso, O-Nami-san está muy enferma, y por esa razón será divorciada. No; el asunto no se ha llevado á sus padres aún, y la misma O-Nami-san no sabe palabra; pero todo eso se arreglará pronto. Surge la dificultad de encontrar quién la substituya. Ahora bien, el caso es este: tu madre y yo queremos que te coloques en el lugar de O-Nami-san. No, no puede ser tan pronto; así es que te enviaremos como doncella á Kawashima (espera, no te asombres tanto), como candidato, ¿sabes? bajo el pretexto de aprender buenas maneras. Ahora, tu éxito depende de la voluntad de la viuda, ¿entiendes? Ese es el caballo de batalla.

Se detuvo á tomar aliento mirando alternativamente á su mujer y á su hija.

—Ese es el punto capital, O-Toyo. Es algo prematuro, pero quiero grabarlo en tu ánimo. Como sabes, se conoce á la madre de Takeo-san como el espíritu de la oposición, el egoismo y la terquedad.

Oh, disimúlame; se me olvida que es tu futura madre, pero en todo caso no es dama de carácter apacible como lo es tu madre, que está presente. Pero no es ni un demonio ni una serpiente sino un sér humano. Con sólo adquirir tacto, puedes ser hasta la esposa de un demonio y una serpiente. De consiguiente, si yo fuera mujer, podría poner á la viuda ó á cualquiera como ella, suave como masa de pan, en dos días. Mi orgullo no te servirá de nada; pero te daré instrucciones para tu proceder. Pondrás ahora atención en lo que te diga, O-Toyo. Si vas allá como doncella, es decir, como candidato difrazado para novia, lo primero que has de cuidar, es de no ser tan perezosa como eres. Tendrás que levantarte temprano todas las mañanas, sabes que los viejos son madrugadores, y cuidar las cosas de la viuda con esmero, aunque descuides lo demás; y, en segundo lugar, no debes irritarte tan fácilmente como ahora: tendrás que ceder en todo ¿entiendes?

Has de ceder cuando se te riña; has de ceder cuando se te exija algo injusto; has de ceder cuando tengas razón. Y entonces cederán contigo. Esto es lo que significa el dicho de «el que pierde gana». No te has de molestar nunca ¿entiendes? En tercer lugar, esto es algo prematuro, pero lo digo ahora, que se me presenta la oportunidad, suponiendo que te cases al fin. Has de cuidar de no vivir feliz, aparentemente, con Takeo-san.

Atiende bien, me importa poco lo que hagas en secreto, pero quiero decir que has de cuidar como lo tratas públicamente. Ten familiaridad con tu suegra, pero es preciso que tengas el arrojo de leerle

la cartilla á tu marido en presencia de ella. Una madre debía alegrarse de que su nuera ame mucho á su hijo, mas, por raro que parezca, no le gusta por lo general. Bien, son los celos del egoísmo. Aparte de eso, si cuidas demasiado de tu marido, estás propensas á descuidar á tu suegra. Por lo menos así piensa ella. O-Nami-san ha cometido el desatino de ser demasiado feliz con Takeo-san. Oh, no te pongas celosa: has de ceder en esto como te dije. De modo, que has de hacer creer a la viuda que eres su desposada y no la de su hijo. Las riñas entre suegras y nueras nacen generalmente de los sentimientos de aislamiento de aquellas por causa de la demasiada felicidad de la joven pareja. Has de creerte, pues, la novia de la viuda. Después la vencerás, y una vez logrado, más adelante, puedes andar colgada del cuello de Takeo-san. Pero en presencia de la viuda ni tan siquiera le has de sonreír. Tengo que darte otros consejos pero los reservaré hasta que estés dispuesta para la partida. Con estas tres cosas basta por ahora; ya que has de ser la esposa de tu querido Takeo-san, harás cuanto puedas por sacrificarte. Comienza desde ahora y esmérate.

Antes de haber terminado se abrió la mampara y la criada Take trajo una carta. Rompió Yamaki el sello, corrió la vista por el papel y lo mostró á su esposa é hija.

—Mirad: La viuda Kawashima desea verme inmediatamente.

Dos semanas después de la partida de Takeo para las maniobras navales y poco días antes de ha-

berse llamado Yamaki á la casa de Kawashima, Nami tuvo otra hemorragia y se llamó al doctor precipitadamente. Por fortuna fué leve y se le dieron seguridades de que no corría ningún peligro; pero estas nuevas sirvieron para dar no poco qué pensar á la madre de Takeo. Un día ó dos después se vió la corpulenta mole de la viuda Kawashima, que salía poco de casa, camino de la morada de los Kato, en Iidamachi.

La noche que discurrió la cuestión del divorcio con su hijo, se encontró la viuda con la inesperada oposición de Takeo y prometió dejar el asunto pendiente hasta la vuelta de éste. Dudaba, sí, que él cediera para entonces: es más, temía por el contrario, que el tiempo fortaleciera su afecto por Nami y que pudiera presentarse algún obstáculo imprevisto. De consiguiente, pensó que lo mejor sería arreglar el asunto de una vez durante la ausencia de su hijo; y, á pesar de todo, un vago temor, así como su promesa, le impedían dar un paso decisivo para satisfacer á Chijiwa que la visitaba con frecuencia para convencerla. La nueva de la segunda hemorragia inclinó la balanza por completo é indujo á la viuda á visitar á Kato, que había actuado de intermediario en el matrimonio de su hijo.

Si bien eran vecinos, la viuda apenas visitaba la familia Kato, excepto cuando les dió las gracias por su intervención en el matrimonio. De modo que su inesperada aparición despertó los recelos de madama Kato que desde luego pensó que algo extraordinario ocurría. Recibió cortesmente á su visita, pero cuando escuchó lo que había traído á la viuda, sintió destruirse el corazón. ¿Quién hubiera pensado que se le

pidiera á ella que dividiera los lazos que unían las dos casas de Kataoka y Kawashima con las mismas manos que los habían atado?

Madama Kato sólo podía observar á su visita preguntándose cómo tendría valor para acercarse á ella y pronunciar tan descaradamente palabras tan crueles, pero la viuda hablaba con mucha sangre fría, su cuerpo tieso y las manos cruzadas sobre las rodillas. Seguramente, pensó, la viuda no se chancea ni yo he perdido el juicio. Mas, al verse obligada en definitiva á admitir que aquella decía lo que se proponía, la sorpresa dió lugar al naciente fuego de su cólera. Ya estaban para escaparse de los labios de madama Kato frases duras para reprender á la viuda por su desmedido egoismo; pero, con un esfuerzo las contuvo por amor á Nami, á quien amaba como á su propia hija y en lugar de eso, preguntó las razones, las combatió con dulzura, simpatizó con la situación de la viuda, y, finalmente, apeló á su indulgencia. Esto último, no obstante, dejó de llegar á los oídos de la viuda, que demostró con una mirada su desdén por semejante inútil locuacidad; y de ese modo recordó á la dama que su misión era simplemente la de llevar el mensaje de la viuda á los padres de Nami. Ante la vista de madama Kato pasaron en aquel momento el cuadro de su sobrina enferma, el lecho mortuorio de su hermana, la madre de Nami, y el general preocupado por el bienestar de su hija. Al avivarse sus sentimientos y nublársele los ojos por las lágrimas, se levantó madama Kato valientemente, dando una negativa absoluta, sin detenerse á esperar la opinión de su marido, diciendo que si bien la ca-

sa Kato había tenido el honor de auxiliar á las dos familias á unirse con los lazos del amor, no podía mancharse las manos en causa tan injusta é inhumana.

La viuda se retiró furiosa, y pensando que el honrado Tazaki era demasiado perezoso para llevar adelante tan importante asunto, escribió llamando á Yamaki la misma tarde. Madama Kato, por su parte, hallándose ausente su marido se vió perpleja para proceder; pero con el auxilio de su hija Chizu, trató de averiguar el lugar donde se hallaba el buque de Taqueo y le escribió con toda prisa, creyendo, á pesar de las afirmaciones de la viuda, que él se opondría á semejante paso. Cuando esto tenía lugar, la viuda, enfurecida, se propuso hacer una petición directa; y, habiendo comisionado á Yamaki con tal objeto, la kuruma de éste salió en breve hacia la casa de Kataoka.

VIII

La misión de Yamaki

Al entrar la kuruma de Yamaki por las puertas del Teniente General Kataoka en Akasaka, salía por ellas un apuesto oficial, jinete sobre un brioso corcel. El caballo, espantado por el ruido hecho por la kuruma al entrar, se encabritó; el militar lo contuvo refrenándolo suavemente, y haciéndole dar media vuelta, prosiguió su marcha trasponiendo la verja.

Contemplando la elegante figura del jinete que se alejaba y limpiándose el pecho, se aproximó Yamaki al soberbio pórtico. Estaba acostumbrado á visitar á muchos funcionarios ilustres, pero ahora sentía que le faltaba ánimo. La noche anterior, cuando la viuda Kawashima le comisionó para este asunto, se desconcertó no poco; más, cuando llegaba ya á confrontarlo, se dió cuenta de la debilidad de su corazón, de cuya audacia tanto se había jactado.

Pasada su tarjeta, retornó el doméstico é introdujo á Yamaki en la sala de recibo. En una mesa hallábase extendido un mapa de China y Korea,

que traía al ánimo el tema que se debía haber discutido recientemente, en vista del cenicero lleno de ceniza y restos de fósforos quemados. En efecto, el levantamiento en Korea, el movimiento de las tropas chinas y el envío del ejército japonés que se susurraba, atraían la atención del mundo entero á la sazón; y, aunque figuraba en las reservas, tenía el general tanto en qué ocupar su ánimo, que se veía privado por completo del tiempo que solía emplear en el libro inglés de lectura.

Sentóse Yamaki dirigiendo la vista por la estancia con curiosidad, cuando se escuchó el sonido de distantes pasos, como el tronar lejano, que se aproximaban y entró un hombre macizo como una montaña, tomando asiento en el extremo opuesto de la sala. Levantóse Yamaki prontamente al entrar el general, y al hacerlo derribó su silla. Con una palabra ó dos de sorpresa y excusa la levantó, confundido, é hizo tres ó cuatro profundas reverencias al general. Posible es que saludase y se excusase á un tiempo.

—Servíos tomar asiento. ¿Sois Yamaki-kun? conozco vuestro nombre, pero...

—Me regocija conoceros. Soy Hyozo Yamaki,—añadió como si quisiera aparecer muy humilde.

Hizo un saludo al final de cada frase, y á cada saludo crujía la silla, como si divertida exclamara

—¡Muy bien!

Cruzáronse unas cuantas palabras sobre lugares comunes y observaciones sobre la cuestión coreana; y, entonces, el general preguntó directamente el objeto de la visita de Yamaki. Este, primero se limpió la garganta tratando de abrir los labios; lo

hizo dos ó tres voces sin poder decir palabra. Se maravillaba de que su elocuencia no pudiera romper el hielo en aquel momento.

Al fin habló Yamaki.

—Me envían de la casa de Kawashima sobre cierto asunto.

El general, sorprendido, fijó sus pequeños ojos en Yamaki.

—¿Bien?

—La viuda Kawashima venía en persona, pero me rogó que lo hiciera en su lugar.

—Entiendo...

Yamaki se enjugó la frente, brotándole el sudor á pesar suyo.

—Deseaban que la vizcondesa Kato hablara por ellos,—continuó — pero, como rehusara, me enviaron á mí.

—Ya veo. ¿Y de qué se trata?

—Sobre esto. Vacilo al decirlo, pero madama Kawashima, vuestra hija...

El general clavó los ojos en su interlocutor un rato sin pestañar.

—¿Bien?

—Se trata de la jóven vizcondesa. Vacilamos al decirlo, pero nos ha preocupado mucho su enfermedad, como sabéis; y aunque ahora está algo mejor y nos alegramos mucho de ello...

—Ya veo.

—Nos duele decíroslo, puesto que es exigir demasiado de vuestra bondad; pero como su enfermedad es de índole muy dudosa y como sabéis, la familia Kawashima es muy reducida y su jefe actual, Takeo-san, es el único hombre en la casa, la

viuda está muy ansiosa por causa de él. Mucho titubeamos al decirlo, puesto que exige demasiado de vuestra benevolencia, pero la índole de la enfermedad es tal, que si alguna vez se contagiara, lo que con toda probabilidad podrá no suceder, pero es mejor precaver, y si por un acaso Takeo, el amo de la casa, estuviese en peligro, resultaría la destrucción del linaje Kawashima. Bien, tal destrucción podrá no importar mucho en estos tiempos, pero de todos modos á decir verdad.... me disgusta decirlo.... pero.... como la índole de su enfermedad es tal que....

Yamaki tartamudeaba, y le brotaban gruesas gotas de sudor de su frente al irse enredando más y más en su discurso. El general que lo observaba en silencio levantó la mano derecha en este momento.

—Perfectamente, entiendo. En dos palabras, la enfermedad de Nami es peligrosa y queréis que la reclame. Muy bien; entiendo.

Asintió con un movimiento de cabeza y poniendo su casi consumido puro en el cenicero, se cruzó de brazos.

Sintiendo que le habían ayudado á salir del atascadero, Yamaki respiró aliviado y se enjugó la frente.

—Me entendéis bien. Es violento para mí el decirlo, pero os ruego que no lo toméis á mal.

—¿Y ha vuelto Takeo-san?

—No; pero desde luego conoce todo el asunto: de modo, que estoy seguro de que no lo tomaréis á mala parte.

—Muy bien.

Volvió a inclinarse el general y quedóse un rato con los ojos cerrados y los brazos cruzados. Tranquilizado por su éxito tan fácil comparativamente, alzó la vista Yamaki y vió al general cerrando los ojos y comprimiendo los labios. Entónces sintió que había algo de imponente en la cara de aquel hombre.

—Yamaki-kun.

El general abrió los ojos y estudió el semblante de Yamaki.

—Señor,—contestó éste.

—¿Supongo que tenéis hijos?—preguntó el general.

Yamaki, no pudiendo atinar con el verdadero objeto de la pregunta, hizo un saludo.

—Sí señor; un hijo y una hija.

—Yamaki-kun ¿sabéis lo que cuesta un hijo?

—Sí.

—Muy bien, consiento. Os ruego digáis á la viuda Kawashima que se tranquilice. Hoy se hará venir á Nami. Siento que os molestéis en este asunto.

Yamaki se levantó inclinándose muchas veces, es de presumir que gozoso por el éxito de su misión y en parte pesaroso por las molestias ocasionadas por su visita.

El general le acompañó hasta el pórtico, y, regresando, se encerró en su despacho.

IX

El regreso de Nami.

Después de la partida de Takeo, sintióse Nami muy solitaria y los días le parecían muy largos en la quinta de Zushi. Pero de algún modo se las arregló para pasarse allí cinco semanas; y, al fin, se había segado el trigo y llegó la época de los lirios silvestres. Por algún tiempo su estado la desalentó mucho; afortunadamente, el médico le dió ánimos y pronto recobró su valor. Confortada por una carta reciente de su marido, escrita desde Hakodate, hizo grandes esfuerzos por seguir las instrucciones del doctor para fortalecerse y esperaba impaciente la vuelta de Takeo. Empero, en los últimos días habían cesado todas las comunicaciones con Tokyo y no tenía nuevas de su casa en Bancho, de sus padres ni de su tía en Iidamachi.

Ocupábase, para matar el tiempo, en arreglar lirios silvestres en un vaso. Hablando con su criada, que entró con un poco de agua, dijo:

—Iku, ¿no es extraño que no llegue correspondencia?

—Ya lo creo—replicó la anciana.—Quizás todos estén bien y no tengan nada que contarnos. Pero no tardarás en tener noticias; y además, alguien podrá llegar esta misma mañana. ¡Qué hermosas son estas flores! ¡Cuánto deseo que vuelva el señor antes que se marchiten!

Nami miró los lirios que tenía en la mano, y respondió:

—¡Bellísimas, en efecto! Mejor hubiera sido haberlas dejado donde estaban, parece cruel cortarlas así.

En aquel momento se escuchó que se aproximaba una kuruma á la verja de la quinta. Era la vizcondesa Kato. Sintióse intranquila el día después de haber rehusado la súplica de la viuda Kawashima, fué á la casa de Kataoka y se enteró con gran sorpresa de que ya había estado allí un comisionado de aquélla, retirándose con el consentimiento del general. Molestóla mucho ver que no sólo se había frustrado su plan para esperar á Takeo, sino que el asunto hubiera progresado tanto; mas, ya que no había remedio, deseaba ver á su sobrina en Zushi, porque el padre de ésta temía los efectos del golpe que había de recibir al saber las nuevas tan lejos de su casa, y para traerla á la morada de su padre.

—Cuánto placer en verte, querida tía; acabábamnos de nombrarte.

—Rogocijada de veros, vizcondesa—dijo Iku, y volviéndose á Nami—¿no ves, señora, como Iku tenía razón?

—¿Cómo te sientes, mi querida Nami-san? Espero que nada grave habrá ocurrido desde el último ataque.—Mas, no pudo mirar á Nami de frente.

—Nada en absoluto, gracias,—respondió Nami— voy mejorando. Pero, ¿cómo estás, querida tía? No tienes buen aspecto.

—¿Yo? Es que me duele un poco la cabeza; quizás sea el tiempo. ¿Has tenido noticias recientes de Takeo-san?

—Sí; me escribió anteayer desde Hakodate. Vuelve pronto. No; no me ha fijado la fecha: dice que me trae algo.

—¿Sí? Es demasiado tarde ya. ¿No son las dos?

—¿Por qué te apresuras tanto?—preguntó Nami.
—Estás en tu casa. ¿Cómo está O-Chizu-san?

—Oh, te envía muchos recuerdos.

Diciendo esto la tía cogió una taza de te que le sirvió Iku, pero tan distraída estaba que se olvidó de tomarla.

—Señora, nada de cumplimientos. ¿Queréis un poco de pescado?—preguntó Iku.

—Si me haces el favor...

La tía de Nami se estremeció como si despertara, fijó la vista un momento en la cara de ésta y luego apartó los ojos.

—No, déjalo; no tengo tiempo hoy. Nami-san, disponte á venir conmigo.

—¿Contigo? ¿A dónde?—preguntó la joven sorprendida.

—Sí; tu padre quiere verte, tranquilizarse respecto á tu enfermedad y conocer los consejos del doctor. Tu madre en Bancho... ella también está de acuerdo.

—¿Desea verme? ¿Y para qué?

—Para... tu enfermedad, como he dicho. Y luego tu padre te echa de menos.

—¿Será cierto?

Nami tenía un aire de sospecha y lo mismo le ocurría á Iku.

—¿Pero, os quedaréis aquí esta noche?—preguntó Iku.

—No, no puedo. Espera el doctor, ¿sabes? y es mejor partir antes de que anochezca. Hemos de tomar el próximo tren.

—¿Sí?

La anciana Iku se sorprendió, Nami no podía entender lo que pasaba; pero era su tía la que traía el mensaje y su padre quien la llamaba; además, su suegra lo sabía. En todo caso, apresuró sus preparativos sin hacer más preguntas.

—¿En qué piensa tanto, tía? No hay necesidad de que vaya mi nodriza, puesto que he de volver pronto.

La tía, dejando su asiento y ayudando á Nami á vestirse, dijo:

—Llévala contigo; la necesitarás.

A las cuatro ya se encontraban á la puerta tres kurumas y luego partieron todas. Nami se vistió con un ligero vestido de crespón gris plateado, cinturón de satín azul celeste, una flor de jazmín del Cabo en el cabello y llevaba en la mano derecha su parasol á rayos. Cubriéndose la boca con el pañuelo en un acceso de tos, dijo:

—Bien, Iku, estaré ausente algún tiempo. Sí, hace mucho tiempo que partí de allí; y, luego, ese vestido que he estado haciendo... todavía me queda un poco. Lo acabaré yo misma cuando vuelva. El caso es que esté terminado para cuando él vuelva.

La tía se ocultó el semblante con el parasol. Le brotaban las lágrimas sin poder contenerlas.

Existe un abismo del destino que espera silenciosamente nuestra llegada: en él caemos inconsciente é inevitablemente. Mas al aproximarnos á sus bordes nos asalta un sentimiento indescriptible que nos sobrecoge de terror.

Nami, que partió para su casa sin preguntar nada más á causa de su confianza con su tía y regocijada con la perspectiva de abrazar á su padre, sintió un vago temor, no bien se vió en la kuruma, y mientras más pensaba en su extraña situación, más se extraviaban sus conjeturas. Dudaba de la veracidad de las palabras de su tía, recordando su aspecto inusitado, y no pudo aclarar sus ideas en el tren. Cuando llegó á la estación de Shinbashi, tenía el ánimo tan oprimido por un vago presentimiento, que casi olvidó el regocijo de volver á su casa tras una ausencia tan larga.

Bajóse del tren, y auxiliada por su nodriza, siguió á su tía lentamente hasta salir del gentío. Cuando traspasaba la verja, vió un oficial parado cerca de ellas. Hallábase departiendo con otra persona y volviéndose de pronto hacia Nami, cambió una mirada con ella. Era Chijiwa. Mirándola con fijeza, se descubrió intencionalmente y sonrió. Esa mirada y esa sonrisa la hicieron estremecer, y pálida como un muerto, sintió Nami un desagradable escalofrío que no provenía de su enfermedad, un frío glacial que la acompañó algún tiempo cuando se hubo alejado en el coche.

Su tía no hablaba y Nami guardó silencio. El sol de la tarde que brillaba en la ventana del coche,

descendió en el horizonte y llegaron á la casa de Kataoka, entre la sombra del crepúsculo perfumado por la suave fragancia de las flores del castaño. Había carros y literas cerca de la puerta y en el pórtico lateral ardía vivamente una lámpara, escuchándose del interior la conversación de hombres: toda la escena indicaba una mudanza. Preguntándose qué significarían estas cosas, bajó Nami del coche ayudada por su tía y su nodriza, apareciendo en el pórtico á recibirlas madama Kataoka, diciendo:

—¡Oh, tan pronto! Os doy las gracias por vuestra molestia.

La vista de madama Kataoka se deslizó del semblante de Nami al de madama Kato.

—¿Cómo estás, madre?—preguntó Nami.—¿Dónde está mi padre?

—En su despacho,—contestó brevemente madama Kataoka.

En este momento se oyeron las alegres voces de sus hermanitos gritando el nombre de Nami; y sin atender á las advertencias de la madre se abalanzaron á ella. Koma también venía detrás.

—¡Oh, Mi-chan y Ki-chau! ¿Cómo estáis? ¡Oh, aquí está Koma-chan!

Michi, colgado del brazo de su hermana, dijo:

—¡Qué contento estoy! Te quedarás siempre con nosotros. Todas tus cosas han venido.

Nadie se atrevió á hacer callar al niño, y las miradas de la madrastra, la tía, Koma y las criadas se fijaron en la cara de Nami.

—¿Qué?

Nami, asombrada, pasaba su vista del semblante

de su madrastra al de su tía y á las cosas apiladas en una habitación cerca del pórtico. No cabía duda; eran su tocador, su neceser, cajas y cuanto había dejado en su casa.

Le acometió un temblor y dando traspiés se asió fuertemente del brazo de su tía.

Todos lloraban.

Escucháronse pesados pasos y apareció su padre en escena.

—¡Ay, padre mío!

—Mi querida hija, ¡cuánto ansiaba verte!

Y el general oprimió contra su pecho el pequeño cuerpo de la temblorosa y desconsolada Nami.

Pasó media hora y reinó en la casa un silencio sepulcral. En el despacho del general, había dos personas, padre é hija. Estaban en la misma posición del día en que ella dejó la casa para no volver, Nami, escuchando las últimas enseñanzas de su padre: la hija postrada, llorando sobre las rodillas de aquél, el padre acariciando con ternura á la hija que sollozaba con el corazón destrozado.

X

Takeo y su madre

—¡Extra! ¡Extra! ¡Extra sobre el problema coreano!

Gritando estas palabras, pasó un vendedor de periódicos sonando una campanilla y detrás de él venía una kuruma que se detenía en la puerta de la casa de Kawashima, en Bancho. Takeo regresaba á su casa.

Sabía la viuda que había de enojarse Takeo al saber lo que se hizo durante su ausencia, pero vence quien da primero, y el mismo día que Yamaki trajo la buena nueva, al punto devolvió cuanto pertenecía á Nami á la casa de Kataoka. Pensó que era algo cruel, pero sólo bastarían medidas enérgicas; satisfecha de los pasos que había dado, estuvo de buen humor dos ó tres días. Por otra parte, los criados, que naturalmente se inclinaban á la joven pareja, se espantaron del acto tan inhumano de la viuda y esperaron una escena á la vuelta de Takeo. Y en medio de esta situación se apareció el joven

en su casa. La carta enviada con urgencia por madama Kato para informarle de lo que había ocurrido, se cruzó con él en el camino; y, como es de suponer, su madre no mencionó lo ocurrido en sus cartas; así es que estaba en la más completa ignorancia de su desgracia y, se aprovechó de la primera oportunidad para volver á su casa tan pronto como llegó á la estación naval de Yokosura.

Una camarera que venía de la dirección del salón hizo señas á una criada que hacía el te, y dijo:

—Oye, Mat-chan, nuestro amo no parece saber nada de lo que ocurre. Hasta trajo algo para su esposa.

—¡De veras!—exclamó Matsu.—¿Dónde en el mundo se encontraría otra madre que divorciara la esposa de su hijo durante su ausencia? Mas, espera y verás lo furioso que él se pone. ¡Esa vieja es un demonio!

—Cierto que sí—dijo la camarera.—Jamás vi una vieja tan regañona, miserable é inconsiderada. Nos riñe, pero no sabe nada. La verdad es que no fué más que la hija de un pobre labrador de Satsuma. Me disgusta estar en una casa como esta.

—¿Pero, no ha sido capaz el amo para descubrir que le iban á arrebatarse su propia esposa?

—Pues, no; eso no se pudo evitar,—continuó la camarera.—Sabes que se hallaba muy lejos. Nadie podía esperar que una madre lanzara la esposa de su hijo sin consultarle, como si fuera una simple criada. Y, luego, sabes que él es todavía joven. Lo siento mucho por él y más aun por su esposa. ¿Cómo se sentirá? ¡Pobrecilla! ¡Bah! ¡Vaya! Ya co-

mienza á rugir la vieja. Mat-chan, si no te ocupas de tus tareas te regañarán.

En una estancia interior, se escuchaban la acaloradas voces de la viuda y su hijo.

—Pero prometiste esperar hasta mi vuelta,—decía Takeo, quejoso.—Y ni siquiera me escribiste, haciendo esto por tu propia cuenta. No puedo tolerarlo. Me detuve en Zushi, en camino para esta casa, y, no encontrando á Nami, pregunté á Iku, contestándoseme que Nami había venido á Tokyo para un asunto. Me pareció todo eso muy raro, pero nunca soñé que tú... Esto es demasiado.

—Hice mal—se escuchó decir á la viuda,—perdóname. No me desagradaba Nami en manera alguna; pero por que te amo...

—Siempre piensas en mí, pero no tienes consideración á nadie más, ni te paras en la reputación, ni en los sentimientos humanitarios.

—Takeo, ¡presumo que eres un hombre y no una mujer! ¿Aún piensas en Nami á pesar de habésete humillado tu madre?

—Pero es que lo que has hecho es más de lo que puedo resistir,—dijo Takeo.

—No obstante, ya es tarde. Convinieron en ello, y el asunto se terminó de una vez y para siempre. ¿Qué puedes hacer en contra ahora? Te digo que si haces una necedad, arrojarás la vergüenza no sólo sobre tu madre, sino también sobre tí mismo.

Takeo, que la escuchaba en silencio, se mordía los labios con furia. Levantóse de pronto, estrellando contra el suelo un cesto de manzanas escogidas, traídas para su esposa enferma, dijo:

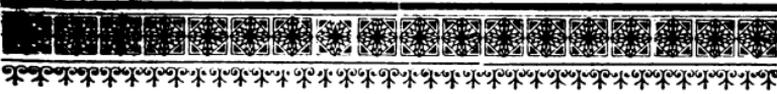
—Madre, nos has matado, á Nami y á mí. No volveré á verte jamás.

Takeo se dirigió inmediatamente á su buque de guerra en Yokosura.

Llegando á su crisis el problema coreano, el gobierno japonés declaró la guerra á China á mediados de Julio; el 18 del mismo mes se nombró al Vicealmirante Kabayama, Jefe de la División de Artillería, y se dispuso que el *Matsu-shima*, buque insignia de las escuadras unidas, á bordo del cual se hallaba Takeo, se reuniera con los otros buques en Saseho. Prefiriendo ser más bien el blanco de una bomba, á conservar una vida inútil, Takeo partió inmediatamente á prestar sus servicios en el Oeste.

El general Kataoka construyó á toda prisa una casa cómoda para Nami en lugar tranquilo y ameno de su extensa propiedad, y, llamando á Iku que esperaba en Zushi, dispuso que habitara allí con su hija. En Septiembre fué llamado al servicio, y después de encomendar á Nami tiernamente á los cuidados de su esposa, partió el 13 del mes al cuartel general de Hiroshima, en el séquito imperial, y al mes siguiente se dió á la vela para la península de Liaotong con los generales Oyama, Yamaji y otros.

Todas las pasiones y conflictos del ánimo de los que hasta aquí hemos seguido, se vieron por un tiempo absorbidos en la gran agitación nacional producida por la guerra chino-japonesa.



LIBRO TERCERO

I

El combate del Yalu

Eran las cinco de la tarde del día 16 de Septiembre de 1894, cuando nuestras escuadras unidas, aparejadas para el combate, partieron de la boca del río Tai-dong hacia el noroeste. Iban en busca de la escuadra enemiga, que, según informes había sido avistada cerca del río Yalu, protegiendo unos transportes chinos. Nuestra escuadra llevaba el propósito de empeñar combate decisivo.

Abría la marcha la primera división volante, con el *Yoshino*, de buque insignia, y compuesta del *Takashiho*, el *Naniwa* y el *Akitsuishima*. Seguía después el grueso de la escuadra, compuesto del *Chi-yoda*, el *Itsukushima*, el *Heshidate*, el *Hiyei* y el *Fuso*, con el *Matsushima* de buque almirante. Cerraban la marcha el cañonero *Akagi* y el buque mercante protegido *Saikyo-maru*, llevando a bordo al jefe de la división de artillería, que, según se decía, deseaba presenciar un combate. Los doce bu-

ques salían del puerto aquella tarde formando una larga línea, y, hendiendo las ondas del Mar Amarillo, avanzaban semejándose á una gigantesca serpiente marina. Después de un rato, sepultóse el sol en el mar, elevóse por oriente la luna llena y en su clara luz parecían flotar los buques en olas de oro y plata.

Habíase cenado en la cámara de los oficiales del *Matsushima* y, si bien hacía tiempo que se habían alejado los de servicio, aún quedaban algunos jóvenes entretenidos en viva conversación. Habíanse cerrado cuidadosamente las ventanas de popa para no dejar escapar la luz, y el calor de la cámara les enrojecía la cara. Sobre la mesa había unas tazas y platillos y una fuente de tortas en la que sólo quedaba la última esperando su triste suerte á manos de algún futuro almirante.

—Ya Phyong-yan puede haber caído en manos del ejército,—dijo un pequeño y animoso alférez, echando una mirada á sus compañeros y descansando la mejilla en la mano.—¿Pero qué diremos de la armada? ¡Ved como pasamos tantas horas en la ociosidad!

Un oficial de pagador, mozo bien alimentado, observó sonriente desde su rincón:

—¿No sabéis que termina la función no bien se alza el telón? Un largo entreacto es cosa divertida.

—¡Qué calmoso! Estoy cansado de jugar á la gallina ciega con el *Pey-yang*; si se nos pierden esta vez no podré descansar hasta que forcemos la entrada del golfo de Pechili y saludemos el fuerte de Taku con una bomba.

—Eso sería lo mismo que meterse en un saco;—

contestó vivamente cierto guardiamarina. — ¿Qué harías si te bloqueasen?

— ¿Qué? ¿Bloqueado? Quisiera verlo; pero siento decir que no son lo bastante vivos para bloquearnos. No intento desanimarte, pero me parece que esta vez no logramos el combate que perseguimos. Es cosa que desespera la sempiterna lentitud de los chinos,

Escucháronse pasos y se presentó un hombre alto en la puerta.

El pequeño alférez se volvió.

— ¡Hola, piloto de rota! ¿Qué noticias nos das? ¿Algo á la vista?

— Nada más que la luna. Haréis bien yendo á descansar tan luego se pase lista—Comiéndose el pedazo de torta que quedaba en el plato, continuó: — Quedáos un poco sobre cubierta y tendréis un hambre atroz. Muchacho, trae más tortas.

Otro alférez, que llevaba puesta una camisa roja, sonreía maravillado de ver tanto apetito. El alférez alto, observándole, dijo:

— Querido amigo, ¿qué dices? ¿No es el privilegio de nosotros los héroes de la cámara de oficiales, comer nuestras tortas y mirar con superioridad á los veteranos? Pero, hombre, ¿que tú no sabes que la infantería de marina no cabrá en sí de gozo mañana? Si fracasamos mañana no será por causa de ellos, sino de...

— ¡Oh, No ponemos en duda nuestro valor,—dijo un piloto, el mayor del grupo.—No deseamos más que nervio. Guardáos de la temeridad.

— Hablando de eso, me ha sorprendido el sub-jefe de la batería. Nó;—dijo otro del grupo.— ¡Qué va-

lor! Pero aunque nosotros tenemos la vida en poco, él se excede observando que es una ganga perder la suya.

—¿Te refieres á Kawashima? Sí, recuerdo que una vez, ¡ah! fué en la demostración á la altura de Wei-hai-wei donde realizó esa hazaña tan peligrosa. Si lo hicieran comandante en jefe, pudiera, quizás, como el número tres, conducir nuestra escuadra al golfo de Pechilí, y, no satisfecho con Taku, los despacharía por el Pei-ho y trataría de capturar al viejo Li-Hung-Chang.

- Pero está cambiado por completo. Se encoleriza por nada. Una vez le dije alguna chanza sobre la baronesa Kawashima y se puso negro; poco faltó para que me echase por tierra. Temo más un golpe suyo que á una bala de 30 centímetros del *Ting-yueng*. Me sospecho que le ha sucedido algo. Dí, Garibaldi, tú que eres su gran amigo y sabes el secreto.

El piloto miró al hombre de la camisa roja que tenía ese apodo.

En este momento el muchacho trajo un plato de tortas y terminó la tertulia de la cámara.

A las diez de la noche se pasó lista; los que estaban de servicio se presentaron á sus jefes y los francos se recogieron. Estaba prohibido hablar en voz alta y tener luces, y la cubierta y el sollado quedaron silenciosos y desiertos. Con excepción de la solitaria voz de mando del piloto de rota, no se escuchaba más que el sonido de la hélice y el incesante latir de la máquina como el de un enorme corazón, mientras que el humo silencioso salía de las bocas de la chimenea flotando blanco á la luz de la luna.

En el puente se veían dos sombras humanas una permanecía parada en el extremo izquierdo, la otra se paseaba yendo y viniendo silenciosamente.

La última era Takeo, segundo jefe de la batería número..... que servía su guardia de cuatro horas en el puente.

Llegaba ahora al extremo derecho. Levantando su catalejo, recorrió el lejano horizonte, y, no viendo nada, bajó la mano derecha, quedándose con la izquierda sobre la barandilla. Dos oficiales venían hablando en voz baja del cañón delantero y pasando por debajo del puente desaparecieron en las sombras. Reinaba la más profunda tranquilidad sobre cubierta, enfriábase el viento y la luna derramaba sobre todo su cristalina luz.

Más allá de los oscuros vigías estacionados en la proa, sólo se veían las blancas aguas del Mar Amarillo, y allá, á babor, la confusa sombra de una isla peñascosa y el casco más confuso aun del *Aki-sushima* que iba delante. Las chispas de la chimenea salían en tropel á desvanerse en el cielo otoñal en cuya bóveda aparecían salpicadas y dispersas las estrellas, dilatándose de mar á mar la vía láctea pálida y apenas sin brillo.

Tres meses hacía que Takeo se había separado de su madre, presa de la más viva cólera.

Pero, ¿cuántos cambios no había experimentado en esos días? Primero, había estado sobreexcitado con el problema coreano; y luego, en la bahía de Saseho, le habían angustiado el corazón las tristes notas de las músicas de despedida. La declaración de guerra casi había duplicado su valor, y en el

bombardeo de Wei-hai-wei había recibido su bautismo de fuego. Seguíanse, una detrás de otra, cosas maravillosas, sin darle tiempo para pensar: mejor para él, porque así pudo evitar detenerse en lo que le consumía el alma. En esta hora de prueba para su patria, perdía de vista sus asuntos particulares aun cuando fuesen para él cuestión de vida ó muerte. Así pensaba; y enterrando su aficción; seguía su deber, y con un valor rayano en la desesperación entraba en batalla, porque para él la vida no tenía más valor que una partícula de polvo.

Pero cada vez que llegaba una noche pacífica en el puente ó una noche de desvelo en su hamaca, quedaba á merced de sentimientos intolerables. Pasaba el tiempo; ahora se había embotado la intensidad de la pasión ante la cual todo había cedido, y su cólera, endurecida, por decirlo así, le consumía el alma en secreto. Su madre le había escrito dos veces, haciendo votos por que volviera sano y salvo. Enfadado como estaba con ella, pensó en lo solitaria que estaba la anciana y pidiéndole perdón por su ligereza, le contestó con afectuosa solicitud. Mas, sus sentimientos hacia ella no podían cambiar; habíanse arraigado hondamente en su pecho y noche tras noche, y á través de sus sueños sobre la destrucción de la escuadra de Pei-yan y su muerte en el combate, se le aparecía el semblante de la joven enferma, envuelta en un velo de nívea blancura.

Transcurrieron tres meses sin la menor noticia sobre ella. ¿Vivía aún? Sí; vivía, puesto que no pasaba un día sin que pensara en ella, lo que también debía sucederle á ella. ¿No habían hecho el voto de vivir y morir juntos?

Takeo pensaba esto y en la última vez que la vió, en aquella obscura noche de Zushi cuando le gritaba que volviera pronto, parada en la verja para despedirlo. Tristemente alzó la vista, sintiéndose sobrecogido como si estuviese para salir de la clara luna una esbelta figura envuelta en un manto blanco.

Quizás la escuadra encontraría al enemigo al día siguiente; y si le matase una bomba, su existencia pasaría á ser un sueño. Pensó en eso y luego en su madre que se quedaría sola. Recordó á su difunto padre y los días que pasó en Yedajima: y de nuevo su espíritu volvía á Nami-san.

—¡Kawashima!—

Volvióse Takeo apresuradamente al sentir una palmada en la espalda. Era el piloto de rota.

—¡Qué hermosa está la noche! Nadie diría que vamos á batirnos.

Asintiendo Takeo, se restregó los ojos, humedecidos por las lágrimas, y elevó su antejo. Estaba blanca la luna y no se veía más que la vasta extensión de las aguas.

Luego se puso la luna, tornándose el cielo púrpuro. Amaneció el 17 de Setiembre en el Mar Amarillo. Serían las seis de la mañana y ya la escuadra se hallaba cerca de la Isla Haiyang. Habíase ordenado que el cañonero *Akagi* practicase un reconocimiento en las ensenadas de ésta y lo verificó infructuosamente. Prosiguió su derrota la escuadra y pronto se halló á la altura de Takooshan con las islas Talu y Seolu á babor.

A las once salía Takeo de la cámara de los ofi-

ciales, disponiéndose á subir á cubierta, cuando se oyó una voz gritando:

—¡Humo!

Al mismo tiempo sonaron pasos precipitados sobre cubierta. Takeo se detuvo en la escalera con el corazón latándole violentamente. Un marinero que acertó á bajar se detuvo cambiando con él una mirada.

—¿Está el enemigo á la vista?

—Así parece.

Vivamente excitado, saltó Takeo sobre cubierta y encontró á la gente corriendo en todas direcciones; oíanse pitazos y silbidos y se izaba una bandera de señales en el mástil. La infantería de marina hallábase formando grupos en la proa, y en el puente, el comandante, el comandante segundo y otros oficiales miraban todos con fijeza en una dirección. Allá lejos, en el horizonte, podían contarse las negras rayas, una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve y diez.

Era la escuadra enemiga.

En el puente, un oficial sacó su reloj y dijo:

—Hora y media más; si todo está dispuesto, podremos comer opíparamente antes de emprender la tarea.

Otro que se retorció el bigote en medio del grupo, añadió:

—Nos hacen esperar, pero, amigos, aprovechad el tiempo.

Luego se izó la bandera de la marina imperial hasta el tope del palo mayor y se oyó desde el puente el sonido de la corneta. Corrían los hombres unos á sus respectivas brigadas, otros subían á la

cofa mayor, bajaban al cuarto de máquinas, al cuarto de torpedos, á la enfermería, yendo á derecha é izquierda, sobre el puente y hacia la popa. En un instante se terminaron los preparativos y quedó el buque listo para el combate. Siendo cerca de las doce, se dispuso una refección antes de entrar en acción.

Takeo había estado auxiliando á su jefe que daba órdenes á los cabos de cañón sobre las piezas de tiro rápido á estribor. Entró, pues, algo retrasado en el salón de los oficiales y encontró á sus compañeros ya sentados á la mesa. El pequeño alférez estaba grave y el piloto se enjugaba la frente al inclinarse sobre su plato. Los jóvenes guardiamarinas miraban á sus compañeros al dar éstos sus órdenes de vez en cuando. Luego se levantó silencioso de su asiento uno de ellos: era el alférez de la camisa roja.

—Camaradas, me regocija ver lo indómito que son vuestros espíritus y que os podéis sentar y comer con apetito á la vista del enemigo. Pero dudo mucho que nos encontremos todos en el rancho de esta tarde. Démonos, pues, las manos y despedámonos unos de otros.

En su consecuencia, estrechó la mano de Takeo, que estaba á su lado, sacudiéndola con afecto. Al mismo tiempo se levantaron todos, dándose las manos y tirando unos platos de la mesa en su apresuramiento. Un alférez señalado en la mejilla izquierda por una gran cicatriz, tomó la mano del cirujano.

—Cuando estemos heridos, tratáanos con delica-

deza; esto es para sobornarte,—y le sacudió la mano cuatro ó cinco veces.

La ocurrencia provocó risas; mas se pusieron graves y uno tras otros fueron saliendo de la cámara, dejándola con sus pilas de fuentes vacías.

A las doce y veinte Takeo recibió órdenes de su jefe para subir al puente á ver al segundo comandante. Desde esa posición ventajosa vió que la escuadra ya estaba dispuesta y navegaba en conserva, yendo delante los cuatro cruceros de la división volante, separados por una distancia de cuatro mil metros, seguíanles los seis buques del grueso de la escuadra detrás del *Matsushima* y á estos seguían el *Akagi* y el *Saikyo-maru*, á la izquierda y cubiertos por aquéllos. Ondeaba alegremente la bandera en el palo mayor, las chimeneas despedían nubes de humo negro y las blancas ondas del Mar Amarillo se disolvían en espumas al chocar contra la proa. Los oficiales del puente hacían frente al viento con sus anteojos á la cara los unos, y los otros con la mano en el pomo de la espada.

Allá, al norte, las diez rayas de humo; vistas al principio cerca del horizonte, crecieron gradualmente y parecía que la escuadra del enemigo brotaba del seno de las aguas, teniendo ya visibles sus mástiles, chimeneas y cascos, distinguiéndose hasta las banderas de los topes. Tomaron posición en el centro los dos grandes acorazados, el *Ting-yuen* y el *Chen-yuen*; formaron el ala izquierda el *King-yuen*, el *Chih-yuen*, el *Wei-yuen* y el *Tsi-yuen*; y el *Lai-yuen*, *Ching-yuen*, *Chao-yuen* y *Yang-wei* el ala derecha, viéndose cuatro acorazados más y seis torpederos al oeste.

Las divisiones japonesas avanzaban en conserva hacia el centro del enemigo; pero cuando estaban á diez mil metros, la división volante viró hacia la izquierda para atacar la derecha del enemigo, dirigiéndose también á babor el resto de la escuadra. Al momento, se cambiaron las líneas de batalla de la forma de T á la de V y en esta posición se aproximaron hasta una distancia de seis mil metros. Entonces, se vió humo blanco elevándose de la proa del *Chen-yuen* y aullaron por el aire dos bombas de 30 centímetros, cayendo en el mar á babor de la división volante, levantando montañas de agua en el mar.

El mar Amarillo, cuyas aguas había plateado la luna la noche anterior, y que en la mañana sólo había reflejado en su tranquila superficie blancas nubes, islas azules y pacíficas aves, era ahora el teatro de un tremendo combate.

Takeo volvió del puente á su cañón de tiro rápido; su jefe estaba ocupado con el anteojo y los artilleros se habían despojado de las chaquetas, desnudando sus robustos y morenos brazos hasta el codo; todos esperando órdenes en silencio. A este tiempo, la División Volante, haciendo fuego al ala derecha del enemigo, iba á pasarlo, y se aproximaba á todo vapor el *Matsushima* á la cabeza del grueso de la escuadra. El enemigo formó en cuña su línea de combate con el *Chen-yuen* y el *Ting-yuen* en el ápice y al cerrar su línea se presentaron visibles á la simple vista los dos acorazados. De momento recordó Takeo que los había visto en Yokohama algunos años antes y los contempló con creciente interés. Cierto que los buques eran los mismos, pero

viéndolos vomitar humo negro, batiendo las olas del mar hasta formar espumas, lanzando fuego de sus cañones y aproximándose amenazadores, sintió una invencible aversión mezclada de terror como si fuesen bestias espantables plantadas en su camino.

De pronto, se escuchó un ruido atronador y algo zumbó por el aire cerca del palo mayor del *Matsushima*. Cayendo al mar, elevó el agua en tromba de unos veinte pies de altura. Takeo se estremeció, mas, pronto recobró su aplomo, notando también que una fila de sus subordinados vaciló un instante. Mientras tanto el buque proseguía su marcha. Tres, cuatro, cinco bombas estallaron sucesivamente, tocando una de ellas un bote de la banda de babor y el resto inundando el buque de agua.

—Capitán, ¿hasta cuándo hemos de contener nuestro fuego?—Preguntó Takeo impaciente.

Era la una y cinco: dióse la orden de «cuatro mil metros» á las baterías de estribor; se ajustó el ángulo, se cogieron las cuerdas y a la voz de ¡fuego! disparó una andanada el *Matsushima*, recibiendo el buque una sacudida y elevándose un grueso volumen de humo por la banda de estribor. Al momento y como si fuese una contestación, una gran bomba del enemigo pasó rozando la chimenea, cayendo al mar. Dos ó tres de los artilleros bajaron la cabeza involuntariamente.

Volvióse el jefe de la batería, preguntando:

—¿Quién fué? ¿Quién hizo ese saludo?

Prorrumpieron en risas Takeo y los artilleros.

—¡Fuego! ¡Firmes! ¡Fuego!

Disparáronse sucesivamente todas las piezas de

estribor; el gran cañón de 32 centímetros también rugía sacudiendo al buque sus disparos. Los barcos que venían detrás entraron también en fuego. De pronto, hizo explosión cerca del cañón una bomba del enemigo, derribando á uno de los servidores de la pieza que llevaba una bomba. Cayó detrás de Takeo; trató de levantarse i volvió á caer brotándole la sangre y manchando el uniforme de aquél.

—¿Quién es?—preguntó uno.

—¿No es Nishiyama? Sí,—dijo uno.

—¿Está muerto?

—¡Fuego!—rugió el jefe;—y los artilleros se ocuparon del cañón.

Takeo ocupó su lugar disponiendo que se llevaran el cadáver; fijóse el jefe en su uniforme.

—Kawashima, ¿estás herido?

—No; no es más que una salpicadura.

—Bien. Vamos á vengar á los muertos.

Continuaron disparando los cañones incesantemente, marchando el buque á todo vapor. El grueso de la escuadra describió ahora un gran arco en torno del ala derecha del enemigo, poniéndosele á retaguardia. Terminado el primer encuentro estaba para empezar el segundo; quedaron en silencio las piezas de estribor del *Matsushima* y se enjugaron la cara los oficiales y artilleros.

Los buques japoneses guardaban ahora la posición siguiente: La División Volante había concentrado su ataque sobre el ala derecha del enemigo y desmantelado al *Yan-wei* y al *Chao-yuen* y se disponía á seguir al grueso de la escuadra después de describir un círculo para atacar al enemigo por retaguardia. El *Hiyei*, quinto buque de la escuadra,

demorado por su poca velocidad, estaba en peligro de ser embestido; y queriendo acortar la distancia que lo separaba del resto, determinó audazmente pasar por medio de la línea china. Lo logró, pero fué retirado del combate, averiado por el tremendo fuego que sostuvo. Quedaba haciéndole frente al enemigo, el *Akagi* pequeño buque de seiscientas toneladas que se batía desesperadamente para reunirse con el *Hiyei*. Los once buques de las dos divisiones conservaron sus líneas en orden inalterable.

De parte del enemigo, el *Chao-yuen* estaba ardiendo, el *Yang-wei* fuera de combate y desconcertada el ala derecha. Los tres buques del ala izquierda también perdieron la línea de combate por perseguir al *Hiyei* y al *Akagi* mientras que los torpederos se habían alejado mucho á un lado. Varios barcos con el *Cheng-yuen* y el *Ting-yuen* á la cabeza volvieron sus proas al ver á los japoneses á retaguardia y trataron de atacar en columna al grueso de la escuadra.

Esto inició el segundo encuentro; y habiendo comunicado el *Saikyo-maru* por medio de señales, que el *Akagi* y el *Hiyei* estaban en peligro, se dispuso fuesen en su auxilio los buques más rápidos de la División Volante: mientras tanto, el grueso de la escuadra describió un gran círculo, un buque detrás de otro, con el enemigo en el centro disparándole su artillería sin cesar. A las dos y media ya habían dado la vuelta completa en torno del enemigo, llegando al lado opuesto. Entonces, habiendo embestido la División Volante la línea del enemigo, los tres buques que hostilizaban al *Hiyei* y al *Akagi*

comenzaron á atacar del lado contrario. Así, pues, las divisiones japonesas tenían el enemigo entre ellas y estaba para comenzar el tercero y más reñido de los encuentros del combate.

Las dos escuadras en que se concentraban las fuerzas navales de ambas naciones, avanzaban una al lado de la otra trabando reñido combate. Como dos monstruosas serpientes, rodeando una gran ballena, así las aguas del mar Amarillo hervían y se rizaban en torno de ellas.

El grueso de la escuadra por la derecha y la División Volante por la izquierda, estrechaban al enemigo en opuestas direcciones y se libraba el combate con furor. Miétras éste se hacía más violento, más se olvidaba Takeo de sí mismo. Recordaba bien que cuando era escolar todo se le olvidaba en el ardor de un juego de pelota y que se sentía como si algo le impulsara: ahora era presa de sentimientos análogos. Se le enronqueció la voz dando incessantes órdenes, y se vió ocupado constantemente, exceptuando los momentos en que el buque se separaba de la escuadra enemiga para aproximarse de nuevo, ó cuando giraba para presentar la banda de babor y de consiguiente quedaban inactivos. Las bombas enemigas explotaban sobre el *Matsushima* hasta que se habían abierto las corazas de las baterías, chamuscado el maderamen y embarradas de sangre las cubiertas. Pero Takeo no sentía nada. El estampido de los cañones enemigos llevaban el compás con los latidos de su corazón y hasta le intranquilizaba una corta calma en medio del conflicto. Sus subordinados tampoco cuidaban de la explosión de las bombas y cargaban la pieza, ajus-

taban el ángulo, tiraban de la cuerda y cargaban de nuevo con la exactitud de un ejercicio de tiro al blanco y el ardor del verdadero combate. Se extinguía el incendio tan pronto se declaraba, se suministraban bombas sin esperar la orden y se llevaban al instante los muertos y los heridos. Todo el mecanismo belicoso obraba con admirable prontitud y suavidad.

En aquel momento la escena era la confusión misma. El humo grisáceo cubría el mar y el cielo, y entre sus mudables pliegues aparecían inesperadas banderas y mástiles obscuramente visibles; á cada segundo hendía los cielos el ruido atronador; las bombas algunas veces explotaban en el aire y el mar se elevaba constantemente en columnas de hirvientes espumas.

De pronto, gritó el jefe de la batería:

—¡Mirad, el *Ting-yuen* está ardiendo!

Por un claro en la nube de humo que los envolvía se vió envuelta en humaredas amarillas la proa del buque almirante del enemigo, que llevaba la bandera del dragón, y su tripulación, pareciendo otras tantas hormigas, corriendo en todas direcciones, presa de la mayor confusión.

Takeo y sus artilleros dieron un viva.

—¡Adelante! ¡Vamos á darle el golpe de gracia! Y con nuevos bríos volvieron á disparar las piezas.

Atacada por ambos costados, la escuadra enemiga se vió desconcertada. El *Chao-yuen* ya se había ido á pique y el *Yangwei* se escapó inutilizado; el *Chih-yuen* estaba á punto de irse á pique, el *Ting-yuen* estaba ardiendo y el *Lai-yuen* también se incendió. Ya la escuadra no podía mante-

nerse unida y dejando al *Ting-yuen* y al *Chen-yuen* el resto se escapó en todas direcciones. La División Volante partió al momento á darles caza. Y el grueso de la escuadra dirigió sus fuegos sobre el *Ting-yuen* y el *Chen-yuen*

Era inminente el cuarto encuentro.

Daban las tres de la tarde. El fuego á bordo del *Ting yuen* se extendía; pero permanecía allí, acompañándole valientemente el *Chen-yuen*, y las dos macizas moles de hierro hacían frente á los buques japoneses. Pero así como los sarracenos montados á la ligera, cabalgaban en torno de los cruzados y disparaban en vano contra las armaduras dobles de éstos, así las bombas japonesas rebotaban en las corazas de catorce pulgadas y estallaban en el aire. Como á las tres y media el *Matsushima* se hallaba frente al buque almirante enemigo. Cuando Takeo vió que los disparos de su cañón de tiro rápido daban contra los costados rebotando y explotando como fuegos artificiales sin objeto, se enfureció. Mordiéndose los labios y empuñando la espada, exclamó:

—¡Capitán, eso es infame! Mirad allá. ¡Ah, demonio!

El jefe, con los ojos inyectados, pateaba sobre la cubierta.—¡Fuego! ¡Fuego á su cubierta! ¡Á su cubierta!

—¡Fuego!—rugió Takeo.

Los enfurecidos artilleros disparaban sin cesar.

—¡Uno más!—gritó Takeo, cuando un ruido terrible sacudió todo el buque como si de repente hubiera estallado sobre ellos un volcán. Al mismo tiempo le

hirió algo como gotas de lluvia, lanzándole sobre cubierta.

Las dos bombas de treinta centímetros del enemigo habían hecho blanco en el cañón de tiro rápido y estallaron,

—¡Dios!—profirió Takeo al levantarse y volver á caer sobre cubierta. Sintió un dolor terrible en la mitad inferior del cuerpo, y al mirar en torno suyo, al caer, el lugar estaba cubierto de sangre, fuego y carne humana. El jefe no estaba allí y el reducto de la batería parecía una cueva en que se veía mover algo azul: era el mar.

Abrumado por el dolor y un hedor indescriptible, Takeo cerró los ojos. Sólo podía escuchar los quejidos de agonía de los heridos, el chasquido de la madera ardiendo, los gritos de—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Aparejar las bombas!—y al mismo tiempo, pasos que se acercaban precipitadamente.

De pronto, se sintió levantado por manos fuertes. Al tocar sus piernas le pasó un dolor intenso por el cerebro y con un grito cayó hacia atrás desfallecido. Parecíale que un vapor rojo se elevaba delante de sus ojos cerrados y perdió el conocimiento.

II

En tiempo de guerra

Á mediados de Octubre ya había partido la Primera División para el teatro de la guerra del Cuartel General de Hiroshima y pronto comenzaron á llegar á la ciudad los soldados de la Segunda División. Como se había convocado una Dieta extraordinaria, sus seiscientos miembros ayudaban á acrecentar la multitud: por todas partes resonaban las calles con el marchar de las tropas, el retintín de las espadas y el estruendo de las kurumas.

En la calle principal de la ciudad, veíanse en el frente de las casas unas tablillas con «S. A. I. El Jefe del Estado Mayor», «Primer Ministro Ito», «Teniente General Kawakami», y otros nombres por el estilo, indicando sus alojamientos. Mas abajo, casi todas las casas estaban rotuladas con el número y capacidad de sus habitaciones, y las que estaban ocupadas por los soldados que no hallaban cabida en los cuarteles, se señalaban con el nombre de los oficiales, el número de los hombres y el de su compañía. Acá y acullá notábase inusitada actividad en las

nuevas casas de comercio de particulares, mientras en los grandes almacenes de abastos el empaque de provisiones acrecentaba la confusión. En medio de toda esta perturbación se encaminaba un general á caballo apresuradamente al Cuartel General; detrás de él se precipitaba hacia la oficina del telégrafo un repórter en su kuruma; y, luego cruzaba la calle alguien que venía de la estación del ferrocarril, llevando una maleta y la espada envuelta en paño amarillo, acompañado de un hombre de rostro curtido por el sol y vestido con un traje de verano gastado por el uso. Este parecía haber acabado de desembarcar en Usina del teatro de la guerra. Detrás pasaba inmediatamente un Ministro de Estado, muy pensativo y cuyo semblante es familiar á los lectores de los periódicos, ofreciendo especial contraste con un obrero que mataba el tiempo tarareando una canción. En medio de esta conmoción, escuchaba la ciudad dos clases de música: el canto de guerra de los soldados del norte con acento especial y los dulces acordes del «Hiroshima», cantado por las alegres doncellas.

En la calle principal hallábase una casa sobre cuya puerta se ostentaba, entre otros, un rótulo de grandes caracteres que decía:—«Abastecedores del Ejército». En el espacio delante de la casa había montones de frazadas baratas, pesadas chaquetas y otros efectos y media docena de hombres se afanaban en su embalaje. En aquel momento un hombre ya de mediana edad, de frente algo calva y un gran lunar rojo debajo del ojo izquierdo, llegó á la puerta con un visitante. Se detuvo á decir algunas palabras al dependiente que dirigía el embalaje y se

disponía á entrar cuando observó una kuruma que subía la calle. Al momento conoció al hombre que la ocupaba, y gritó:

—¡Tazaki-san! ¡Tazaki-san!

La kuruma pasó sin fijar atención en las voces, pero retornó pronto, traída por un chico enviado á llamarla. El hombre que la ocupaba parecía haber pasado de los cuarenta y era de tez morena enrojecida y barba gris; llevaba puesto un obscuro «haori» de tela ordinaria, y un sombrero que parecía haber prestado largo servicio. Se presentó algo desconcertado por habersele llamado, pero luego reconoció al hombre parado en la puerta y preguntó en tono de sorpresa:

—Pues, ¿no es Yamaki-san?

—¿Cómo estás, Tazaki-san? ¿Cuándo llegaste?

—Llego ahora mismo en el último tren.—Y diciendo esto, Tazaki se apeó de la kuruma, dirigiéndose á la entrada andando sobre la paja y las cuerdas tiradas por el suelo.

—¿Pero dónde has estado?

En Saseho. Permanecí allí unos días y ahora voy de camino para casa.

—En Saseho. ¡Ah! ¿A visitar á Takeo-san?

—Sí.

—¡Será posible!—continuó Yamaki—y pasas por delante de mí sin entrar siquiera á saludarme. Y me sorprende también que mi hija y la anciana baronesa no me hayan escrito una palabra sobre tu viaje.

—¡Oh! Es que he venido con mucha precipitación.

—Pero, bien,—continuó Yamaki,—no hubiera sido molestia tan grande haber entrado un momento. En todo caso, ven ahora; has de hacerlo porque tengo que hablar contigo. ¿No puedes tomar el segundo tren? ¿Cómo está Takeo-san? Supe que estaba en el Hospital de Marina en Saseho, y deseaba visitarle; pero á la sazón se disponía á marchar la Primera División, y me ví tan ocupado, que sólo pude enviarle una carta de condolencia. ¡Ah! ¿De veras? ¿De modo que no se le dañó el hueso? ¿Fué en el muslo? Pues, me regocija saber que mejora; estoy seguro de que su madre se tranquilizará.

Tazaki miró su reloj y se puso de pie al momento. Yamaki lo detuvo, y dijo:

—¡Oh! No te apures tanto. Tengo algo para la baronesa que deseo le lleves. Tomarás el tren de la noche, ¿no es así? Te sobra tiempo para eso. Terminaré mis asuntos ahora y nos iremos á cualquier sitio para echar un párrafo, tomando nuestro saké. El pescado es exquisito en este lugar.

Estaba muy bajo el sol de la tarde sobre el río Amayasu, y su luz caía sobre un biombo de papel en una casa cerca de la ribera. El segundo piso de ésta se hallaba ocupado por una bulliciosa multitud de la Dieta, reunidos con algun fin social, miéntas que en una pequeña habitación de la planta baja, sostenían un animado coloquio Yamaki y Tazaki ante su saké. teniendo alejada á la criada.

Tasaki había sido mayordomo de la casa de Kawashima desde los tiempos del padre de Takeo, y aún desempeñaba el cargo desde su casa, que estaba próxima. No era hombre de especial habilidad; pero le repugnaba llenarse el bolsillo á expensas de

las rentas de su amo, y así la viuda y Takeo confiaban mucho en él, y se le había enviado en esta misión de visitar á su amo herido en Saseho.

Yamaki dejó en la mesa su copa de saké, y con la mano en la frente, dijo:

—La verdad es que sólo estuve un día en Tokyo y tuve que volver inmediatamente á Hiroshima sin tener oportunidad de enterarme. Parece, pues, que Nami-ko-san estaba muy mal. Sí, fué una acción cruel; pero, en todo caso, tenía que hacerse por el bien de la casa de Kawashima. ¿De veras? ¿Es decir, que está mejor y en Zushi de nuevo? Pero no se puede decir nada sobre esa enfermedad; sabes que es fatal por lo general. ¿Y qué me dices de Takeo-san? ¿Está furioso aún?

Tazaki descubrió la taza de sopa de pescado de la que se escapó el olor de las setas, y tomó un sorbo del apetitoso líquido, diciendo:

—Bien, ese es el punto difícil. La viuda lo hizo todo por el bien de la casa, y eso puede perdonársele fácilmente, pero, ¿no crees, Yamaki-san, que se excedió un poco en sus derechos maternos al aprovecharse de la ausencia del amo para divorciarla sin su consentimiento? Desde luego que la aconsejé que esperase su vuelta; mas, tú conoces su genio, que no puede esperar nada cuando forma un propósito, y así fué la consecuencia. Me inclino á simpatizar con nuestro amo en su cólera; pero tuve muchas molestias por causa de Chijiwa: me dicen que está en la China.

Yamaki miró la cara de su compañero.

—¿Chijiwa? Sí, pasó allá el otro día. También me causó no pocas molestias: tuve que pagar caro

nuestro superficial conocimiento. Fué tan atrevido que me pidió un regalo de despedida, explicando que, en caso de su muerte, pudiera suplir al acostumbrado regalo mortuorio. Dijo que si sobrevivía, volvería con la orden del Milano de Oro; y de este modo me sacó unos cien yens. Pero, ¿no volverá Takeo-san á Tokyo tan luego le den de alta?

—¡Oh, no! Se propone volver á la guerra.

—Bien, en todo caso, admiro su arrojo. Pero, ¿no te parece, Tazaki-san, que debía volver á su casa y reconciliarse con su madre? No sé cuánto amaba á Nami-ko-san: pero ya que están rotos los lazos del matrimonio y ella padece de enfermedad tan fatal, no creo que podría renovar las relaciones. En efecto, no le queda otro camino que olvidar lo pasado y volver la espalda á la brecha entre ellos. ¿Qué piensas de esto, Tazaki-san?

Tazaki respondió pensativo:

—Nuestro amo tiene índole tan noble, que, aunque su madre erró, á él le parece que no procedió bien él mismo. No obstante, mi visita de ahora fué obediendo á la baronesa, así que no hay necesidad de hablar de reconciliación, pero...

—Apenas parece correcto hablar de relaciones durante la guerra,—comenzó Yamaki,—pero no hay duda, lo que más le conviene es tomar segunda esposa. ¿Qué te parece, Tazaki-san? ¿No pudiera olvidarse de Nami-ko-san y al mismo tiempo hacer las paces con su madre? Un joven está propenso á tener en mucho á su primer amor, pero, cuando se encuentra con otra, con facilidad se enamora de ella.

—Sí; en eso piensa la baronesa, pero...

—¿Dices que sería difícil?

—Sabes que él tiene un carácter tan fuerte que...

—Pero, ¿no ves que es por el bien de la casa y el suyo?

Cesó la conversación de un momento. Arriba parecía que alguien había terminado un discurso, porque atronaban los aplausos. Se suavizó la luz de la tarde, y se oían muy distantes las cornetas de los cuarteles.

Yamaki introdujo su copa de saké en un lebrillo de agua y la pasó á Tazaki.

—Tazaki-san, ¿qué me dices de mi hija que está en Kawashima? Es tan torpe que no le será fácil ganarse las simpatías de la baronesa.

Como al mes del divorcio de Nami, Yamaki había enviado á su hija Toyo á la casa de Kawashima, para que la enseñara la viuda, según sus propósitos, y ahora ansiaba tener nuevas de ella.

Pero Tazaki sonrió como si se acordara de algo chistoso.

Cuando Takeo partió de su casa furioso, su madre le dirigió una mirada iracunda, y dijo:

—¡Eres un hijo desobediente! ¡Véte al instante!

La viuda sabía que Takeo había sido siempre un buen hijo, sin vacilar nunca en el cumplimiento de sus mayores exigencias; y así, aunque sabía que amaba mucho á Nami, creía firmemente que en el caso de que surgiera un conflicto entre los deberes para con su esposa y para con sus padres, desde luego que optaría por los últimos. Creyendo esto, si bien pensó que era algo aventurado el paso que iba á dar, se atrevió á divorciar á Nami, diciendo que lo hacía por el bien de T. k y la familia. Y

cuando vió la magnitud de la cólera de Takeo, descubrió por primera vez que había cometido un error y que una madre no tiene poder absoluto sobre su hijo.

Anteriormente, había contemplado con celos el amor de su hijo por Nami; mas, ahora, viendo que su afecto, estimación y autoridad no podían competir con el amor de una moribunda, sintióse como si su poder se hubiese destruído y la hubiesen arrebatado su presa. Continuaba entero su resentimiento por la acción de Takeo, y persistió en sus ultrajes á Nami mucho después de haber salido ésta de la casa.

Otra cosa más prestaba combustible á la llama. En efecto, allá en el fondo de su corazón abrigaba un ligero temor de haber sido injusta. En su sentir, el disgusto de Takeo carecía en absoluto de fundamento; pero comenzó á pensar en la posibilidad de que pudiera haber traspasado los derechos de una madre. Cuando estaba acostada é insomne de noche, mirando un débil disco de luz proyectado en el techo por una linterna, parecíale que una vocecita le susurraba al oído: «No tienes razón; eres culpable;» y esto la intranquilizaba no poco. No hay cosa en el mundo que nos haga sentir más fuertes que la convicción de que procedemos con razón, ni nada hay tan desagradable como el estar á punto de humillarnos á fuerza mayor. Cuando se mortifica á las bestias, rugen desaforadas; y el hombre, recordándole su culpa, se enfurece. La madre de Takeo se hallaba ahora en este estado, y este mismo sentimiento acrecentaba su invencible cólera. Pasando los días, Takeo no volvía ni tam-

poco escribía para confesarse él injusto, y el único recurso que quedó á la viuda para vencer su intranquilidad, fué el de dar rienda suelta á su enfado, y ni aún así lograba justificarse. Se enfurecía contra Takeo, contra Nami, contra el pensamiento de lo pasado y lo futuro, contra su propio aislamiento y soledad, y, finalmente, contra su propia impotencia, hasta que se sentía tan abrumada, que se quedaba dormida.

En la casa de Kawashima los criados se veían á menudo á punto de tener que recoger sus bártulos, á causa del continuo malhumor de la viuda. Al fin, las nuevas de los combates en la isla Phung y Asan conmovieron á la capital. La viuda estaba muy resentida porque Takeo había descuidado enviarle una carta de despedida al partir para la guerra; y su lamentable situación se empeoraba con la relación de otras madres que iban á Tokyo á despedir á sus hijos, ó les escribían para alentarlos. Hasta pensó en la posibilidad de que la muerte los separara para siempre: estando algo conmovida, condescendió á escribirle dos cartas á su hijo para enviárselas al teatro de la guerra.

La contestación de Takeo no se hizo esperar, Como un mes después, le llegó un telegrama del Hospital de Marina en Saseho, refiriendo su herida. La mano que tenía el papel le temblaba á pesar suyo; y, aunque supo poco después que iba mejorando, despachó á Tazaki para que la informara de su estado.

Sintióse consolada la viuda cuando Tazaki volvió de Saseho; tenía vivos deseos de ver á su hijo cuando se restableciera, pensando que lo mejor se-

ría buscarle una segunda esposa tan pronto terminara la guerra, esperando de ese modo alejar á Nami del ánimo de Takeo, para mantener la casa de Kawashima, y para compensar, según pensaba, su acto algo precipitado.

Encontrar una segunda esposa para Takeo fué el problema que revolvió en su mente desde el mismo día del divorcio de Nami. Con tal objeto, recorrió toda la lista de las hijas jóvenes de sus pocos conocidos; pero sin poder encontrar una que le agradara. Hallándose en esta faena, de pronto Yamaki envió á su hija Toyo á su casa, para que se instruyera en buenas maneras. Desde luego, que no tardó en comprender el propósito de Yamaki, y el hecho de que Toyo no era en manera alguna una joven irreprochable, pero el caso no era para andarse con excesiva escrupulosidad, y la viuda, que se hallaba perdida, accedió al fin á la súplica de Yamaki y la recibió á prueba.

El resultado de su examen era la causa de la sonrisa de Tazaki. Ni la viuda ni Toyo estaban satisfechas, y los criados escuchaban tantas cosas, que se reían de la pobre joven.

Al principio calma, y luego poco uso de municiones para rematar con un tremendo bombardeo, tal era la estratagema que empleaba la viuda contra todo el mundo. Nami había sido también objeto de ese ataque, y como era tan sensible, lo sintió vivamente. Ahora le tocaba á Toyo. Siendo ésta de tan feliz disposición que la permitía estar indiferente á cuanto la rodeara, no se ocupó de las municiones más que si hubieran sido gotas de lluvia,

lo que, como es natural, impulsó á la viuda á dar pasos más severos.

Toyo era de índole serena, como si estuviera envuelta siempre en las neblinas primaverales; de ánimo torpe, no sólo carecía de ambición, sino que á veces parecía carecer también de individualidad. Parada en un jardín una tarde primaveral, parecería que su cuerpo y alma se disolvían en las nieblas para eludir el contacto de las manos. Tal como era, desde que despertó al amor, comenzó Toyo á saber lo que le costaba en la casa de Kawashima. Apenas se levantaba por la mañana, se la ordenaba hiciera tal ó cual trabajo, y al final recogía como única recompensa palabras duras y el escarnio. Desde luego, que, por lo general, no le hacían mella los ataques leves; pero ni ella podía soportar el continuo maltrato. A no haber estado sirviendo en la casa de su amado, ya hacía tiempo que se hubiera fugado. Mas, recordando las repetidas instrucciones de su padre, sostuvo con valor muchos asaltos y pasó muchos días de amargura. A veces su situación se hacía casi insoportable y solía pensar lo duro que era amar, prometiéndose no volverlo á hacer en su vida. La viuda Kawashima hizo que la pobre Toyo fuese la válvula de seguridad de su perturbado malhumor; y ésta llegó á ser el hazmerreir de los criados. Sin poder ver siquiera el semblante de su amado, esperó en vano mejores días con una paciencia que nunca antes conociera.

Con la llegada de Toyo encontró la viuda nueva fuente de disgusto: «una joya perdida es inapreciable; la mujer que se ha ido intachable», reza el dicho. Aunque distaba mucho de ser igual á Nami,

Toyo, cuyos actos todos molestaban á la viuda, la recordaba con pesar á la que había maltratado anteriormente. Nami era joven modesta, de pocas palabras y apacible comportamiento, no tan vistosa á primera vista, pero muy considerada y hábil. La viuda, aprovechándose de su mansedumbre, no había vacilado nunca en reñirla; y no obstante, admitía en secreto que Nami era excepcionalmente despierta para su edad. Y en ella pensaba la viuda, á pesar suyo, cada vez que la presencia de Toyo la obligaba á comparar. Cada vez que sucedía algo desagradable estando Toyo cerca con su personalidad vaga é indecisa, sentada, con los ojos medio entornados y los labios entreabiertos, veía la viuda aparecerle delante la pálida cara y el cabello negro de Nami, que solía alzar la mirada inocentemente preguntando su voluntad. El corazón de la viuda se estremecía con un raro sentimiento de pesar y se esforzaba en alejar estos pensamientos con la sencilla excusa:—Hizo mal en enfermar.—Pero aumentaba el sentimiento extraño, sentimiento que ella equivocaba con un acceso de mal humor, que la hacía caer colérica sobre Toyo.

Sucedió, pues, que en el momento mismo en que Yamaki refería á Tazaki su aspiración de que su hija fuese la segunda esposa de Takeo, las relaciones entre Toyo y la viuda habían llegado á una crisis más inminente aún que la contienda entre el Japón y la China.

III

La convalecencia

Abrió Takeo los adormidos ojos despertado por el canto de los pájaros debajo de su ventana.

Extendió el brazo desde la cama y echó á un lado la cortina. La luz del sol de la mañana, que se elevaba sobre las colinas, penetró por la ventana; las colinas estaban veladas aún por las nieblas matinales, pero el cielo del otoño estaba claro, y contra él se destacaban las ramas de un cerezo en su atavío carmesí que crecía delante de la ventana. Entre las ramas saltaban y gorjeaban dos ó tres pajarillos que al fin se asomaron á la habitación, cambiaron una mirada con Takeo, que los contemplaba medio reclinado en la cama, y de pronto se fueron volando como sorprendidos, dejando detrás una sola hoja amarilla que cayó lentamente por el aire.

Sonrióse Takeo pensando en los mensajeros matinales que le habían despertado de su sueño; y, tratando de poner de nuevo la cabeza en la almohada,

frunció la frente como adolorido. Al fin, se arregló cómodamente y cerró los ojos.

Era una mañana apacible y no había nada que le perturbara, luego cantó un gallo, y se escuchó á lo lejos el canto de un pescador.

Takeo abrió los ojos, se sonrió y los cerró de nuevo, como si estuviese entregado á profundos pensamientos.

Hacia más de un mes que fué herido en el combate y lo habían enviado al hospital de Saseho.

Herido por los fragmentos de una bomba que explotó dentro del reducto de la batería, cayó insensible sobre cubierta. Afortunadamente, las heridas de la pierna no interesaron el hueso, mientras que las lesiones restantes no pasaron de meras contusiones. El jefe de la batería había sido despedazado y pocos de los artilleros escaparon ilesos: fué un verdadero milagro que en tales circunstancias no perdiera la vida Takeo. Cuando lo enviaron al hospital, estuvo delirando al principio á causa de la intensa fiebre; pero como era joven, su estado mejoró con la vuelta de la estación fría. Transcurrido un mes, aunque sentía algún dolor se había restablecido lo bastante para intentar salir de la estancia llena del olor de ácido fénico y salir á tomar el aire del otoño aun á riesgo de irritar al cirujano. Ya sólo esperaba el día en que le fuera dado retornar al teatro de la guerra.

La vida que había despreciado como inútil no le había querido abandonar. Con el abatimiento de la fiebre y el dolor, volvía, á pesar suyo, el apego á la vida y con él sus antiguos cuidados y aficciones. La serpiente cambia de piel, pero el hombre no

puede hacerlo y el hilo de la memoria de Takeo, enterrado temporalmente en el fragor del combate, así como el sufrimiento, volvían ahora gradualmente según recobraba la salud y la tranquilidad de ánimo.

Pero así como una enfermedad grave renueva nuestros tejidos corporales, la experiencia recibida por Takeo haciendo frente á la muerte prestó nuevo colorido á sus sentimientos. El gran combate y los extraordinarios sucesos que le precedieron y siguieron, sacudían su ánimo como una tempestad: ésta había pasado, pero aún quedaban sus efectos, y en su corazón flotaban amargos sentimientos. Ya no estaba enfadado con su madre, guardaba la imagen de Nami en lo más recóndito de su pecho como si no existiera, y, al volver á ella sus pensamientos, sintióse como si escuchara tristes y á la par dulces acordes que le llegaran de distante colina.

Vino Tazaki á visitarle y por él tuvo Takeo noticias de su madre y de Nami. Temiendo disgustarle, Tazaki no le dijo nada acerca de la hija de Yamaki; pero lo que supo, fué lo bastante para hacerle derramar lágrimas. En sus sueños nocturnos se deslizó la imagen de la joven enferma, sola en una quinta, donde el viento gemía tristemente entre los pinos, visión que se alternaba con sus sueños del combate del Yalu.

Pensaba Takeo en lo que había sucedido hacía una semana.

Había tirado el periódico que leía, y bostezando, miró á la ventana. Su compañero de sala se había ausentado el día anterior y o dejaron solo. Declina-

ba la tarde; la habitación estaba algo oscura y caía la lluvia de otoño en el exterior. Un enfermo de la sala contigua debía estar sometido al tratamiento eléctrico y el sonido zumbador del aparato se mezclaba continuamente con el de la lluvia, dando intensidad á la soledad de la hora. Escuchando el ruido, miraba los cristales de la ventana, que salpicaba la lluvia y los mojados árboles y arbustos del exterior se presentaban y desvanecían. Los miró somnoliento un rato, y, luego, de pronto se cubrió la cabeza con la frazada.

—Aquí hay un paquete y una caja para vos! ¿Estáis dormido?

Takeo sacó la cabeza y vió un muchacho parado al pie de la cama con un paquete de papel y una pesada caja atada con una cuerda.

—¡Oh! ¿Algo para mí?—preguntó Takeo.—¿De dónde vienen?

El chico leyó el nombre del remitente, nombre que nunca había oído Takeo.

—Te ruego que lo abras.

Retirado el papel enaceitado se descubrió un bulto envuelto en un paño morado; al desatarlo, apareció un traje de seda suave, un cinturón de crepón blanco, un par de calcetines de nívea blancura, una camisa negligée de anchas mangas y una suave almohadilla. ¿Y qué había en la caja? Estaba llena de grandes peras y de frescos plátanos, á los que era muy aficionado.

El corazón de Takeo comenzó á palpitar.

—¿Y no trae carta?—preguntó.

El muchacho buscó en todas partes sin poder encontrar el más mínimo pedazo de papel.

—Déjame ver ese papel enacitado.

Takeo leyó su nombre en el papel y el corazón se le salía del pecho. Reconoció la letra.

Era ella. Era ella. ¿Quién podía ser sino ella? ¿No ves en cada punta del traje la preciosa señal de sus lágrimas? ¿No ves que la letra tiembla con la debilidad de su mano?

Esperando apenas que lo dejaran solo, Takeo prorrumpió en llanto.

Takeo se dió cuenta entonces de que Nami habitaba para siempre en su alma y que ésta rebosaba de amor infinito; de día pensaba en ella y de noche soñaba con ella.

Pero el mundo no es tan libre como lo hacen los sueños. Creía Takeo que ni la muerte podía separarle de ella y mucho menos los triviales convencionalismos del mundo; empero, al tratar de materializar este parecer, sólo pudo persuadirse de que esos triviales convencionalismos y costumbres formaban infranqueable barrera entre el sueño y la realidad. Sin importarle lo que dijera el mundo, ella era su esposa para siempre; pero su madre la había divorciado á nombre de él y el padre de Nami reclamó la sanción por ella: en concepto del mundo ya no había ningún lazo entre ellos. ¿Le sería posible verla de nuevo cuando se restableciera y tratar de tomarla de nuevo como su esposa? Por mucho que se engañara Takeo, apenas podía creer que á pesar de la llamada formalidad social pudieran hacerse esas cosas. Al contrario, sabía que no solo fracasaría cada tentativa, sino que ahondaría más aún la brecha entre su madre y él, y ya había saboreado bastantes amarguras oponiéndose á su voluntad.

Viviendo en este dilatado universo, Takeo pensó que era intolerable verse así aherrojado, privado de su libertad de amar; mas, no podía encontrar la salida. Día tras día vivió en esta intranquilidad, y sólo podía consolarse jurando en su corazón que Nami era su esposa en vida y muerte.

En esto pensaba Takeo al despertar aquella mañana.

Luego llegó el cirujano á pasar su acostumbrada visita y se retiró satisfecho de que la herida curaría en breve. Entonces le trajeron una carta de su madre: expresaba su placer al enterarse por Tazaki de su mejoría, y continuaba afirmando su deseo de que regresara tan pronto como lo permitiera el doctor, pues tenía que hablar con él sobre algo. ¡Algo de qué hablar! ¿No pudiera ser lo que él más evitaba y temía? Takeo meditó y no volvió á Tokyo.

A principios de Noviembre, poco después de haber partido de nuevo para la guerra el *Matsushima*, reparadas las averías del combate del Mar Amarillo, Takeo salió del hospital y se embarcó á bordo de un transporte en Taleiwan para incorporarse á su barco.

El día antes de partir de Saseho, echó dos cartas al correo, una de ellas dirigida á su madre.

IV

La tentación.

En los dos meses siguientes al primero de Septiembre, cuando ya había sido abandonado el lugar por la mayor parte de los veraneantes de la capital que se habían congregado allí durante el estío, podía verse una dama, un día de calma, paseando por la risueña playa de Zushi acompañada de una criada ya de edad.

Los pescadores y los inválidos que aún permanecían allí, estaban acostumbrados á contemplar su figura tan delicada y la saludaban siempre: todos sabían algo de su historia.

La joven dama era Nami.

Si bien la vida ya no encerraba para ella una sola esperanza, aún se prolongaba, y el tiempo pronto la volvía á traer á los meses del otoño.

Nami había vuelto á Tokyo con su tía en Junio anterior; y, desde el momento que se enteró de su inesperada suerte, fué empeorando su enfermedad y

aumentaron sus hemorragias. El doctor no podía hacer nada, su familia estaba agobiada por el dolor y ella misma esperaba la muerte con alegría: su existencia colgaba de un hilo. Lanzada por un solo golpe á la obscuridad de una profunda sima, apenas tuvo tiempo para experimentar sentimientos de amor ó de aborrecimiento; oprimida sólo por el horror de su situación, procuraba simplemente buscar alivio y la muerte era la única senda que se le franqueaba: así es que la ansiaba, y mientras su cuerpo yacía en la cama sufriendo, su espíritu vagaba en el más allá. Hoy ó mañana, tan pronto como se libra de esta pesada carga, dejando al fastidioso mundo muy atrás, su alma emprendería el vuelo al cielo á través de la vasta extensión del espacio y allá podría llorar á su gusto á los pies de su difunta madre. Nunca fuera tan bien venido el mensajero de la muerte.

Pero hasta la muerte le fué negada. Pensó que cada día sería el último, pero el fin no llegaba; y cuando hubo transcurrido un mes se había mejorado algo á pesar de sí misma, y después de otro mes estaba mucho mejor. Obligada á permanecer en este mundo, tuvo Nami que vivir de nuevo su vida de lágrimas. En efecto su suerte la confundía, porque había llegado á no creer en la alegría de la vida y á pensar que la muerte no tenía nada de horrorosa. ¿Por qué había de visitarla el doctor, tomar medicinas y tratar de salvar su mísera existencia?

Pero le quedaba el amor de su padre; la visitaba tiernamente de tiempo en tiempo; él mismo le daba las medicinas; construyó una casa cómoda para su bienestar y trataba de restaurar su salud por todos

los medios á su alcance. Cada vez que escuchaba los pasos de su padre y veía cómo se le alegraba el semblante con su mejoría, no podía contener las lágrimas que se deslizaban por las mejillas. No pudiendo buscar la muerte inconsideradamente, se cuidaba por amor á él; y había otra razón: Nami no podía dudar de su marido; conocía bien su espíritu para achacarle el divorcio. Cuando tuvo noticias de Takeo en su cama de enferma, sintió que su fe se sellaba y esto la consoló mucho. Desde luego que no sabía nada sobre su porvenir; apenas pensaba que los lazos conyugales divididos pudiesen atarse de nuevo, aun cuando se pusiera buena; pero creía firmemente en la afectuosa unión de sus espíritus y la consolaba la idea de que nada destruiría su amor eterno.

Así resultó que el afecto de su padre y sus esperanzas en el inmutable amor de Takeo, junto con el hábil tratamiento del doctor, se aunaron para volver á prender el fuego de su casi extinguida existencia; y, á principios de Septiembre, volvióse á trasladar á la quinta de Zushi con Iku y la enfermera.

Sintióse mejor en Zushi y la quietud del lugar calmó su ánimo. Reclinada en una mecedora, después del baño, en esas tardes en que veía alejarse las oleadas del mar, y escuchaba, invadida de ternura, las dulces notas del canto de los pájaros, sentíase como trasladada á la primavera anterior; ya casi se formaba la ilusión de que su marido podía presentársele delante en cualquier momento.

La vida que pasaba en la quinta era la misma de seis meses antes: acompañada de Iku y la enferme-

ra, cuidaba de sí observando diariamente las reglas prescritas por el doctor. De vez en cuando, se entretenía haciendo versos y arreglando flores. El doctor venía á verla de Tokyo una ó dos veces por semana y con menos frecuencia veía á su tía ó á su prima y raras veces á su madrastra. Enteradas de su enfermedad, algunas de sus compañeras de estudio le escribían cartas de condolencia, pero carecían de sinceridad. No obstante, Nami esperaba impaciente las visitas de su prima Chizu, porque por su conducto se enteraba de cuanto deseaba saber.

Desde que se rompieron los lazos maritales, se alejó más y más de ella la familia Kawashima. Cierito que los pensamientos en su bien amado, que se hallaba distante centenares de millas, cruzaban continuamente por su mente noche y día; pero nunca pensaba en la viuda: procuraba no pensar, y si alguna vez sus pensamientos volvían á su anciana suegra, veíase perturbada por un amargo sentimiento de horror y repugnancia: el más leve recuerdo suyo la aterrorizaba y trataba de alejarlo. Cuando supo que la hija de Yamaki había sido enviada á la casa de Kawashima, sintióse naturalmente muy intranquila; pero no fué más que un momento: sabía que eso no tenía que ver con el muy amado en quien creía firmemente. Aunque había de permanecer en la pequeña quinta, frente á la arenosa playa de la bahía de Sugami, su corazón se volvía constantemente hacia el cielo occidental.

Los dos hombres que más amaba en el mundo se hallaban ahora empeñados en la guerra con la China. Poco después de haber ido ella á Zushi, bajó su padre á Hiroshima y se puso en camino para el tea-

tro de la guerra. Deseaba mucho despedirle; pero la mandó recado que se cuidara con esmero y se pusiera buena para darle la bienvenida a su vuelta victoriosa. Según supo, Takeo se hallaba á bordo del buque almirante de las divisiones unidas; temía que si el cambio de tiempo le afectaba, se vería alejado del servicio cuando más falta hacía: de consiguiente, aunque pensó que no tenía más que ver con este mundo, la preocupaban día y noche los pensamientos de la guerra en mar y tierra y leía los periódicos con ansia, haciendo votos por el triunfo de su patria, la seguridad de su padre y la fama de Takeo.

A fines de Septiembre supo las nuevas del combate del Yalu y á pocos días después, encontró el nombre de Takeo entre los heridos: aquella noche no durmió Nami. Empero, su tía en Tokyo, se enteró y la informó que las heridas de Takeo no eran mortales y que estaba en el hospital de Saseho. Sintióse muy tranquilizada, pero como su espíritu se trasladaba á la cama del herido, cayó en la cuenta del escaso ánimo que podía comunicarle: corazón y corazón estaban juntos, pero por causa del divorcio no podía ni siquiera enviarle una tarjeta de consuelo, y estos pensamientos la angustiaban el alma.

Impulsada, empero, por un deseo invencible, encontró el medio: auxiliada por Iko, Nami hizo trajes para Takeo, y, junto con unas frutas á que sabía era muy aficionado, los envió á Saseho bajo un nombre supuesto, esperando que sería adivinada la procedencia.

Pasaron los días y como á mediados de Noviem-

bre llegó á manos de Nami una carta con la estampilla de Saseho. La leyó y prorrumpió en llanto.

Por la mañana volvieron á Tokyo Chizu y Koma, la hermana de Nami, que la habían acompañado desde la tarde del sábado. La casa, que había resonado con sus alegres voces, volvió á tomar de nuevo su aspecto tranquilo y solitario; y Nami, encerrándose en aquel día sombrío, sentóse sola frente al retrato de su difunta madre.

Era precisamente el 19 de Noviembre, fecha del último día que pasó aquella en la tierra. Nami sacó el retrato, colgólo en un marco en la pared de la alcoba decorándolo con blancos crisantemos en pleno florecimiento, traídos por Chizu. Algún tiempo escuchó las alegres historias viejas que solía contar Iku y luego se quedó sola ante el retrato para entregarse á la meditación.

Hacia ya diez años que Nami vió por última vez á su madre en este mundo y en tan largo período no la había olvidado un momento; pero nunca había suspirado tanto como ahora por la ausente. Si viviera su madre, pensaba ella, le contaría toda su aflicción, aligerando la carga que ya pesaba demasiado sobre sus débiles hombros. ¿Por qué se fué dejando abandonada á la niña desvalida? Y este pensamiento abrió las compuertas de su dolor, libertando las silenciosas lágrimas que corrieron por sus mejillas.

Recordaba bien un día feliz, varios meses antes de la muerte de su madre: tenía ocho años y su hermana cinco: ambas vestían igual, crespón rosado con dibujo de flores de cerezo y fueron en un carruaje, con su madre entre ellas, á casa de Suzaki,

en Kudan. Y el retrato que tenía delante se había hecho allí aquel día. Los diez años habían pasado como un sueño, su madre permanecía en su memoria como el retrato, y ella...

Se propuso no pensar nunca en sí misma, sino en la vida desventurada que ahora arrastraba, y no podía pensar en otra cosa. Sentíase como si su ser desesperado se hallase en medio de pesadas nubes y como si la habitación en que se estaba, se hubiese convertido en frío calabozo, hasta donde ni un solo rayo de sol podía penetrar.

De pronto el reloj dió las dos. Despertada de su meditación se apresuró á salir á la estancia contigua como quien emprende la fuga. No había nadie allí y escuchó á Iku y la enfermera hablando en el fondo. Quedóse indecisa un momento y luego salió al jardín y de allí, por la verja á la playa.

El cielo estaba lóbrego: si bien era en otoño, veíanse las nubes cargadas y bajas, y el mar tenía ominoso aspecto. Reinaba profunda calma en la atmósfera, y ni un soplo de aire rizaba las aguas, sin que en toda la extensión del mar se viera una sola vela.

Nami continuaba avanzando. No había pescadores ni persona alguna pescaba por la playa para hacer ejercicio, excepto una joven llevando cargado un niño, cantando y recogiendo conchas. Vió á Nami, sonrió y la saludó, y Nami, por su parte, devolvió una triste sonrisa, pero entregándose de nuevo á sus profundos pensamientos continuó su marcha con los ojos bajos.

Luego se detuvo: llegó á donde terminaba la playa y una estrecha senda conducía sobre las peñas

al santuario Fudo, al pie de una cascada, y que había visitado con su marido la primavera anterior.

Se encaminó por la senda.

Nami pasó por delante del santuario Fudo, sentándose sobre una roca, la misma en que se había sentado con su marido la primavera pasada. Entonces, el cielo estaba brillante y claro, y el mar más lustroso que un espejo; ahora las oscuras nubes en extrañas formas llenaban la bóveda celeste y la marea subía hasta el mismo pie de la roca, y ni un punto de blanca vela interrumpía la plomiza superficie del mar.

Nami sacó la carta, sólo contenía unas líneas garrapeadas con letra masculina, pero para ella parecían ser más elocuentes que páginas enteras de elegantes frases. Y cada vez que leía la simple confesión de Takeo: «No pasa un día que no piense en Nami-san,» su corazón se conmovía como si estuviese á punto de estallar.

—¿Por qué me trata el mundo así?—preguntó.—
Le amo tanto que estoy á pique de morir con el corazón destrozado. Y él me ama aún. ¿Y cómo pudo suceder que se dividieran nuestros lazos? ¿No contiene esta carta la esencia de su alma? Aquí, en esta misma roca nos juramos ambos amor eterno la primavera pasada; el mar lo sabe, y la roca misma lo señala. ¿Pero por qué fué el mundo tan cruel para aplastarnos? ¡Ay, queridísimo esposo! ¡Aquí en esta roca la primavera pasada...

Nami abrió los ojos: estaba sentada sola en la roca; delante yacía el silencioso mar y sólo se oía tristemente detrás de ella el ruido de la cascada. Se cubrió la cara con las manos, sollozando, y las lá-

grimas manaban abundantes por entre sus delgados dedos.

Latíanle las sienes y se le helaba el corazón al pasarle por la mente los pensamientos con rapidez vertiginosa. Pensó en los días que vivió allí con su marido, en los comienzos de su enfermedad, en la época pasada en Ikaio, y en sus días de novia. El día que volvió á Tokyo con su tía, el día que perdió á su madre, hacía tantos años; la cara de su padre y la de su madrastra, las de sus hermanos y otras muchas le pasaban como relámpagos continuamente por la memoria. Los pensamientos de Nami se volvieron ahora á una de sus amigas de quien le hablara Chizu el día anterior. Era dos años mayor que Nami y se había casado el anterior con cierto joven é inteligente conde. Era muy amada por su suegra, pero por alguna causa no lo era por su marido; tenía un hijo; mas, por causa de la vida disoluta de su marido había obtenido el divorcio la primavera pasada y murió poco después. Su amiga había muerto abandonada por su marido, y Nami arrastraba una vida de aflicción porque la habían arrebatado á su marido. Cuan varia era la suerte humana, mas toda aflicción y desventura. Nami suspiró dolorosamente y miró al turbulento mar.

Mientras más pensaba, más se convencía de que ya no quedaba esperanza para ella en el mundo. Nacida de familia adinerada, había perdido á su madre á los ocho años; pasó diez años crueles al lado de su madrastra y no bien se vió bendecida con el supremo regocijo de los corazones humanos contrajo la terrible enfermedad y entonces siguió

la sentencia más cruel que la de la muerte; y, aunque le permanecía fiel el hombre amado de su corazón, no podía llamarle su marido ni él a ella su esposa. Si había de llevar una vida tan desdichada, ¿por qué había nacido? ¿Por qué no había muerto cuando su madre? ¿Por qué se casó con Takeo? ¿Por qué no murió en sus brazos al contraer la enfermedad? ¿Valía la pena de vivir quien sufría de un mal incurable y se consumía en un amor imposible? Suponiendo que se curase de su enfermedad, estaba segura de morir de tristeza si no podía reunirse con su marido. ¡Ah! morir, morir! ¡No había mas esperanza que la muerte!

Sin tratar de enjugarse sus lágrimas, Nami contempló el mar.

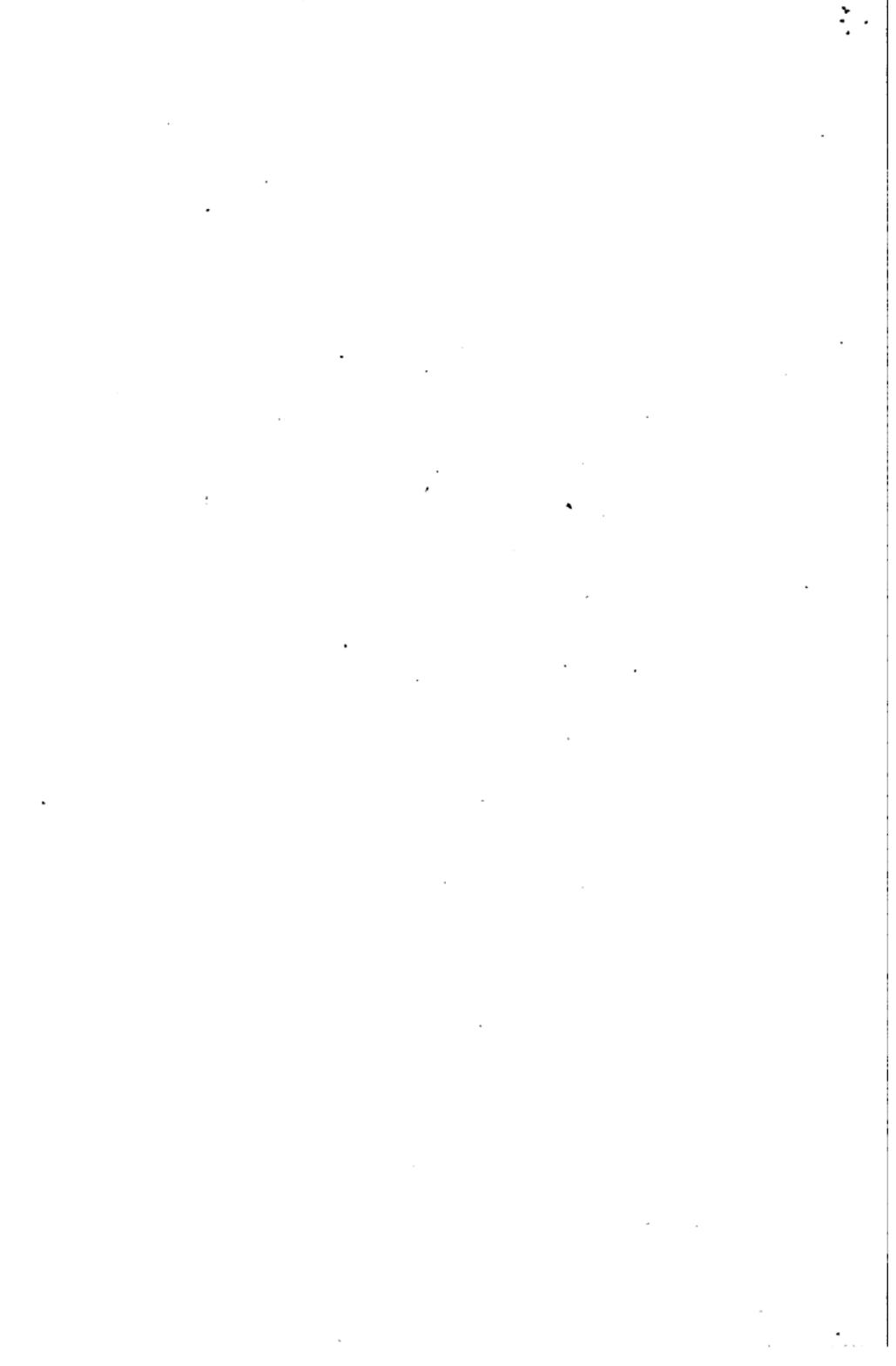
En la dirección de Oshima se levantaban negras nubes y de un rincón lejano del cielo llegaba un ruido indescriptible. De pronto, se vió turbada la superficie del ancho mar; había pasado una ráfaga de viento y no bien tocó las ondas, aparecieron masas de espuma blanca en medio de las negras aguas que se levantaron como caballos salvajes lanzándose contra la roca en que se hallaba sentada Nami. Toda la extensión del mar de Sugami volvióse de pronto un hervidero en que se perseguían las furiosas olas.

Sin fijarse en las espumas que la salpicaban, Nami continuó observando el mar.

—Debajo de ese mar,—pensaba,—está la muerte. La muerte podrá ser mas libre que la vida. ¿No es mejor acompañar siempre á mi marido como vaga sombra que prolongar una vida sin esperanza? Ahora está en el Mar Amarillo, aunque está lejos, allá



... y se sintió asida por una mano fuerte.



lota el agua. Que me desvanezca yo como la espuma del mar y mi espíritu volará hacia él.

Asegurando bien en su cinturón la carta de Takeo y soltando sus cabellos al viento, Nami se puso en pie.

El viento soplaba firme ya desde las profundidades del cielo y Nami apenas pudo tenerse derecha. Encima, se perseguían apresuradamente las nubes y al frente el mar se sacudía colérico; rugía el viento sobre la colina de Sakura y sacudía los pinos como la crin de un caballo. El viento aullaba, rugía el mar, daba alaridos la colina y un ruido atronador y confuso llenaba el cielo y la tierra.

—¡Ahora es el tiempo! ¡Ahora es el tiempo! ¡Oh, condúceme, querida madre! ¡Perdona á tu hija, oh, padre mío! Mi corta vida se desvanecerá como un sueño.

Envolviéndose más en su vestido y quitándose sus chapines, estaba Nami á punto de lanzarse á las hirvientes aguas al caer estas sobre la roca.

En aquel momento, oyó un grito detrás de ella y se sintió asida por una mano fuerte.

La historia de la Yaso

—Iku, prepara el te; ella vendrá pronto,—dijo Nami á la anciana que aseaba la habitación.

—Es tan amable,—dijo Iku;—pero me sorprende saber que es yaso (1).

—Sí, así me dicen.

—No podía soñar que una persona tan amable fuera yaso. Y luego, como que usa el cabello corto...

—¿Y eso qué importa?—preguntó Nami.

—Sabes que las creyentes en Yaso no se cortan el cabello nunca cuando mueren sus esposos. En vez de esto, visten con más esmero y andan á caza del segundo marido.

—¿Quién te lo dijo?

—¡Oh, lo sé!—declaró Iku.—Te digo que en esa religión hasta las jovencitas son presumidas. Conocí á una muchacha que vivía á la otra puerta de uno de mis parientes: había sido una joven muy

(1) Yaso: de Jesú, significando en japonés vulgar, ya cristiano ó el cristianismo. Es término algo despreciativo.

apacible, pero después de haber concurrido á la escuela de una misión, se cambió tanto, que los domingos, cuando más la necesitaba su madre, se iba á la iglesia sin la menor consideración. Y luego, decía que no le gustaba su casa porque no era tan limpia como su escuela, y solía decirle terca á su madre.

Aunque asistía á la escuela, no sabía escribir ni un recibo y no podía coser un dobladillo derecho. Sus padres se preocuparon mucho por su porvenir. Era tan yana, que decía que no se casaría con un hombre que tuviera menos de doscientos cincuenta yens al mes. ¿No es esto verdaderamente asombroso? Había sido tan buena hija, que por lo mismo fué más notable el cambio que experimentó. Quizás se debiera á algún hechizo que se dice ejerce esa religión.

Nami, no pudo contener la risa, y dijo:

—El caso es bastante triste; pero toda cuestión tiene sus dos aspectos, y no puedes juzgarla bien sin conocer los dos. ¿No te parece?

Iku movió la cabeza, como para dar á entender que se le hacía cuesta arriba creer á Nami. Y mirando á ésta fijamente, continuó:

—Harías bien en alejarte de la Yaso.

Nami sonrió.

—¿Quieres decir que no te place que hable con esa señora?

—Bien, si todos los Yaso fueran como ella, pudiera no haber daño, pero...

Iku vaciló al verse una sombra humana en la mampara de papel.

—Dispensadme si vengo por la verja del jardín,— se escuchó decir á una voz suave.

Iku se levantó apresuradamente, abrió la manipara y entró una mujer algo pequeña como de cincuenta años. Parecía estar avejentada, llevaba el cabello recortado y vestía de negro; delgada y gastada por los pesares, parecía estar algo triste, pero sus ojos eran benignos y sus labios sonreían.

Era la misma persona de quien había estado hablando Iku; y, además, era la misma persona que había preservado á Nami de ahogarse la semana anterior.

Nunca trataba de atraer la atención de otros, pero los que la conocían ofrecían amplio testimonio de su notable personalidad. Llamábase Kiyó Ogawa, y vivía en Meguro teniendo á su cargo una numerosa familia de huérfanos, deleitándose en cuidar las almitas de los niños abandonados. Había estado en Zushi desde fines del mes anterior para restablecerse de un ataque de pleuresía y acertó á salvar á Nami por una de las más raras casualidades, entregándola á los cuidados de Iku.

Iku había traído el te y se disponía á salir de la habitación, cuando exclamó con tono de sorpresa:

—¿Regresáis mañana? ¡Qué lástima! ¡Cuando acabamos de conoceros!

La anciana, mirando á Nami, con sus ojos apacibles, contestó:

—Desearía poder quedarme algo más y tener la oportunidad de hablar con vos porque no me agrada volver hasta que estéis mejor.

Sacando un pequeño libro, añadió:

—Esta es la Biblia; presumo que no la habéis leído.

Nami no la había leído. Su madrastra pasó por cristiana mientras vivió en Inglaterra; pero á su muerte, había abandonado su credo, dejando la Biblia en su alojamiento de Londres con su calzado viejo y unos periódicos.

—No, no la he leído,—replicó Nami.

Ikku, sin poderse alejar miraba al libro con los ojos muy abiertos. Probablemente pensaba que contenía brujería.

—Si la leéis,—continuó la anciana,—cuando os sentáis bien, estoy segura de que os será provechoso.

Si pudiera quedarme más tiempo, utilizaría algún rato en hablar con vos sobre muchas cosas que yo sé. Mas, como este es el último día, desearía que os sentarais como llegué yo á leer este libro. ¿No os sentáis cansada? Os ruego que os acostéis si lo preferís.

—Gracias; no estoy fatigada,—dijo Nami.—Os agradezco que me contéis vuestra historia.

Ikku, cambió entonces el te y se alejó.

La anciana bajó la vista un momento, se sentó en las rodillas, y luego, mirando el semblante de Nami, comenzó su historia.

—La vida es corta; pero resulta muy larga, en realidad, si consideráis la cantidad de experiencia que se puede adquirir. Mi padre fué un señor de la nobleza en tiempos del último Shogun y gozaba de una muy buena posición por su fortuna. Quizás recordéis un pequeño terreno en que crecen muchos álamos, más allá del puente de Sui-do, en Koishikawa. Por supuesto, pasó á otras manos hace

muchos años; mas, yo nací en una casa que allí había. Mi madre murió cuando yo tenía doce años; la pérdida entristeció mucho á mi padre y no tomó segunda esposa: de modo que, joven como era, me hice cargo del manejo de la casa. Mi hermano se casó y pronto me entregaron en matrimonio á un tal Ogawa, militar también, pero de rango algo superior. Esto sucedió cuando yo tenía veintiún años, probablemente unos diez años antes de nacer vos.

Se me había educado en nuestro código de moralidad para las jóvenes y creía que nadie se me adelantaba en materias de abnegación; pero cuando vine á tratar con las cosas reales las hallé con frecuencia insoportables. Era poco antes de la Restauración; mi marido raras veces podía venir á casa y como tenía suegros y dos cuñadas, me tocaba servir á cinco mayores en la familia y no puedo decirnos cuanto me apesadumbraba. Mi suegro era un hombre de muy buena índole; mas, costaba mucho trabajo agradar á mi suegra. Se me había informado que mi marido, antes de casarse conmigo, tuvo otra esposa y la suegra la espantó de allí á poco de llegar. No me gusta hablar mal de los difuntos; empero mi suegra era realmente una mujer violenta y testaruda y á pesar de mis esfuerzos para apurar mi abnegación, algunas veces derramaba muchas lágrimas en secreto. Para empeorar las cosas, descubrieron á menudo que había llorado y me reñían más y más.

Sucedía esto días antes de estallar la guerra de la Restauración y toda la ciudad de Yedo era presa de la más viva agitación. Mi marido, padre y hermano, todos se afiliaron á los voluntarios de la

Contra-Restauración en Ueno. Mi suegro yacía en cama enfermo de gravedad y estaba para nacer mi hijo: en realidad, no sabía qué hacer en tales circunstancias. Al fin, fué asaltado Ueno; mi marido huyó al norte, á Hakodate, mi padre desapareció, mi hermano murió en Ueno, y su familia también se perdió. Mientras tanto, murió mi suegro y nació mi hijo. Todo vino junto, y las desdichas casi me agobiaron; y como cesaron nuestras anualidades recibidas del Shogun y confiscaron nuestros bienes, mi suegra con el niño y yo, acompañados de un criado anciano, emprendimos viaje á Shizuoka, antigua población de los Tokugawas, más allá de las colinas de Hakone. Parecíame que luchaba bajo el peso de una pesadilla horrible.

En este momento llegó la enfermera, saludó y salió de la habitación después de dar á Nami la medicina. La anciana cerró los ojos un rato y al fin miró á Nami y continuó:

—Los infortunios de los vasallos de la casa de Tokugawa en Shizuoka eran simplemente indescriptibles. Tan reducidos estaban el poder y las rentas de Shogun que hasta el conde Katsu se vió obligado á vivir en el retiro. Se consideraba muy generosa la ración de tres hombres que se nos consignó en vez de la anualidad de diez mil fanegas de arroz. Casi me avergüenza de contaros que apenas podíamos permitirnos comprar más de media hogaza de torta de garbanzo á la vez. Mi suegra había estado acostumbrada á una vida de regalo y esto me preocupaba más por ella. Hacía lo que podía para auxiliar á mi familia dando lecciones de costura y escritura á unas niñas y haciendo vesti-

dos para otras personas. Esto no me pesaba gran cosa; pero siendo mi suegra todavía de genio muy violento, hallándose mi marido preso y sin descubrir el retiro de mi padre, sufría tanto, que con gusto hubiera muerto, á no ser por el amor de mi hijo. En efecto, tanto me gastaron estos cuidados que á fines del año parecía tener diez años más.

Con todo, pasado un tiempo, libertaron á mi marido é ingresó en el ejército: así que volvimos á trasponer las colinas de Hakone y regresamos á Tokyo, ya le han cambiado el nombre como sabéis. Era en la primavera de 1871. Un año después enviaron á mi marido al extranjero. Nos iba bien, á no ser por el variable humor de mi suegra, y, además, había algo que me perturbaba constantemente, averiguar el paradero de mi padre.

En el otoño de aquel año, mi marido se embarcó para Europa. Un día lluvioso fuí á ver á una conocida mía en Koishikawa y volvía á casa en una kuruma que me alquilaron. Ya había obscurecido, y el tiempo estaba tempestuoso. Iba sentada tímidamente en la kuruma y el conductor la arrastraba perezosamente; podía verle con su sombrero redondo de anchas alas y la capa de papel enaceitado, muy arrugada, de que goteaba la lluvia. La luz de la linterna que llevaba en la mano reflejaba sobre el camino lleno de lodo y se escuchaban sus pasos chapoteando y los quejidos que á ratos se le escapaban. Al llegar al puente de Sui-do, se apagó la linterna. El hombre detuvo su kuruma y pidió le permitiera sacar una caja de fósforos de debajo del cojín. No podía oírle bien á causa del viento, pero me pareció familiar la voz, y al verle la cara cuan-

do prendió la luz, me vi delante de mi propio padre.

La anciana se cubrió la cara involuntariamente prorrumpiendo en llanto y se escucharon también los sollozos de alguien en la habitación contigua.

Enjugándose los ojos, continuó la anciana:

—Llévolo á una venta que estaba cerca y allí me refirió sus desventuras. Dijo que después del asalto de Ueno anduvo á la ventura por el país ganándose á duras penas la vida de distintas maneras. Habitaba ahora en la casa de un pobre jardinero que había sido uno de nuestros criados en sus mejores días y se ganaba el sustento arrastrando una kuruma día tras día. Sucesivamente me invadieron sentimientos de sorpresa, regocijo, opresión y tristeza, y poco podía decir. Empero, aquella noche nos separamos, indicándome mi padre la imprudencia de trasnochar tanto.

Era muy tarde cuando llegué á casa. Mi suegra, impaciente por mi tardanza, no bien me vió, procedió á descargar su furia sobre mí, llenándome de improperios y llegó hasta decirme un nombre deshonroso. Reprimiendo mi emoción, la referí el encuentro con mi padre, y, lejos de simpatizar conmigo, continuó abrumándome con invectivas infamantes. Tanto me ofendió, que me propuse abandonar la casa é irme con mi padre. Cuando se recogió la familia me cambié de traje y comencé á escribirle una nota á mi suegra, al pie de la cama de mi hijo que entonces tenía seis años. En medio de su sueño, de pronto dió un grito, tendiéndome la mano y diciendo:—¡Mamá, no te vayas!—Debía soñar sobre las ocurrencias del día, porque lo ha-

bía dejado en casa al partir á Koishikawa. Me sorprendí y observé un gran rato el semblante del niño dormido cuando gradualmente vine á ver en él la imagen del semblante de mi marido. Dejé caer mi pincel de escribir y lloré. No sé como sucedió, pero pronto se me recordó la antigua historia de la desposada y la suegra que solía escuchar en mi niñez y venía como de molde para la situación en que me hallaba. Pensé que todo se arreglaría sólo por medio de mi paciencia y así renuncié á mi primera intención. ¿No os estoy fatigando?

Nami, que había estado escuchando con profundo interés, sólo pudo hacer una señal negativa con sus llorosos ojos. La anciana prosiguió su historia.

—Estando así las cosas, no podía proveer como deseaba á las necesidades de mi padre. Muy secretamente vendí cuanto me sobraba y le envié un poco de dinero; mas, desde luego, eso no podía durarle mucho. Por fortuna, me presentaron á la esposa de cierto Ministro extranjero que deseaba aprender música japonesa y le di lecciones y pude sostener á mi padre. La dama extranjera fué muy benévola conmigo y no tardamos en ser buenas amigas. Solía departir conmigo en su japonés chapurrado y un día me dió un libro, deseando que yo lo leyera. Era el Evangelio de Mateo—lo encontraréis al principio de esta Biblia—que, á la sazón, acababa de traducirse al japonés. Traté de leerlo, mas, como estaba lleno de extrañas historias, lo puse á un lado sin prestarle más atención.

A principios del año siguiente, mi suegra se vió herida de súbito por la parálisis y esto modificó su

genio por completo: habiendo sido tan cruel, volvióse ahora tan humilde como tu niño y deseaba tanto mi compañía que me llamaba cada vez que me apartaba de su lado. Mirándola allí dormida, tan desvalida, sentí haber sido vengativa en mi resentimiento hacia ella y queriendo verla bien, si era posible, hice cuanto pude por ella pero sin resultado alguno.

Mi marido volvió á casa poco después de la muerte de mi suegra. Mi padre, que se iba á reunir con nosotros, cayó enfermo de pronto y murió en breves días. Nos dijo que nadie bendecía su buena fortuna de haberse encontrado á su hija perdida, recibiendo de ella un trato tan tierno; pero sentí mucho no haber hecho por él ni la décima parte de lo que me proponía.

Las cosas tomaron buen sesgo después, siendo ascendido mi marido gradualmente y creciendo mi hijo robusto y sano. Con todo, no me ví libre de ansiedades: mi marido era muy aficionado á la bebida como sucede á menudo entre los oficiales del ejército; y luego, en aquellos tiempos, los hombres eran especialmente de costumbres disolutas, y aunque mi marido era mejor que la generalidad, habiéndole beneficiado las costumbres occidentales, en muchas cosas no fué excepción de la regla general. Humillada por su disipación, con frecuencia aprovechaba la ocasión para aconsejarle, pero él se reía de mis sermones.

Habíamos llegado ya á la época en que estalló la guerra civil de 1876, y siendo comandante-capitán de la guardia imperial, mi marido fué enviado al sur. En su ausencia, cayó mi hijo con escarlatina

y tenía que cuidarle día y noche. Era la noche del 18 de Abril; mi hijo estaba algo mejor y dormía tranquilamente, así que, despidiendo á las criadas quedé sola al pie de su cama entretenida en una labor. Gradualmente me fuí adormeciendo y casi dormía, cuando escuché que entraba una persona sentándose en la cama. Me pregunté quién sería, y alcé la vista. Era mi marido, vestido de uniforme, cubierto de sangre y lívido. Dí un grito y despertada por mi voz miré en torno mío y no había nadie allí. Estaba mortecina la luz de la linterna de papel y mi hijo dormía tranquilo. Palpitábame el corazón y gruesas gotas de sudor frío me brotaban en la frente.

Al día siguiente empeoró tanto mi hijo, que murió al oscurecer. Alocada por la aflicción, lloraba desconsolada teniéndolo en brazos, cuando recibí un telegrama del teatro de la guerra, anunciando que mi marido había muerto en una batalla.

Calló la anciana y la que la escuchaba contuvo la respiración, reinando en la habitación el más profundo silencio. Después de un rato la anciana reanudó el hilo de su historia.

—Todo estaba tan oscuro para mí como si se hubiesen hundido juntos el sol y la luna. Si este es el resultado de toda mi paciencia, pensaba yo, es preferible morir de una vez sin restablecerme, porque tantos golpes me habían enfermado. Mas, por fortuna ó por desgracia, me fuí restableciendo poco á poco.

Para mí el mundo estaba vacío y sólo respiraba en él. Sin embargo, después de un tiempo se me persuadió de que deshiciera mi casa y viviese con

una amiga mia. Con tal intención empaquetaba mis cosas, cuando acerté á encontrar un libro en un armario debajo de los vestidos de mi hijo. Era la Biblia que años antes me había dado la esposa del ministro extranjero. Abríla y la miré sin la menor intención de leerla, cuando me encontré con una frase que me llegó al alma. La marqué y eso fué lo que me indujo á leer el libro alguna que otra vez. No podía entenderlo muy bien al principio, mas, pronto sentí que veía relumbrar una luz en alguna parte. Ya se había ausentado mi amiga extranjera, y ansiaba encontrar quien me explicara bien el libro.

Poco después me ofrecieron el cargo de directora en una escuela de niñas. Resultó ser una institución cristiana y no tardé en hacer amistad con un joven y su esposa que enseñaban allí. Eran muy buenos cristianos y bondadosamente me lo aclararon todo. Hace ya dieciséis años que comencé á creer en la nueva fe y apenas he podido pasar un día desde entonces sin leer el libro. Es el báculo único de mi existencia. El mundo, que yo creía terminaba con la muerte, se dilató con mi conocimiento de la inmortalidad, devolviéndoseme á mi padre en nuestro Padre Celestial, mi hijo me fué devuelto en el amor al prójimo y todos mis sufrimientos se han endulzado en la fe de la esperanza.

Así fué, sucintamente narrado, cómo llegué á leer este libro,—terminó observando el semblante de Nami unos momentos.

—Sabía algo de vuestra historia,—añadió aún,—y como os veía á menudo en la playa, deseaba visitaros, y ahora que os he llegado á conocer siento mucho dejaros tan pronto. Nunca pensaré en vos

como en una simple conocida; parece que hay algo más profundo que eso entre las dos. Desearía que os cuidárais mucho y nunca penséis que la vida es demasiado triste para vivida, y cuando os sintáis bien, leed este libro. Vuelvo á Tokyo, però pensaré en vos noche y día.

La anciana partió para Tokyo al día siguiente y el libro que dió á Nami, siempre estuvo junto á la cama de ésta.

Se confortó Nami, pensando que en este ancho mundo hubiera un sér—aparte de su madre ó su tía—que se deleitara en consolarla y simpatizar con ella. Con frecuencia pensaba en la historia de la anciana y volvía las hojas del libro que aquella tanto amaba.

VI

Puerto Arturo

El segundo ejército se apoderó de Puerto Arturo el 22 de Noviembre.

—¡Madre! ¡Madre!

Con un periódico en la mano, Chizu llamaba á su madre con tonos de la más viva sorpresa.

—¿Qué ocurre? No debes hablar á gritos.

Chizu se sonrojó un tanto con la advertencia de su madre. Sonrióse después, pero de nuevo se puso grave, y dijo:

—¡Madre, ha muerto Chijiwa!

—¡Chijiwa!—exclamó madama Kato.—¡Chijiwa! ¿Cómo? ¿Ha muerto en batalla?

—Sí. Figura su nombre entre los muertos. ¡Buena suerte ha tenido!

—No debes decir esas cosas. ¡Chijiwa muerto en batalla? ¿Pero cómo pudo ser tan valiente?

—Mejor fué que muriera.—observó Chizu. Madama Kato guardó silencio.

—¿No es triste cosa que no haya quien nos llore después de muertos, Chuji-san?

—Pero lo llorará la viuda Kawashima,—observó Chizu con sarcasmo.—Y hablando de Kawashima, mamá, O-Toyo-san abandonó la casa al fin.

—¿Estás segura?—preguntó su madre sorprendida.

—Sí; me cuentan que ayer tuvo nuevos altercados con la viuda y no pudiendo resistirla más, se volvió á su casa llorando. Me alegro de que haya partido.

—Presumo que nadie puede estar allí mucho tiempo.

Madama Kato suspiró y Chizu guardó silencio.

Chijiwa había muerto. Veinte días después de la conversación que antecede, llegaron á la triste casa de Kawashima una carta y un pedazo de hueso humano. El hueso era de Chijiwa y la carta de Takeo.

—«Dos días después de la toma de Puerto Arturo, —decía,—habiendo de pesar á cargo de la Armada todos los buques que se hallaban en los astilleros, desembarqué con otros oficiales de nuestro buque con ese objeto. Tras batalla tan encarnizada, las sangrientas escenas que presenciamos eran indescriptibles. Acerté á pasar por frente á un hospital de campaña y vi unos hombres que cargaban un cadáver en una camilla. Estaba cubierto con una frazada azul, llevando sobre la cara un pedazo de lienzo blanco. La boca y la barba, vistas bajo la cubierta, me parecieron alguien que yo conocía y pregunté el nombre. Puedes imaginarte mi asombro cuando se me dijo que era el teniente Chijiwa.

«Lo descubrí y le ví la cara lívida y los dientes apretados. Había recibido heridas mortales en el ataque á la fortaleza de Itzushan y conservó el conocimiento hasta la mañana en que murió. Hice varias preguntas á los oficiales, sus compañeros, y se me dijo que no gozaba de simpatías en su compañía pero que se batió como un león en las batallas y que en el ataque de Chin-Chow, él y sus hombres fueron los primeros que se abrieron paso por la puerta del Norte. Con frecuencia su comportamiento era indigno de un soldado y llevaba consigo una cantidad considerable de dinero. Una vez, en Pi-tzu-wo, se portó cruelmente con algunos de los naturales, tratando de robarles, á pesar de las órdenes estrictas emitidas prohibiéndolo, y se le castigó por eso... En fin, se dice que su muerte en el campo de batalla ha bastado para redimir su reputación.

«Como sabes, me causó no pocos sinsabores y había renunciado todo trato con él; mas, no digo nada contra su memoria y lo compadezco mucho cuando pienso en los días que pasamos como hermanos. De modo que obtuve permiso para incinerar su cuerpo y te envió con ésta el pedazo de uno de sus huesos. Espero lo enterrarás convenientemente.»

No obstante, esto no fué todo lo que Takeo se encontró en Puerto Arturo. Hubo otro incidente que él, con toda intención, omitió mencionar en su carta.

El día que descubrió el cadáver de Chijiwa, se retardó Takeo volviendo al muelle. Habíase puesto el sol. Pasó por delante de centinelas con sus lu-

cientes bayonetas, generales á caballo, oficiales recibiendo órdenes de sus superiores, chinos contemplándolos boquiabiertos y los subordinados del ejército andando en todas direcciones; y finalmente, llegó á donde unos soldados hacían una gran hoguera.

—Hace frío,—dijo uno de ellos,—Si estuviéramos en nuestra patria, tendríamos un trago y un plato caliente de pescado guisado. ¡Kichi, buena prenda traes puesta!

Kichi llevaba una hermosa chaqueta acolchada de satín morado, que probablemente había *confiscado*.

—Pues mirad á Gen,—replicó Kichi.—Tiene una chaqueta de pieles que vale cuatrocientos yens.

—¡Dichoso Gen!—repuso el primero.—No hay quien tenga mejor suerte. Nunca que caza se le escapa la pieza, nunca le da una bala y se le recompensa por no hacer nada. Miradme á mí: nada más que esta miseria. ¡Maldición! Todo lo perdí en Tai-lienwan. He de conseguir algo en breve.

—Ten cuidado,—observó otro.—Entré en una casa esta tarde, cuando de pronto, saltó de detrás de una caja un soldado de coleta con la espada desenvainada. Creyó que yo le iba á asesinar, cuando, á decir verdad, casi me moría del susto. Afortunadamente, aparecieron nuestros soldados y lo despacharon en un tris. Sino, voy á dar á los infiernos de carrera.

—¡Mentecatos! ¿Por qué se quedan para ser despedazados?

—Sólo hacía dos días que capitulara Puerto Arturo y ya habían sucumbido no pocos soldados

chinos fugitivos que se habían ocultado en las casas, porque ofrecieron resistencia.

Escuchando estas conversaciones se encaminaba Takeo al muelle.

Ya escaseaban las luces y se veían pocos hombres. Por un lado el largo muro del arsenal proyectaba una sombra oscura en el suelo; y del otro, el farol del alumbrado despedía una luz incierta y confusa sobre un perro famélico que marchaba oliendo la tierra.

Al avanzar Takeo por la sombra, divisó dos siluetas humanas que le precedían a una distancia de cincuenta yardas. Estaba seguro de que eran oficiales. Uno era de anchas espaldas y el otro de complexión delgada. Iban en muy animada conversación.

De pronto, notó Takeo que alguien los seguía, y sintió que le palpitaba el corazón de manera inusitada. No podía distinguir bien. Pero de momento el hombre de la sombra adelantó un paso, vaciló, dió otro paso, y parecía esperar una oportunidad. La sombra llegó a un lugar alumbrado entre las casas y reveló ser un chino. Al mismo tiempo le relumbraba algo en la mano y Takeo se apresuró á seguirle, presa de la más viva agitación.

Los dos hombres que iban delante llegaron al extremo de la calle, cuando la sombra negra salió osadamente de la obscuridad y corrió hacia ellos. Takeo, alarmado, se lanzó adelante. El chino se aproximó a unas diez yardas de los hombres, alzó el brazo y de un tiro derribó al oficial delgado. Estaba ya para tirar el gatillo sobre el otro oficial, que se había vuelto de repente, en el momento en

que Takeo llegaba al lugar y daba un fuerte golpe al brazo derecho del asesino. La pistola cayó al suelo y el hombre, furioso, se volvió contra él entablándose entre ambos una lucha á brazo partido. Vino en su auxilio el oficial de anchas espaldas, y unos soldados japoneses, atraídos por el ruido del tiro, llegaron corriendo y ataron inmediatamente al asesino. Takeo quedó falto de aliento después de la lucha y contemplando al robusto oficial que ahora se volvió hacia él.

La luz del farol daba en la cara de teniente general Kataoka.

—¡Vos!—esclamó Takeo.

—¡Tú!—dijo el general sorprendido a su vez.

Takeo, inesperadamente había salvado la vida del padre de Nami.

Cuando llegaron a oídos de Nami estas nuevas, Iku se regocijó extraordinariamente, y dijo:

—Ya ves cuánto le debemos. Haz un gran esfuerzo para ponerte buena.

Nami sonrió con aire melancólico.

VII

El regreso de Takeo

El año comenzó y terminó con guerra.

En los primeros dos meses fué tomado Wei-hai-wei y destrozada la escuadra de Peiyang; en Marzo cayó Pescadores en poder de los japoneses, y al norte, el ejército imperial barrió como una ola hasta que no quedó ni sombra del enemigo al este del río Liao. La Embajada de la Paz vino al Japón y á mediados de Abril el Tratado de Paz esperaba las firmas. Susurrábase la intervención de las tres potencias y se restituyó la península de Liatung definitivamente. A fines de Mayo, Su Majestad Imperial, comandante en jefe del ejército y armada, regresó triunfante á la capital y terminó la guerra con la imponente serenidad del águila que pliega sus alas para descansar.

Después de enterrar las cenizas de Chijiwa en Puerto Arturo y salvar la vida del general Kataoka, Takeo se halló en el bombardeo de Wei-hai-wei y también en la ocupación de Pescadores. Con todo,

su buque llegó á Yokosura á principios de Junio y regresó á su casa.

Hacía más de un año que se separara de su madre, cegado por la cólera, y tantos incidentes se habían hacinado en aquel período, que se suavizó la dureza de sus sentimientos, y en los días lluviosos, en el hospital de Saseho, ó en las noches de terrible frío, en Wei-hai-wei, su corazón se volvía á su antigua morada de Tokyo.

Takeo no observó cambio alguno en su casa, excepto la cara de una doncella que le recibió en la puerta; su madre tan gruesa como siempre, estaba en cama con reumatismo. Tazaki acudía diariamente, y desde su pequeño escritorio despachaba los asuntos de la casa, como de costumbre. Cuanto vió ó escuchó Takeo, permanecía como siempre, y no pudo encontrar nada que le alegrara el espíritu. Aunque había vuelto á ver á su madre tras una larga ausencia y tomado un cómodo baño en su antiguo hogar, se había sentado en un grueso y blando cojín, comido sus platos favoritos y descansado su cabeza en suave almohada en mullida cama; el caso es que no podía dormir; el reloj dió la una, las dos, y sus ojos quedaban tan despejados como pasado su corazón.

El lapso de un año había salvado la brecha entre madre é hijo; por lo menos parecía haberlo conseguido. La madre, por supuesto, dió la bienvenida á su hijo y éste se sintió confortado viéndola; mas ambos percibieron hasta en su primer encuentro que no había ya nada común entre ellos. El no la preguntó nada sobre Nami, ni ella la mencionó, no porque él no deseara preguntarle ó ella no quisiera,

sino porque ambos sabían que el peligro se ocultaba en tales confianzas, y, como notaran que cada uno lo evitaba con cuidado, sentíanse incómodos, naturalmente, cada vez que la conversación llegaba á una pausa.

Empero Takeo no necesitaba incentivos para conservar á Nami constantemente en su ánimo. Ahora que había vuelto á su antigua morada, todo parecía conspirar para tenérsela viva en la memoria y su corazón lloraba por ella. En efecto, no hay distancias para el amor; pero ahora que estaban rotos los lazos, la casa de Kataoka, solo á dos millas de distancia, estaba más lejos que las estrellas para Takeo. No podía siquiera visitar á la tía de Nami para preguntar por ella. No supondría él, cuando se detuvo en Zushi el año anterior, que su despedida iba á ser para toda la vida. Todavía le resonaba en los oídos el grito de «vuelve pronto», pero, ¿á quién podía él decirle ahora «he vuelto»?

Revolviendo estos pensamientos, Takeo se bajó un día en Zushi, yendo de camino para Yokosura y se dirigió hacia la quinta. Encontró cerrada la verja delantera y pensando que la ocupante debía haber vuelto á Tokyo, dió la vuelta por detrás de la casa, donde encontró al anciano criado trabajando en el jardín.

El buen hombre alzó la vista al ruido de pasos y reconociendo á su visitante, se descubrió como sorprendido y saludó cortesmente, diciendo:

—Buenos días, señor, ¿cuándo regresásteis?

—Hace pocos días—contestó Takeo.—¿Estáis bueno Mohei?

—Sí, señor, gracias,—dijo el anciano,

—¿Estáis aquí sólo?—preguntó Takeo.

—Sí, señor; la baronesa, la señorita, mi señora enferma, estuvo aquí hasta fines del mes pasado. Desde entonces estoy solo.

—¿Regresó el mes pasado? Entonces está en Tokyo—se dijo Takeo.

—Volvió á Tokyo antes del regreso de mi señor de la China. Sí y entonces se fué á Kyoto con mi señor; pero presumo que no ha retornado aún.

—¿A Kyoto? Entonces debe estar mejor?—murmuró Takeo.—¿Y cuándo fué á Kyoto?

—Hace como una semana.

El anciano reflexionó de repente en la situación actual y se detuvo de pronto, temiendo decir demasiado. Takeo entendió lo que pasaba por el ánimo del viejo criado, y se sonrojó.

Quedaron un momento en silencio. Empero el anciano lo compadecía, y dijo servicialmente:

—Abriré las puertas. Quizás paséis adelante á tomar un poco de te.

—No os molestéis—contestó Takeo.—Me detuve de paso; voy camino de Yokosura.

Takeo dirigió una mirada por el tan conocido jardín. Como había jardinero, no tenían las plantas un aspecto silvestre, pero todas las puertas estaban cerradas y no había agua en el estanque. Los árboles se veían cargados de hojas y las amarillas ciruelas caían y se esparcían por el suelo. En los arriates estaban medio marchitas las postreras rosas perfumando el jardín con su débil fragancia. No se veían señales humanas y el único sonido que llegaba al oído, era el chirrido de las cigarras.

Takeo se despidió del anciano y se alejó pensativo.

Pocos días después se le ordenó de nuevo que partiera hacia el sur. Permaneció dos semanas en su casa, pero no entre las acostumbradas celebraciones de un regreso victorioso. Mientras estuvo ausente, le pareció su casa el lugar mejor del mundo, pero por mucho que se esforzara ahora, no podía llenar el vacío de su corazón.

Su madre comprendió sus sentimientos, y su disgusto se expresó por medio de vagas alusiones. Observó Takeo que su madre leía en su alma, y cada vez que hablaban le parecía que se alzaba un muro entre los dos.

Había de embarcarse en Yokosura, pero se retrasó para tomar el tren de allí mismo y entonces determinó alcanzar su buque en Kure, partiendo el 10 de Junio, solitario, en el tren de Tokai-do.

VIII

Trenes que se encuentran.

Tres personas salían de los Templos de Ubakusan en Uji: un caballero de gran corpulencia que pasaba de los cincuenta, una señora como de veinte años, llevando un parasol negro, y una anciana, criada al parecer, con una pequeña bolsa.

Tan pronto como salieron, los tres conductores de kuruma que esperaban á la puerta, les trajeron los vehículos. El caballero miró á la señora y dijo:

—Hermoso tiempo. ¿No te parece que caminemos un poco?

—Perfectamente.

—¿No te cansarás—preguntó la criada á la señora.

—No. Me agradaría andar un rato—replicó la dama.

—Entonces iremos despacio y tomaremos las kurumas cuando nos cansemos.

Los tres andaban con lentitud, seguidos de las tres kurumas. Eran el jeneral Kataoka, Nami é

Iku, que habían llegado la víspera de Nara y se dirigían ahora hacia la estación de Yamashima en dirección á Otsu.

El general había regresado de la China el pasado Mayo. Un día tuvo una conferencia privada con el médico de Nami, y dos días después, acompañado de su hija y la criada Iku, fué á Kyoto. Escogiendo un hotel tranquilo en la ribera, como cuartel general, empleó varios días visitando curiosidades con Nami, al antojo de ésta, vestido de paisano, evitando encontrar á sus amigos y rehusando todas las invitaciones á las reuniones públicas. El mundo perdió de vista al general por algún tiempo y sólo Nami disfrutaba de la compañía de su padre.

«Saliendo del Templo de Obak', es de ver (1)
el te á los japoneses recoger.»

Ya había pasado la mejor estación de la recolección del te, pero de cuando en cuando les traía el viento la fragancia del te que se secaba y se veían algunas muchachas campesinas comenzando la segunda recolección. Acá y acullá, entre los campos de te, también iban amarilleando los campos de trigo, y se escuchaba el susurro de las hoces. Las distantes colinas de Yamato estaban veladas por las suaves nieblas estivales, mientras el rio Uji se descubría por las blancas velas que se deslizaban sobre los distantes campos de trigo. Desde la aldea de bajos techos, que estaba próxima, llegaba el

(1). Obaku: nombre dado á los templos por los famosos templos chinos del mismo nombre. Uji, donde se hallan, es comarca notable por su producción de te. De aquí el contraste.

apagado y melodioso canto de los gallos, y en el cielo, encima de ellos, permanecía estacionaria una nube color lila pálido.

Nami suspiró.

Luego, de una senda de la izquierda, aparecieron departiendo un labrador y su mujer. Volvían á su trabajo después de su refrigerio, llevando el hombre una hoz en su cinturón y haciéndose notar la mujer por sus dientes teñidos de negro y por su cofia de lienzo blanco. Llevaba una gran tetera en la mano. Se detuvo al encontrarse con las tres personas, las miró un rato, y alcanzando al hombre, le dijo algo en voz baja. Ambos volvieron la vista, sonriendo la mujer y enseñando sus dientes tan bien pintados. Continuando su conversación, se internaron en un campo en que florecían los cardos silvestres.

Nami los siguió con los ojos. El gran sombrero de paja y la cofia de lienzo blanco fueron hundiéndose gradualmente en el amarillo del campo de trigo, y al fin desaparecieron. De aquella dirección vino una voz cantando:

«La tuya, hará Mas'muné,
La mía una espada mohosa:
Si tú dividir podrás
Yo, jamás.»

Nami miró al suelo con ojos afligidos.

El general se volvió hacia ella.

—Debes estar cansada,—dijo, y tomó su mano.

El general hablaba con Nami en su paseo.

—El tiempo pasa con rapidez. Nami, ¿te acuerdas aún de que cuando eras una niña, solías darme

patadas en el costado cuando te tomaba en brazos? Me parece que entonces sólo tenías cinco ó seis años.

— Lo recuerdo— convino Iku, ligeramente.— Cuando mi señor te llevaba á costas quería también la señorita Koma que la subieran. Estoy segura de que ahora también desearía estar con nosotros.

Nami no hizo más que sonreír tristemente.

—¡Koma!—dijo el general.—En vez de eso le vamos á llevar muchas cosas. Pero Nami, Chizu-san quería venir con más empeño que Koma, ¿no es así?

—Creo que sí,—dijo Iku.—Si ella pudiera acompañarnos pronto estaríamos alegres. Deseo preguntar algunas cosas á mi señor. ¿Ese río que acabamos de pasar es el Uji? Entonces es notable por sus luciérnagas. ¿Y no es dónde Komazawa vió á Miyuki, la dama de sus pensamientos?

—¡Vaya, Iku, que eres toda una mujer docta!—dijo el general sonriendo.—Bien, el mundo cambia rápidamente. Cuando yo era joven, los viajes de Osaka á Kyoto se hacían siempre en un junco, empaquetándose en él los pasajeros como en una caja. Todavía hice una expedición más interesante cuando tenía veinte años. Tan luego Saigo y Kayeda llevaron al sacerdote Gessho á Osaka, se suscitó una importante cuestión y tuve que ir á buscarlos. Pero salí con tanta precipitación que dejé todo mi dinero y no habiendo más remedio, corrí descalzo toda la distancia hasta Osaka—era de noche, y por la margen del río.—Y se reía del recuerdo.—¿No tienes calor, Nami? no debes caminar tanto. Debemos montar ya.

Iku llamó á los de las kurumas que venían detrás y los tres fueron conducidos lentamente por los campos de trigo y de te hacia Yamashimá.

Nami meditaba profundamente al mirar las canas de su padre que le pasaba delante. ¿Era feliz ó triste este viaje con su padre? Sentíase desventurada viéndose privada de toda esperanza y placer en éste mundo, en espera de una muerte no muy remota por la que su corazón suspiraba. Pensó en su ilimitado amor hacia á ella y se afligió porque no podía encontrar la manera de recompensarlo. Lo más que podía hacer, era volver en espíritu á su pasada niñez y gozarla con su padre, lejos de los cuidados mundanos y por eso buscaba espectáculos nuevos con la viveza de un niño. Cuando compraba piezas de seda en Kyoto, sabía que no las había de usar, pero escogió las que eran más vistosas para que su hermana pudiera guardarlas como recuerdo.

Aunque amaba hondamente á su padre, no olvidó nunca á Takeo. La única noticia que tuvo respecto á él fué el informe de que había salvado la vida de su padre en Puerto Arturo. Sus pensamientos vagaban á todas partes, y sus sueños lo traían á ella, más no sabía donde estaba. Deseaba encontrarle, encontrarle una vez, sólo una vez en su vida, pero ¡ay! la conmovedora canción que acababa de oír le resonaba en los oídos al pensar esto, y le flotaban ante los ojos las siluetas del labrador y su joven esposa departiendo tan felices. ¡Ah! qué felices eran con sus andrajos, pensaba, y ella, vestida de suaves sedas...

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Trató con

tanto empeño de contener la emoción que el único resultado fué un pertinaz acceso de tos.

El general volvió la vista hacia ella ansiosamente.

—Estoy bien ya—dijo ella sonriendo á pesar de su dolor.

En Yamashima tomaron un tren que se dirigía al este. Estaban solos en un coche de primera clase, y Nami se sentó al pie de una ventanilla abierta, con su padre al frente, leyendo un periódico.

Luego llegó un tren de Kobe, del este, y se detuvo al lado de su tren. Al escucharse del lado opuesto el golpe de puertas que se cerraban y las voces de un guarda gritando: «¡Yamashima, Yamashima!», silbó la máquina de su tren y este comenzó á moverse lentamente. Nami miraba al otro tren desde su ventana y al llegar al frente de un coche de segunda clase, sus ojos se encontraron con los de un joven que descansaba la mejilla en la mano.

—¡Ah!—exclamó Nami, que apenas podía hablar.

—¡Oh, Nami-san!—gritó el joven.

Era Takeo.

El tren pasaba. Desatinadamente casi se salió de la ventana y le lanzó su pañuelo color de violeta.

—¡Cuidado! señorita.—Iku, alarmada, contenía á Nami por la manga.

El general también se asomó por la ventana, periódico en mano.

Los trenes se separaron lentamente. Nami se asomó más aun á la ventanilla y vió á Takeo ondeando el pañuelo muy agitado y diciendo algo. De pronto el tren tomó una curva, y por ambos lados

no se veían más que verdes laderas. Escuchóse detrás un sonido como de lienzo que se rasga; era el tren de Takeo que empréndia la marcha hacia el oeste.

Nami se cubrió el semblante y se inclinó sobre las rodillas de su padre.

IX.

Sayonara.

En la tarde del 7 de Julio, hallábanse reunidas muchas personas en la casa del general Kataoka. Hablaban en voz baja porque su hija Nami se estaba muriendo.

Cuando el general y Nami regresaron inesperadamente á fines del mes anterior de su viaje á la antigua capital, los que los recibieron en el pórtico vieron al momento que la joven estaba mucho peor. Naturalmente, el doctor se sorprendió; encontró que no sólo había decaído mucho su salud en tan corto espacio de tiempo, sino que se había verificado un cambio alarmante en su corazón. Desde entonces hasta la media noche, se conservaba, siempre una luz encendida en la casa de Kataoka, y los doctores iban y venían casi incesantemente. Madama Kataoka se habia propuesto ir á un lugar de temporada á pasar el verano, pero tuvo que renunciar á su plan.

A pesar del hábil tratamiento de los doctores y

las llorosas oraciones de Iku, Nami fué empeorando día y noche. Tuvo varias hemorragias y convulsiones del corazón. Después de un fuerte ataque se quedaba medio dormida y hablando sola; iba debilitándose por momentos; cuando su padre despertaba escuchando su tos, entraba á verla, y Nami sonreía débilmente y hablaba con claridad á pesar de su angustiosa respiración. En su estado semi-inconsciente murmuraba constantemente el nombre de Takeo.

Tocaba á su fin el día que tanto temía el doctor. Todas las habitaciones estaban alumbradas; pero, como nadie se aventuraba á hablar en voz alta, reinaba el silencio de la tumba. Dos señoras salieron del cuarto de la enferma para no fatigarla: una era madama Kato, y la otra la anciana que había salvado á Nami en Zushi. No había visto á Nami desde el otoño anterior, pero la habían enviado á buscar por deseo expreso de la enferma.

—Os doy muchas gracias por vuestras bondades con Nami. Quería veros una vez más, y estoy segura de que la ha alegrado mucho vuestra visita.

Madama Kato no podía hablar. La anciana sólo pudo suspirar, y apenas supo qué decir. Luego, preguntó en voz baja:

—¿Y dónde está él ahora?

—Me dicen que está en Formosa.

—;Formosa!

Y la anciana volvió á suspirar.

Madama Kato á duras penas contenía sus lágrimas, al decir:

—Sí, no está muy lejos; como ella esta pensando en él siempre, le llamaremos de algún modo para

que se despidiera de él. Pero me temo que ya haya llegado allá, y, además, está á bordo de un buque de guerra...

En este momento, entró madama Kataoka seguida de Chizu, que habló á su madre con precipitación.

La gran habitación estaba alumbrada confusamente por las velas, y Nami yacía con los ojos cerrados en una cama de nivea blancura.

Había estado enferma casi dos años y se había gastado hasta parecer una sombra; su pálido semblante era casi transparente, pero tenía la negra cabellera tan lustrosa como siempre. A su lado se sentaba una enfermera que humedecía sus labios con vino helado, mientras Iku, ojerosa y con las mejillas hundidas, la asistía con el auxilio de otra enfermera. Reinaba el silencio en la estancia y sólo se escuchaba la fatigosa respiración de Nami.

De pronto y tras un largo suspiro, abrió los ojos y dijo débilmente:

—¿Está tía aquí?

—Aquí estoy.

Madama Kato aproximó su silla á la cama, y dijo á Nami:

—¿Dormiste algo? ¿Qué? Perfectamente. Ahora,—mirando á las enfermeras é Iku,—os ruego salgáis de la habitación un momento.

Cuando se retiraron las tres mujeres, la señora aproximó más su silla á la cama, y alisando el cabello de la frente de Nami, miró tristemente el semblante de su sobrina. Nami también miró á su tía.

Después, con un suspiro, con mano temblorosa,

sacó Nami una carta sellada de debajo de la almohada.

—Dale esto, después que me haya muerto.

Madama Kato se enjugó los ojos, al guardarla en el seno.

—Bien. Yo misma se la daré á Takeo-san.

—El, este anillo.....

Nami puso su mano izquierda sobre la rodilla de su tía. En el tercer dedo le relumbraba el anillo de brillantes que Takeo la había dado en su boda. Había devuelto cuanto pertenecía á la casa cuando se divorció, pero no había podido desprenderse de su anillo.

—Este, me lo llevaré conmigo,—dijo Nami.

Madama Kato hizo una señal afirmativa, volviéndose á secar los ojos.

Nami volvió á cerrar los párpados.

Después de un rato los volvió á abrir.

—¿Y qué estará haciendo él?

—Takeo-san ha llegado ya á Formosa, y está trabajando, según entiendo, y siempre pensando en nosotros. Si es posible, vamos á llamarlo; así dice tu padre. Pero, Nami-san, le hablaré de tí y le daré esta carta también.

Los labios de Nami dibujaron una débil sonrisa.

Después sus pálidas mejillas se enrojecieron, le palpitó el pecho, y sus ojos se llenaron de ardientes lágrimas. Con un esfuerzo, exclamó:

—¡Oh, mi corazón! ¡Cuánto sufro!

Frunciendo la frente y oprimiendo la mano contra el pecho, Nami se retorció en la agonía. Se incorporó y cogiendo las manos de madama Kato, que iba á

llamar al doctor, se vió acometida de la hemorragia, y volvió á caer desfallecida.

El doctor y todos los demás entraron en la estancia.

Auxiliado por las enfermeras el doctor la alivió inmediatamente. Abrieron una ventana cerca de la cama.

El aire fresco de la noche inundó la habitación.

En el exterior, acababa de salir la luna, y su luz brillaba por entre las ramas de los árboles.

El general, la viscondeza, madama Kato, Chizu, Koma é Iku, todos estaban sentados al pie de la cama.

Una suave brisa movía el cabello de Nami, que yacía como si ya hubiese muerto. El doctor examinó su semblante con fijeza y sintió su pulso, mientras una enfermera inclinada á su lado tenía en la mano una vela cuya luz hacía larga pavesa.

Diez, quince minutos pasaron. Escuchóse en el silencio de la estancia un leve suspiro, y se movieron los labios de Nami. El doctor le dió una cucharada de vino. Escuchóse otra vez una larga respiración, y Nami susurró:

—Vamos, vamos, mi querida... madre; ¡oh! ¿todavía... aquí?

Nami abrió los ojos.

La luna, que acababa de aparecer sobre el jardín, lanzó su luz tétrica que tocó la cara de Nami.

El doctor cruzó una mirada con el general y se alejó de la cama. El general tomó la mano de Nami.

—Nami, escucha. Soy yo, tu padre..... estamos aquí todos.

Nami alzó la vista, vagamente, conmovida, y la fijó en los ojos del general, nublados por las lágrimas.

—Padre... no te aflijas, dijo.

Llorando suavemente, Nami movió su mano derecha con débil esfuerzo y tomó la de su padre que tenía su izquierda.

—¿Madre?—preguntó.

La viscondeza se aproximó y enjugó las lágrimas de Nami. Nami tomó su mano.

—Madre... me voy.

Los labios de la viscondeza temblaban, y, cubriéndose la cara, se alejó de la habitación sin decir palabra.

Alentando á su hija que lloraba, madama Kato se acercó y tomó las manos de Nami entre las suyas. Koma, también llegó y se arrodilló al pie de la cama de su hermana. Levantando una mano temblorosa, Nami la puso en la cabeza de Koma.

—Koma-chan... Sayonara...

Nami respiraba penosamente, y Koma, estremeciéndose, acarició á su hermana la mejilla. Abrió los ojos y dirigió una mirada en torno suyo.

—¿Ki-chan-Mi-chan?—preguntó.

No estaban. Ya la vizcondeza había enviado á los dos niños á pasar la temporada. Nami movió la cabeza y apenas parecía darse cuenta de lo que pasaba en torno suyo.

En ese momento, Iku, bañada en lágrimas, se adelantó y tomó la mano inerte de Nami.

—Iku—dijo ella.

—Señorita, déjame ir contigo.....

Todo quedó en silencio después de haber alejado

á Iku. Nami cerró la boca y los ojos, y parecía que iba á descender sobre su rostro la sombra de la muerte.

El general se aproximó por la segunda vez.

—Nami, ¿queda algo que deseas decir? Ten ánimo.

Llamada por la voz familiar, Nami abrió los ojos y miró á su tía.

Nami-san—dijo su tía,—haré todo lo que me has encargado. Descansa en paz y ve á la morada de tu madre.

Una leve sonrisa se asomó á sus labios y pronto cerró los ojos y respiró por última vez.

La fría luz de la luna inundaba la estancia y brillaba sobre su pálido semblante. Aún quedaba la sonrisa en sus labios, pero Nami dormía su sueño eterno.

Tres días después enterraron á Nami en el cementerio de Aoyama.

Siendo el general Kataoka hombre de muchas relaciones sociales, el entierro fué muy concurrido y no pocas de las antiguas amigas de Nami acudieron á despedirse de ella. Los que sabían su historia se entristecieron viendo al general desconsolado al pie del ataúd, y hasta los extraños que se hallaron presentes se conmovieron con el espectáculo de Iku llorando á su querida Nami.

Siendo una joven la difunta, se le enviaron muchas flores. Las únicas que se rehusaron fueron las traídas por un hombre de unos cuarenta años: llevaban la tarjeta de la casa de Kawashima.

X

El encuentro en Aoyama

Han pasado más de cuatro meses.

Eran las cuatro de la tarde; la sombra del zumaque picado por la helada se alargaba por el jardín. La viuda Kawashima, tan corpulenta como siempre, abrió una mampara, y, saliendo al pórtico, se paró al lado de una pila y se irritó no encontrando agua en ella.

—¡Matsu! ¡Take!—llamó.

A sus voces llegó una criada corriendo de la portada del jardín, y la otra del pórtico. Ambas acudieron sobrecogidas de terror.

—¿Qué os sucede? ¡Cuántas veces os he dicho... mirad aquí!

Tomó el cubo y lo movió en la pila vacía. Las criadas estaban paradas delante de ella, faltas de respiración.

—¡Apresuraos!—exclamó.

Las dos se alejaron aterrorizadas. Refunfuñando algo, iba á entrar la viuda, lavándose las manos con

el agua que se le acababa de traer cuando apareció la otra criada é hizo una reverencia.

—¿Qué es?—preguntó la viuda.

—Un caballero, Yamaki-san.

A la mención del nombre aparecieron en la ancha cara de la viuda una sonrisa sarcástica y las señales del disgusto. A decir verdad, desde la partida de Toyo, ocurrida en el otoño anterior, Yamaki visitaba á la viuda raras veces. Habiéndose enterado de la inmensa fortuna que hizo en la última guerra, sentía más aversión contra él la viuda, y, cuantas veces sermoneaba á los criados sobre desagradecimiento, lo presentaba como ejemplo viviente. Pero ahora su disgusto tenía que ceder á la costumbre.

—Que pase,—dijo ella.

Yamaki se sentó y pareció estar algo cortado.

—Yamaki-san, eres un extraño para mí.

Yamaki se excusó.

—He sido un extraño mucho tiempo sin intenciones de serlo. Debí haber venido á veros antes, mas, me han ocupado mucho mis asuntos después de la guerra. Me regocija veros tan bien.

—Yamaki-san, creo que ganaste mucho dinero en la guerra.

—Es muy fácil decirlo, pero... lo necesario para resarcirme el trabajo.

Una criada trajo algunas cosas en una bandeja atadas con cordones blancos y rojos. Diciendo, del caballero,—las puso delante de la viuda y se retiró.

Mirólas la viuda y sonriendo algo satisfecha, exclamó:

—Te doy muchas gracias.

—No las merece; no son más que chucherías. No

os he felicitado aún por el ascenso de Takeo al grado de teniente. También leí en los periódicos el otro día que lo han condecorado, dándole una suma de dinero. Debéis estar muy orgullosa de él. ¿Dónde está ahora? ¿En Saseho?

—¿Takeo? Volvió ayer.

—¿Y está bién?

—Sí, pero tan niño como siempre. Salió esta mañana y no ha regresado aún.

—Debéis estar contenta de su regreso. Fueron muy infortunados en casa del general Kataoka. Creo que ya pasan de cien días. Pero no se puede hacer nada contra esa enfermedad. Fuísteis muy cuerda previéndolo.

La viuda Kawashima se puso seria á la mención de Kataoka. Dijo:

--No sabes las molestias que Nami nos causó. Gastamos mucho dinero, hasta tuvimos una riña en la casa, y después de todo, me llaman un demonio. ¿Qué te parece, Yamaki-san? Es más, cuando supimos el entierro, enviamos á Tazaki con flores. ¿Qué crees que hicieron? Pues, las devolvieron. No fué esa una grosería, Yamaki-san?

Cuando supo la muerte de Nami, la viuda, se sintió algo apenada, pero al ver que desconsideradamente le devolvían sus flores, se desvanecieron todos sus sentimientos compasivos, quedando sólo el rencor.

—Estuvo mal hecho. Eso ofendería á cualquiera. Ahora, señora,—sorbiendo el te que le ofreció una criada,—deseo anunciaros el matrimonio de mi hija Toyo.

—¿Tu hija se casa? Te felicito. ¿Y con quién?

—Un alumno graduado de la Universidad Imperial, hoy jefe de división en el departamento de Agricultura y Comercio. Creo que lo conocéis. Se llama... conocía á Chijiwa. A propósito de Chijiwa, siento mucho su muerte prematura.

Una ligera sombra pasó por la frente de la viuda.

—La guerra es una calamidad, ¿no es verdad? ¿Y cuándo se celebra la ceremonia?

—La hemos fijado,—replicó Yamaki,—para pasado mañana. Espero vuestra presencia. Nos llenará de orgullo veros allí. Mi esposa debió acompañarme á rogároslo, pero siente mucho no haber podido venir. Esperamos también que Takeo nos honre con su presencia.

La viuda asintió, miró al reloj que daba las cinco.

—¿Qué estará haciendo Takeo?

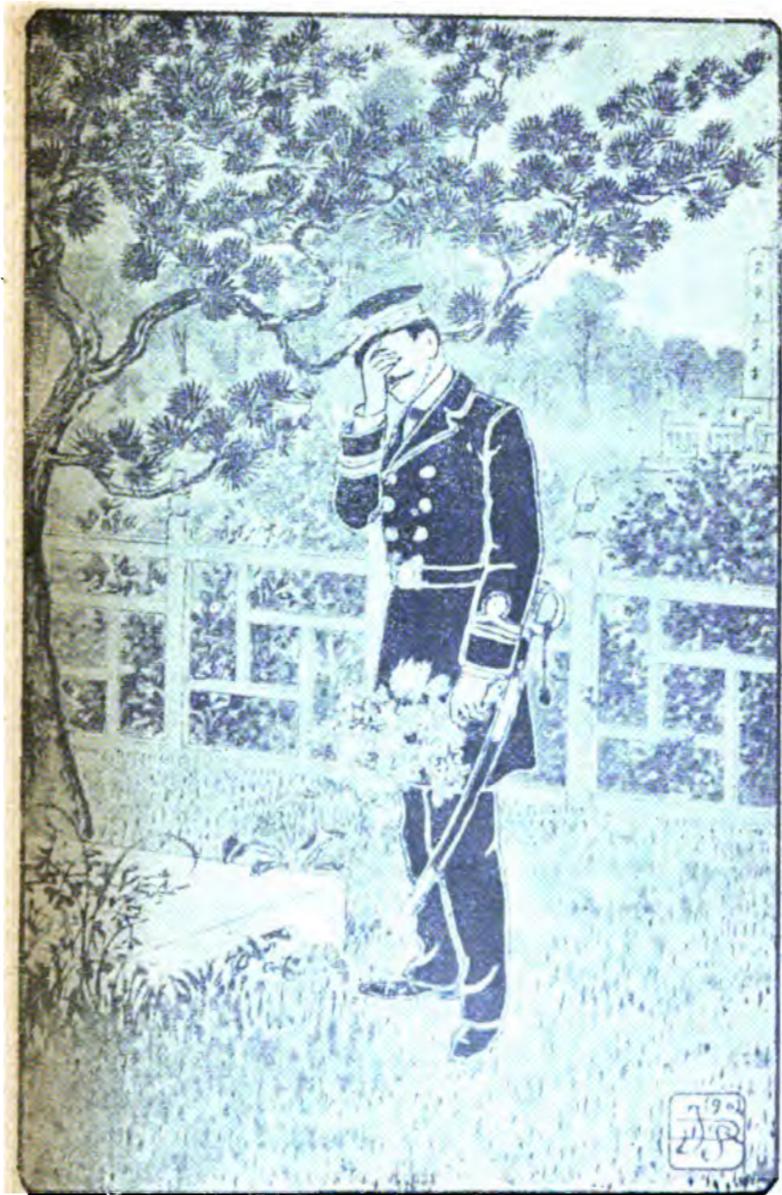
*
* *

Un oficial de marina, llevando blancos crisantemos, entró en el cementerio de Aoyama de la calle de Minamicho.

Estaba claro el cielo otoñal y la luz del sol de la tarde inundaba el cementerio. Una hoja marchita por la helada descendió silenciosa del cerezo, las japónicas floreciendo en los setos, perfumaban el ambiente, elevábase el incienso en delgados hilos y se escuchaba un pájaro gorjeando tímidamente. Después que se hubo apagado el ruido de una kúruma que rodaba hacia Kogaicho, sentíase más aún el silencio del lugar y sólo el distante bullicio de la ciudad murmuraba somnoliento la endecha de la vida humana.

Alguien pasaba detrás de un seto. Luego apareció una señora como de treinta años; tenía enrojecidos los ojos y llevaba de la mano á un niño como de siete años en traje de marinero. Habían pasado á una corta distancia del oficial de marino, cuando el niño llamó la atención de su madre hacia él.

—Mamá, pertenece á la marina también, ¿no es verdad?



Takeo se halló delante del sepulcro y prorrumpió en llanto.

El oficial de marina, sin fijarse en ellos, prosiguió, deteniéndose muchas veces como para orientarse, y leyendo las lápidas de reciente erección. Al fin, llegó á un terreno cercado de arbustos y sombreado por pinos y cerezos. Hizo un signo afirmativo y movió la verja que cedió á su mano. Al frente había una lápida antigua; el oficial miró en derredor y se paró delante de una lápida nueva. Un pino de graciosas formas entretejía una cubierta siempre verde sobre el sepulcro, y en torno de él caían las hojas rojas y amarillas del cerezo. La lápida llevaba esta inscripción escrita con la más negra de las tintas: «Tumba de Nami Kataoka». El oficial miró la lápida y se quedó inmóvil como una piedra.

Luego se le estremeció el semblante y los sollozos se escaparon de sus temblorosos labios.

Takeo había regresado la víspera de Formosa.

Hacia cinco meses que había visto á Nami, al pasar, en el tren, camino de Formosa, y después, en aquella distante isla, le había comunicado madama Kato que había muerto. Tan pronto regresó, buscó á ésta y la imploró le refiriese cuanto pudiera de las últimas horas que pasó en la tierra su adorada esposa.

Takeo se halló delante del sepulcro y prorrumpió en llanto. Las memorias de tres años flotaron delante de sus nublados ojos; el día de su boda, la luz del sol en Ikao, el voto en el santuario Fudo, y, lo último de todo, el encuentro casual en Yamashima. La voz que gritó: ¡Vuelve pronto! aún le resonaba en los oídos, pero cuando volvió ya Nami no era su esposa. Volvió la segunda vez y ya había partido.

—¡Oh, Nami-san! ¿Por qué has muerto?—exclamó llorando amargamente.

Pasó por encima una ráfaga de viento y las hojas del cerezo caían sobre el sepulcro. Como si despertara, Takeo se enjugó los ojos y se aproximó. Sacó unas flores marchitas de los tiestos y quitando las hojas caídas, puso en su lugar los crisantemos que había llevado. Después sacó algo del bolsillo.

Era la última carta de Nami. Su sentimiento al leerla fué abrumador. La abrió. No había en ella un sólo rasgo de su hermosa letra; las letras eran temblorosas, la tinta formaba manchas y se veían en ella las señales de lágrimas de aflicción.

«Estando contados mis días, deseo dejarte unas palabras. Apenas esperaba verte ya en este mundo, pero me alegró tanto que acertáramos á encontrarnos el otro día, por la misericordia del cielo, y no supe qué hacer en aquel momento».

Se le representó claramente el cuadro de Nami luchando en la ventanilla y lanzándole su pañuelo color violeta. Takeo levantó la mirada; sólo tenía delante la lápida.

«Todo ha conspirado contra nosotros; pero no culpo á nadie; y, aunque mi cuerpo vuelva al polvo, mi espíritu siempre estará á tu lado».

—Papá, aquí hay uno.—Escuchóse la voz de un niño, que luego volvió á anunciar:—Papá, Takeo-san.—Y un niño con flores en las manos llegó corriendo á su encuentro.

Takeo, sorprendido, con la carta de Nami en la mano, volvióse á mirar hacia atrás y se encontró con los ojos del general Kataoka ante la verja, inclinando la cabeza presa de la más viva aflicción.

De pronto sintió que una mano fuerte tomaba la suya.

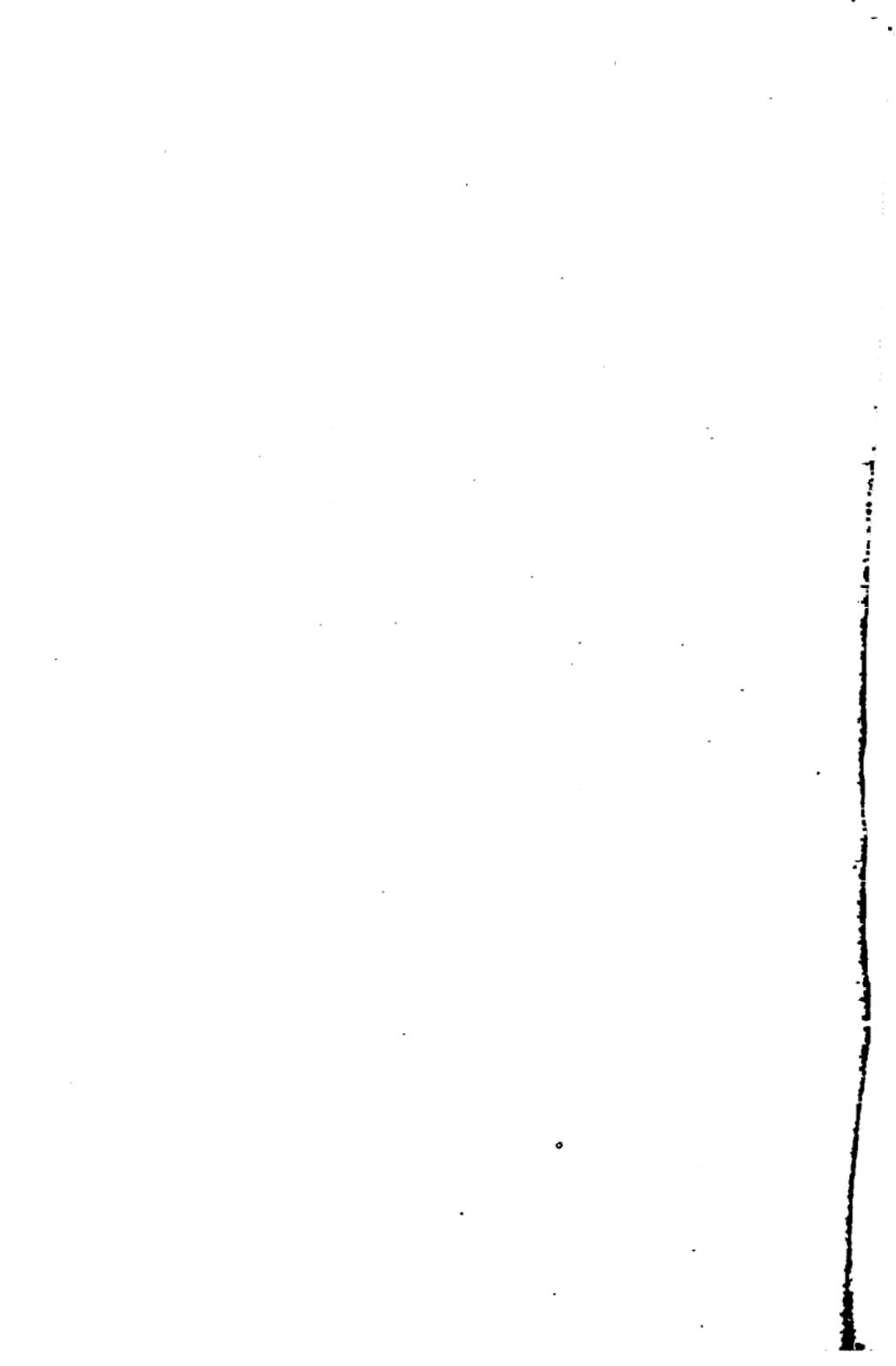
Alzó la vista y se encontró frente á frente con el general.

—Takeo-san, yo también estoy traspasado de dolor.—Dándose las manos dieron rienda suelta á su llanto.

Después de un rato, el general se enjugó las lágrimas. Poniendo la mano en el hombre de Takeo, interrumpió el silencio, diciendo con voz firme:

—Takeo-san, aunque ha muerto Nami, aún soy tu padre. Pero, vamos, sé hombre, Takeo-san, y mira hacia el porvenir. Todas nuestras desdichas han ocurrido para prepararnos para una obra mayor. En efecto, hace mucho tiempo que no nos vemos... Ven conmigo, Takeo-san, y entérame de lo que te sucedió en Formosa.

FIN



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Introducción de los traductores al inglés.....	V
Prefacio del autor	IX
Dos palabras del traductor ó de los editores.....	XI

LIBRO PRIMERO

I—La luna de miel.....	13
II—Nami-ko	21
III—Recogiendo helechos.....	26
IV—La casa de Yamaki.....	35
V—El general en su casa.....	49
VI—La suegra.....	62
VII—De servicio.....	73

LIBRO SEGUNDO

I—Vida doméstica.....	79
II—El convite de Yamaki.....	91
III—Confidencias	103
IV—La vida en Zushi.....	114
V—La venganza.....	130
VI—Madre é hijo.....	135

	<u>Páginas</u>
VII—Una novia en perspectiva.....	147
VIII—La misión de Yamaki.....	157
IX—El regreso de Nami.....	162
X—Takeo y su madre.....	169

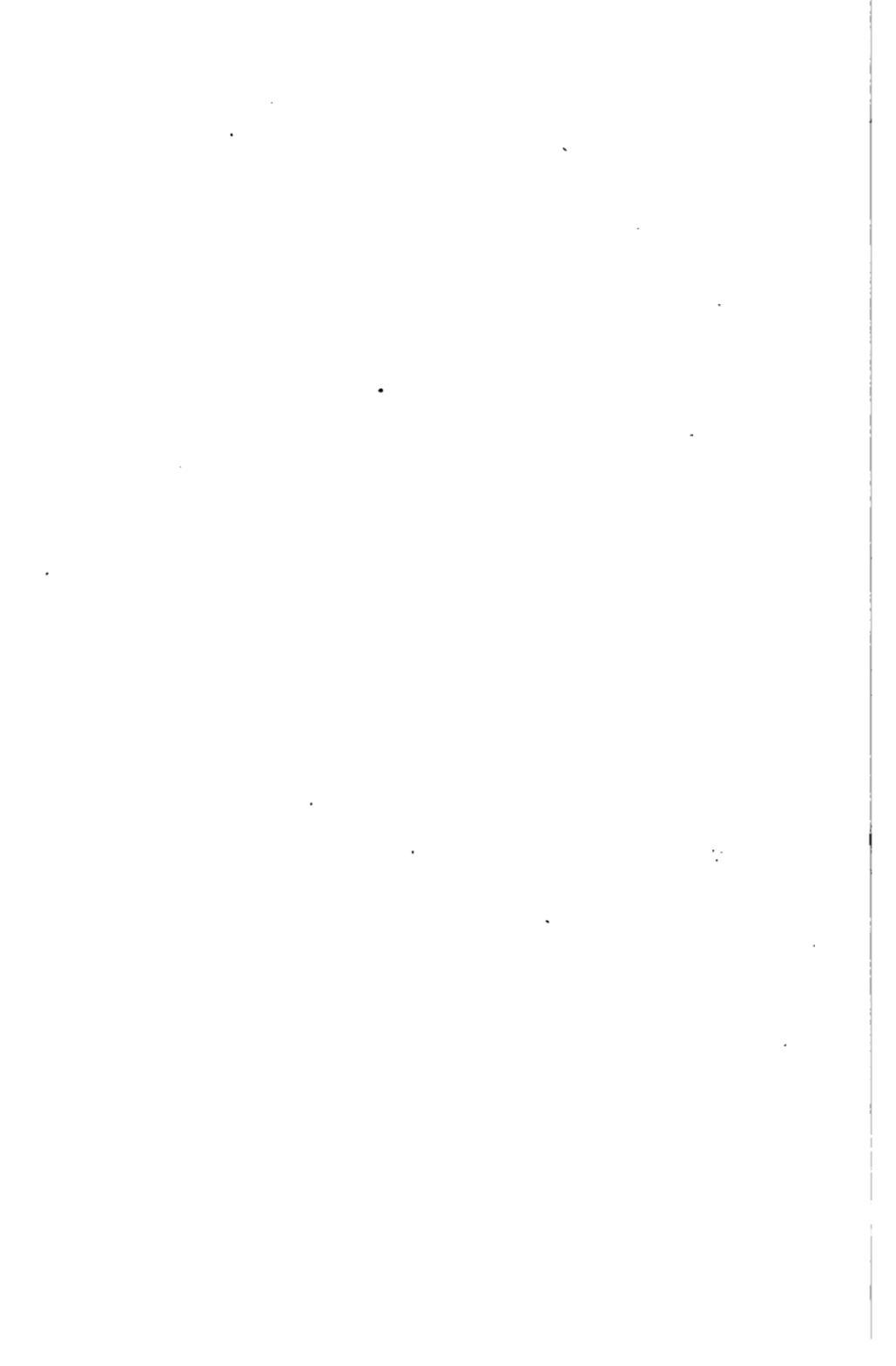
LIBRO TERCERO

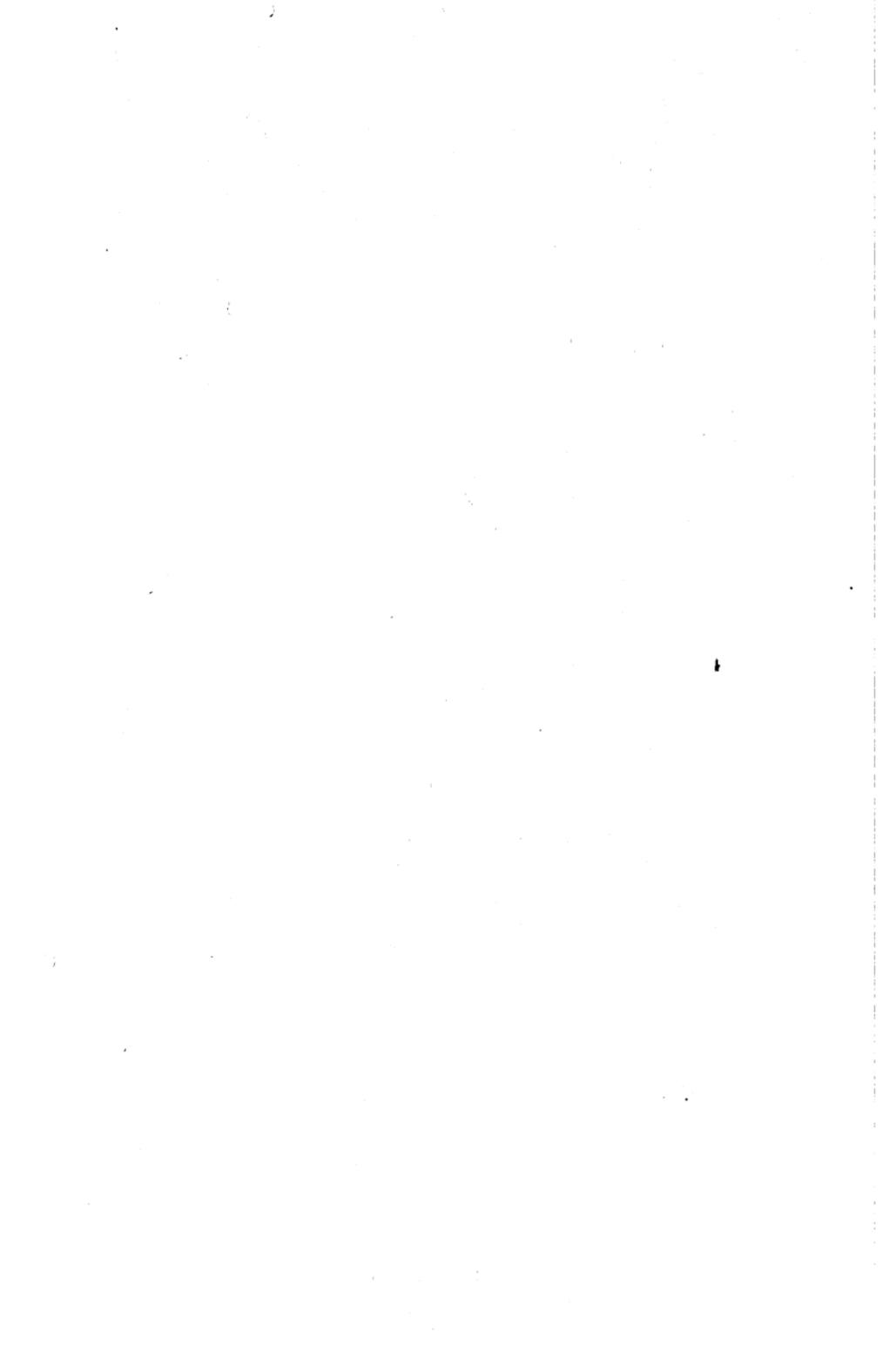
I—El combate del Yalu.....	173
II—En tiempo de guerra.....	191
III—La convalecencia.....	203
IV—La tentación.....	209
V—La historia de la Yaso.....	220
VI—Puerto Arturo.....	233
VII—El regreso de Takeo.....	239
VIII—Trenes que se encuentran.....	244
IX—Sayonara.....	251
X—El encuentro en Aoyama.....	258











14 DAY USE
RETURN TO DESK FROM WHICH BORROWED
LOAN DEPT.

This book is due on the last date stamped below, or
on the date to which renewed.
Renewed books are subject to immediate recall.

REC'D LD

APR 9 '65-6 PM

LD 21A-60m-3,'65
(F2336s10)476B

General Library
University of California
Berkeley

YB 00068

797236

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

